





W. SCOTT

KENILWORTH



.46993

PR5319

.46993

A44

B331

v. 4

c. 1

010726

100



1080022138



ITER PARA TVTVM

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



Rafael Cagigas
Gon^{no}

OBRAS
DE WALTER SCOTT.

KENILWORTH.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

KENILWORTH,
NOVELA DE WALTER SCOTT;

PRECEDIDA DE UNA NOTICIA

SOBRE EL CASTILLO DE KENILWORTH

Y SOBRE EL CONDE DE LEICESTER;

TRADUCIDA

POR D.^º PABLO DE XÉRICA.

« Es la reina Isabel virtuosa y bella :
» Jamas os permitais decir mal della. »

El Crítico.

TOMO CUARTO.



Capilla Alfonso

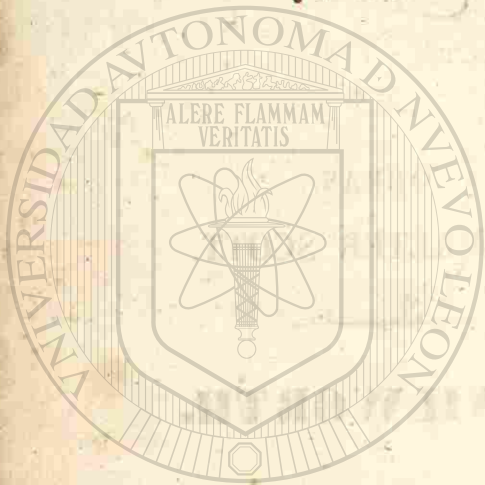
BURDEOS, Biblioteca Universitaria

IMPRENTA DE D.^º PEDRO BEAUME.

1831.

46993

FONDO EMERITARIO
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA VOLUMES Y FOLIOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

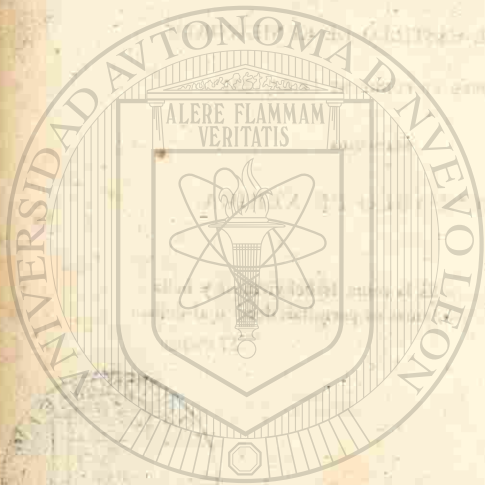
PR 5319

.A2

A 44

L 831

v. 4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL TRADUCTOR

A LOS QUE LEAN Ó DELETREEN
ESTA NOVELA.

Si yo no me equivoco mucho, señor lector, curioso ó desocupado, este tomo cuarto y último es el mejor y mas interesante : es como el desenlace de una obra dramática, que los primeros no habian hecho mas que preparar. Antes de llegar á él, me habrán puesto de pelo de conejo los lectores críticos y murmuradores, que los hay como moscas; porque no traduzco á Walter Scott al pié de la letra. En cuanto á eso hay mucho que decir. Si el tal escritor de novelas semihistóricas diese una vueltecita por España, se vestiría en lo posible á la española, y se guar-

010705

daria, como de orinarse en la cama, de decir, jactandose que es de la religion reformada, ó, lo que es lo mismo, herege :

Oderunt peccare mali formidine pœnæ.

Del mismo modo los Judíos, cuando ponen los piés en España en busca de pesetas, tienen buen cuidado de pelarse las barbas, y taparse el rabo con pantalones tan anchos como los calzones de los Maragatos, porque *con el Rey y la Inquisicion ¡chiton!* Asi hago yo en estas novelas, que se me ha metido en la cabeza traducir al español castizo. Si es hembra, como la *NOVIA DE LAMMERMOOR*, la visto con mantilla y basquiña, y procuro que menee al andar las caderas, como las Gaditanas. Si es macho, como *KENILWORTH*, le pongo un traje de manolo, y un cigarro habano en la boca, y le hago escupir por el

colmillo. Si se enfada, le hago decir: *¡porra de claveles! ¡naranjas de la China! ó ¡por vida del otro Jesus!*

Asi espero que mis extranjeros disfrazados podrán pasearse libremente por los dominios de ámbos mundos de S. M. C. el Señor Don Fernando VII, Rey de España y de las Indias, y que podrán pasar por entre los vistas y los inquisidores de las aduanas de las fronteras y del interior, aunque se pongan anteojos en las narices de la cara.

Lo malo es que el bueno de Don Pedro BEAUME, impresor eterno y correcto de obras españolas, ha tomado muchos años ha el prurito de poner en el frontispicio de todas las que imprime: *En Burdeos, en la imprenta de Don Pedro Beaume. ¡ Rutina! ¡ manía! ¡ vulgaridad!* Otros hay que no son tan jactanciosos ni tan cándidos; y siguiendo aquella máxima que

dice: *puesta la ley, puesta la trampa*, pónen: *En Valencia, por Salvador Fauli; en Valladolid, por la viuda é hijos de Santander, etc.* y les va muy bien. En fin, esperemos en Dios y en la Virgen santísima concebida sin mancha, que tarde ó temprano llegarán estas Novelas á manos de los lectores españoles; y ¿quien sabe si tal vez se dignarán muchas lectoras españolas leer estas obrillas con aquellos ojos que tienen tan negros, tan hermosos y tan retrecheros? Asi sea.



KENILWORTH.

CAPITULO XXXIII.

Abusais de mi paciencia:
Yo no entiendo este proceso;
Y si no hablais con mas seso,
Voy á levantar la audiencia.

BEAUMONT Y FLETCHER.

No es nuestro intento dar una relacion minuciosa de todas las fiestas que hubo en Kenilworth, como lo ha hecho Roberto Laneham, que hemos citado al fin del último capítulo. Nos bastará decir que despues de los fuegos artificiales, que hemos descrito con el auxilio del elocuente portero de la cámara del consejo, atravesó la reina la torre de Mortimer, entró en el patio de Kenilworth, y pasando en medio de una comitiva de dioses del paganismo y de héroes de la antigüedad, que le ofrecian de rodillas algunos presentes y sus homenajes, llegó al fin á la sala grande del castillo, adornada magníficamente para recibirla. Por todos lados se veian brillar ricas colgaduras de seda:

las antorchas embalsamadas esparcian al mismo tiempo luz y perfumes, y se oía una música deliciosa. En el extremo de la sala había un trono magestuoso, y detras de él una puerta que conducía á las habitaciones adornadas con el mayor lujo, que se habían destinado para la reina y las damas de honor.

El conde de Leicester dió la mano á Isabel para ayudarla á subir al trono; cuando se hubo sentado, se arrodilló delante de ella, y con un ademan en que se veía mezclada una galantería respetuosa y caballerosa á la mas leal y afectuosa adhesion, besó la mano que ella le presentó, y le dió las gracias, con el acento de la mas viva gratitud, por el honor que le hacia, que era el mayor que puede hacer á un súbdito su soberano. Habia en el semblante del conde tanta gracia y espresion mientras estaba arrodillado delante de la reina, que tuvo ella tentaciones de dilatar esta escena algunos momentos mas de los que se necesitaba en rigor. Al retirar su mano, tocó un poquito la hermosa cabellera del conde, que pendia en rizos perfumados, y la emociion del placer, que dejó ella entrever, hizo pensar á mas de cuatro que de buena gana, si se hubiese atrevido, le hubiera hecho alguna caricia. Leicester se levantó, y cerca del trono esplicó á Isabel los diferentes pre-

parativos que se habían hecho para su recibimiento y diversion: todo lo aprobó la reina con su gracia acostumbrada. Pidióle despues el conde le permitiese, igualmente que á los demas caballeros que la habían escoltado durante el viage, retirarse un momento para volver despues en trage mas conveniente y mas digno de su corte. — Durante nuestra ausencia, añadió mostrando á Varney, Blount, Tresilian y otros, estos señores, que han tenido tiempo de mudar de vestido, tendrán el honor de quedar al lado de vuestra magestad.

— Consiento en ello, señor, respondió la reina: pudiera vm. muy bien ser director de un teatro, pues manda de esa manera á dos compañías de actores. En cuanto á nos, os trataremos hoy sin ceremonia: no es nuestro designio mudar de trage de camino, hallandonos fatigada del viage que nuestros fieles súbditos han hecho muy largo, al paso que el amor que vos han manifestado lo ha hecho delicioso.

Despues de haber recibido el permiso, se retiró Leicester, y los demas caballeros que habían escoltado á la reina salieron igualmente. Los que habían llegado los primeros, y se habían vestido ya en trage de corte, quedáron en la sala; pero como todos eran

de un rango inferior, quedáron á una distancia respetuosa del trono. Las penetrantes miradas de la reina hicieron alto en Raleigh y otros dos ó tres caballeros que conocia su magestad personalmente. Les dijo por señas que se acercasen, y los recibió con mucha gracia. Raleigh especialmente fué muy bien acogido, por no haber ella olvidado ni la aventura de la capa embarrada, ni los versos de la vidriera. Se dirigió á él muchas veces para pedirle informes sobre el apellido y el rango de los que se hallaban presentes. Las respuestas de Raleigh, en que habia tal vez su sal y pimienta, como se puede decir, agradáron mucho al parecer á Isabel. — ¿Y quien es ese rústico, dijo mirando á Tresilian, que tiene tan mal vestido y tan gallarda presencia?

— Es un poeta, si vuestra magestad no lo lleva á mal, respondió Raleigh.

— Desde luego me lo habia imaginado yo al ver su pelage. No parece sino que todos ellos han hecho voto de ser andrajosos y estrafalarios. Los he conocido tan distraidos, que aun arrojaban sus éapas en los barrancos.

— Era sin duda cuando el sol ofuscaba sus ojos y su juicio, respondió Raleigh.

Isabel se sonrió y dijo:

— He preguntado á vm. el nombre de ese

personage, y solo me ha informado de su profesion.

— Llamase Tresilian, dijo Raleigh, que sentia interiormente tener que nombrarle, cuando ninguna ventaja le resultaba del modo con que habia fijado la atencion de la reina.

— ¡Tresilian! respondió Isabel, ¡el Mene-lao de nuestra novela! su trage bastaria para disculpar á su Elena; pero ¿en donde está Farnham?... Farnham.... ¿no se llama asi?... el hombre de Leicester.... el París de ese condado de Devonshire.

Nombróle Raleigh, y le mostró con mas repugnancia aun á Varney, en quien habia echado el sastré el resto de su habilidad, para darle un exterior agradable, y que á falta de gracia tenia por lo menos cierto tacto, y un roce de mundo que la suplía de alguna manera.

La reina los miró á los dos alternativa-mente.

Presumo, dijo, que el tal Tresilian debe ser harto sabio y filósofo para acordarse en presencia de quien va á encontrarse, y que es uno de aquellos de quienes Geofredo Chaucer dice con talento, que *el mas sabio y científico no siempre es el mas cuerdo de los hombres*. Me acuerdo de que ese Varney es un bribon de lindo pico, y á buen seguro

que la hermosa fugitiva no ha dejado de tener motivos de ser infiel.

Raleigh nada respondió, conociendo que sería contrario á los intereses de Tresilian contradecir á la reina, y no sabiendo tampoco si no valdria mas para él que interpusiese ella al fin su autoridad en un asunto en que los pensamientos de Tresilian se fijaban al parecer con una funesta obstinacion. Miéntras se hallaba ocupado con tales ideas, abriéron la puerta, y Leicester volvió á entrar en la sala acompañado de muchos de sus allegados, y de los nobles que habian abrazado su partido. Tenia el privado un traje de terciopelo blanco el mas rico, que ensalzaba aun la noble presencia, la gracia y bellas disposiciones de su persona: asi es que confesáron todos, cuando se presentó, que era el mas hermoso caballero que pudiera verse. Sussex y los otros personages estaban tambien ricamente vestidos; pero Leicester los eclipsaba á todos con su magnificencia y su gracia.

Isabel le recibió con una afabilidad notable. — Tenemos, dijo, que juzgar un proceso de nuestra competencia, y me interesa como muger y como madre de todos mis súbditos.

Un involuntario temblor se apoderó de Leicester miéntras se inclinaba para mani-

festar á la reina su obediencia. Otro muy semejante asaltó tambien á Varney, cuyos ojos habian estado constantemente fijos en su amo, y con facilidad comprendió, en la alteracion aunque ligera del semblante de Leicester, cual era el objeto de que hablaba la reina; pero consiguió luego Leicester aparentar la serenidad que exigia su tortuosa política, y cuando añadió la reina: — Hablamos de Varney y de Tresilian; milord, ¿se halla aquí esa dama?... respondió sin vacilar: Noble princesa, no se encuentra aquí.

Arqueó las cejas Isabel mordiendo los labios: «Nuestras órdenes eran estrictas y positivas, milord.» Tal fué su única respuesta.

— Y hubieran sido ejecutadas, ilustre soberana, continuó Leicester, aun cuando hubiesen sido tan solo una simple insinuacion; pero, Varney, acerquese vm. — Este caballero dirá á S. M. por que aquella dama (no pudo pronunciar su boca rebelde las palabras *su muger*) no puede hallarse presente.

Varney se adelantó, y sostuvo sin vacilar lo que efectivamente creía, que la parte citada (pues tampoco osaba llamarla delante de Leicester su muger) se hallaba en una absoluta incapacidad de presentarse á su magestad.

— He aquí, dijo, una certificacion de uno de los médicos mas hábiles, cuyos talentos y probidad conoce monseñor de Leicester, y la de un devoto protestante, hombre de bien y de crédito, el señor Antonio Foster, en cuya casa habita: los dos certifican que se halla atacada de una enfermedad que la impide absolutamente emprender el viage.

— Eso es otra cosa, dijo la reina tomando los certificados, y mirando su contenido. Que se acerque Tresilian. Señor Tresilian, nos interesamos mucho en la situacion de vm. que se halla únicamente ocupado en la suerte de esa Amy Robsart, ó sea Amy Varney. Nuestro poder, gracias á Dios y á la obediencia de nuestros fieles súbditos, no deja de tener alguna estension, pero tiene sus límites, y hay cosas que no son de su competencia. Nos es imposible, por ejemplo, forzar la voluntad y dirigir los afectos de una jóven aturdida, ó hacer que prefiera el saber y la sensatez al brillo y á la elegancia de un cortesano. Tampoco podemos nada acerca de la enfermedad de que parece estar atacada aquella dama, que por consiguiente no puede presentarse aquí como habíamos ordenado. Así lo testifican en efecto el médico que la visita, y el caballero en cuya casa vive.

— Si me permite vuestra magestad, esos

certificados, respondió Tresilian (que temiendo las consecuencias de una impostura tan peligrosa habia olvidado lo que tenia prometido á Amy), esos certificados faltan á la verdad.

— ¡Como es eso, señor! dijo la reina; ¿duda vm. de la veracidad del conde de Leicester? pero tendrá vm. toda la latitud necesaria para defenderse: en presencia nuestra el último de nuestros súbditos tiene igual derecho de hablar que el primero, y el mas abatido como el mas encumbrado. Será vm. pues escuchado sin el menor obstáculo, pero ¡cuidado con hablar sin pruebas suficientes! Tome vm. y examine por sí mismo las certificaciones, y díganos despues con seriedad si duda de su autenticidad, y cuales son los motivos en que funda sus dudas.

Miéntras hablaba la reina, se acordó Tresilian de su promesa, que combatió fuertemente el vivo deseo que tenia de desmentir con firmeza los documentos cuya falsedad era para él evidente; y su irresolucion preocupó contra él á la reina y á todos cuantos le veian. Daba como un idiota mil vueltas á los papeles sin poder comprender su contenido, y la impaciencia de Isabel empezaba ya á descubrirse.

— Es vm. un sabio, le dijo, y un sabio de

mérito, segun me han dicho; y sin embargo tarda vm. un siglo en leer esas cuatro palabras. ¿Que nos dice vm.? ¿son ciertas ó falsas esas atestaciones?

— Señora, respondió Tresilian con una turbacion muy notable, queriendo por un lado dejar de reconocer los certificados que pronto se encontraria quizá obligado á negar, y por otro deseando cumplir su palabra á Amy, y darle tiempo, segun le habia prometido, de defender por sí misma su causa.

— Señora, señora, vuestra magestad me obliga á reconocer unas certificaciones cuya autenticidad deberia ser probada desde luego por los que se defienden con ellas.

— Señor Tresilian, es vm. tan buen abogado como buen poeta, dijo la reina mirandole con disgusto. Me parece que, presentados estos escritos delante del conde de Leicester á quien pertenece este castillo, no debe vm. poner en duda su autenticidad; pero insistiendo así sobre estas formalidades, Varney, ó mas bien Leicester, pues este asunto pertenece á vm. en este momento (frase que, echada al aire, hizo temblar al conde), ¿que pruebas tienen vms. de la verdad de estas atestaciones?

Dióse prisa Varney en contestar ántes que Leicester.

— El jóven conde de Oxford, que se halla presente, dijo, conoce la letra del señor Foster.

El conde de Oxford, gran calavera, á quien Foster habia prestado dinero á usura en diferentes ocasiones, testificó, habiendo sido preguntado, que era un digno y rico Franklin, y reconoció que la certification era de su puño y letra.

— ¿Y quien reconocerá la certification del doctor? dijo la reina. Se llama Alasco, segun creo.

Masters, médico de su magestad, que no habia echado en olvido el ultraje que habia recibido, y que pensaba que su testimonio podria favorecer á Leicester y mortificar al conde de Sussex y su partido, reconoció que mas de una vez habia consultado al doctor Alasco; habló de él como de un hombre muy sabio, aunque no seguia en su práctica el camino mas acertado. El conde de Huntundon, cuñado del lord Leicester, y la condesa de Rutland, hicieron tambien su elogio; todos se acordaron de la letra de sus recetas, que era exactamente parecida á la de su certification.

— Y ahora espero, señor Tresilian, que basta lo dicho sobre este asunto, dijo la reina. Harémos alguna cosa ántes que se acabe la

noche, para decidir al anciano sir Hugo Robsart á dar su consentimiento. Vm. ha hecho su deber muy de sobra; pero dejaríamos de ser muger, si no nos enterneciesen las heridas que hace el verdadero amor. Asi pues os perdonamos vuestra audacia, y el haberos presentado tan á lo poeta con las botas tan sucias, cuya infeccion por poco no ha neutralizado los perfumes de milord Leicester.

Asi habló Isabel. La delicadeza excesiva de su olfato era uno de los caracteres de su organizacion, como lo probó mucho tiempo despues, cuando arrojó á Essex de su presencia por haberse presentado, como Tresilian, con las botas llenas de lodo. Pero Tresilian habia tenido tiempo de volver en sí de la admiracion que desde luego le habia causado una impostura sostenida con tal audacia, y que desmentia lo que sabia con entera certeza. Se arrojó á los piés de la reina, y cogiendola por un pliegue del vestido, la dijo:

— Señora, si es cristiana vuestra magestad, si es vuestra magestad reina, y debe como tal hacer igual justicia á todos sus súbditos.... escuchandoles, segun es su deseo serlo (y al cielo pido que oiga benigno mis votos), en aquel tribunal en que todos uos presentáremos por la última vez, dignese vuestra magestad concederme un ligero favor, no apre-

surandose á pronunciar: me bastarán veinte y cuatro horas de intervalo; pasado este corto plazo, probaré de una manera evidente que son falsas las certificaciones que hacen ver que aquella dama desventurada está en este momento enferma en el condado de Oxford.

— Dejeme vm., señor, dijo Isabel á quien este movimiento impetuoso habia sorprendido, aunque hubo en ella alguna cosa demasiado varonil y altiva para dejarse amedrentar lo mas mínimo: sin duda está loco este hombre. Mi ahijado Harrington pudiera intercalarle en su poema de Orlando furioso. Sin embargo hay alguna cosa muy estraña en el tono de su súplica. Diga vm., Tresilian, ¿á que se somete vm. si, pasadas las veinte y cuatro horas, no pudiese vm. refutar con pruebas suficientes un hecho tan solemnemente probado como la enfermedad de esa dama?

— Consiento en morir mañana en un patíbulo, respondió Tresilian.

— ¡Bah! dijo la reina, eso es hablar sin juicio: ¿quien ha sido ajusticiado en Inglaterra sino en virtud de la ley? Solo pregunto á vm., dado el caso que se halle capaz de comprenderme, ¿si querrá vm., cuando vea frustrado su designio impracticable, confesarme con

franqueza con que intencion le habia concedido?

Calló Tresilian y vaciló de nuevo: conocia que si, en el plazo señalado, se reconciliaba Amy con su marido, seria hacerle un flaco servicio descubrir todos estos misterios delante de Isabel, y manifestar cuanto se habia engañado esta sabia y prudente princesa al creer los testimonios falsos. Esta incertidumbre causó nuevamente la turbacion en sus miradas, en su voz y ademanes; y cuando la reina le repitió con severidad la pregunta, respondió, con palabras confusas, que podría tal vez, es decir, en cierta circunstancia, explicar las razones en que se fundaba para obrar así.

— Por los manes del rey Enrique, exclamó la reina, ¡juro que hay aquí una locura rematada, ó una grande picardía! Raleigh, tu amigo es demasiado pindárico para permanecer en mi presencia; sacale de aquí, adonde yo no le vea, ántes que encuentre lo que anda buscando. Su vena es demasiado impetuosa, y debe ser su residencia, ó bien el monte Parnaso, ó el hospital de los locos de San Lucas. Hubiéramos deseado mucho ver á esa hermosura que ha trastornado el seso de un hombre tan sabio.

Quería Tresilian dirigirse aun á la reina;

pero Raleigh, obedeciendo á las órdenes que habia recibido, se lo impidió, y le condujo en compañía de Blount, casi á la fuerza, fuera de la sala, en donde empezaba á conocer que su presencia era mas perjudicial que provechosa á sus intereses.

Cuando llegaron á la antecámara, Raleigh encargó á Blount que cuidase de conducir á Tresilian á las habitaciones destinadas á la comitiva del conde de Sussex, poniendole en caso necesario un centinela de vista ó dos.

— Esta pasion estravagante, dijo, y segun parece la enfermedad de su querida, le han vuelto loco, pero se calmará luego con algun reposo: en todo caso, que no le dejen salir, pues si la reina volviera á enfadarse de nuevo, le costaria la torta un pan, y le pondria en un calabozo.

— He creído que estaba loco, dijo Nicolas Blount complaciendose en mirar sus medias encarnadas y sus rosetas amarillas, al verle con esas diablos de botas cuyo hedor ha descalabrado á la reina. Le dejaré encerrado, y volveré al momento. Pero dime, Walter, ¿ha preguntado la reina quien soy yo? creo que me ha dirigido una mirada.

— Y veinte tambien; y la he dicho yo que eres un soldado valiente, y un..... Pero, por

el amor de Dios, llevate á Tresilian á mi cuarto

— Voy, voy al momento, dijo Blount; pero me parece que esta vida de la corte no deja de ser divertida; es el medio de elevarse: Walter, amigo mio, ¿le has dicho en efecto que soy un buen militar, y.... ¿que mas, Walter querido?

— Un mozo completo.... Pero anda, vete, por el amor de Dios, no te detengas mas.

Siguió Tresilian á Blount sin hacer resistencia y sin preguntarle cosa alguna, dejándose conducir por él á la habitacion de Raleigh; y se instaló en una cama estrecha que habia en una alcoba, destinada á uno de los criados. Pronto se convenció de que ninguna réplica bastaria á escitar el interes de sus amigos, ni á obligarlos á ponerse de su lado, hasta que, cumplido el plazo en que habia prometido permanecer en inaccion, pudiese descubrirlo todo, ó perdiese el deseo y la ocasion de mezclarse en los asuntos de Amy, reconciliada ya con su noble esposo.

Aunque con mucho trabajo y á fuerza de representaciones que hizo con sosiego y buen modo, logró despues evitar el disgusto y la vergüenza de estar guardado por dos hombres de la escolta de Sussex. Y al fin viendole Blount acostado y muy tranquilo, dió,

jurando de todo corazon, dos ó tres patadas á las dichosas botas que, segun sus nuevos principios, miraba como un síntoma decisivo, y aun como la verdadera causa de la enfermedad de su amigo, y se contentó con cerrar la puerta. De este modo los generosos y desinteresados esfuerzos del pobre Tresilian, para salvar á una muger que se habia mostrado con él tan ingrata, solo consiguieron aquel dia atraerle la desgracia de su soberana, y hacer creer á sus mejores amigos que estaba loco rematado.



CAPITULO XXXIV.

Los mas sabios soberanos suelen engañarse muchas veces como los simples mortales, y sus reales manos honran con la espada de caballero espaldas indignas que merecerian mas bien ser marcadas por la mano del verdugo. Pero ¿ como ha de ser? los reyes hacen lo que pueden, y no deben ser responsables, como nosotros, sino de la intencion, y no del suceso.

Comedia antigua.

Es una cosa terrible, dijo la reina luego que salió Tresilian, ver á un hombre instruido y sabio con el juicio tan trastornado. Esta prueba evidente de su locura hace ver que su acusacion era infundada: asi pues, señor de Leicester, no hemos echado en olvido la demanda que nos habeis hecho en favor de vuestro fiel servidor Varney, cuya lealtad y mérito debemos recompensar, puesto que os son útiles. Este será el pago del celo y afecto que empleais en nuestro servicio, y os acordamos la gracia que solicitais en favor de

Varney, con tanto mas placer aun, porque debemos estar reconocida á la hospitalidad que recibimos en vuestra casa. Por otra parte, esta prueba particular de nuestra benevolencia consolará algun tanto al buen caballero de Devon, sir Hugo Rohsart, con cuya hija se ha casado, y espero reconciliarle asi con su yerno. — La espada, señor de Leicester.

La cogió, la desenvainó, y mientras las damas que la rodeaban volvian la cabeza, llenas de temor verdadero ó fingido, notó con curiosidad el brillo y los ricos adornos adasmascados de aquella arma resplandeciente.

— Si fuese yo hombre, dijo, creo que ninguno de mis antepasados me llevaria ventaja en apreciar una buena espada. Me gusta examinar las armas; y como la *Fata Morgana*, cuyas aventuras he leído en un libro italiano.... Si estuviese aquí mi ahijado Harrington, me recordaria ese pasage.... Arreglaria mis cabellos y tocado en un espejo de acero como este.... Ricardo Varney, acerquese vn. y pongase de rodillas. En el nombre de Dios y de San Jorge, os hacemos caballero. Sed fiel, valiente y feliz.... Sir Ricardo Varney, levantaos.

Levantóse Varney, y se separó inclinándose profundamente delante de su soberana

que acababa de conferirle un honor tan señalado.

— Mañana, dijo la reina, os pondremos la espuela en la capilla, y acabaremos la ceremonia. Queremos también daros un hermano en la orden de caballería. Pero como debe presidir la justicia en la distribución de las gracias, nos reservamos consultar al efecto á nuestro primo el conde de Sussex.

Este señor, que desde su llegada á Kenilworth, y aun desde el principio del viaje, se habia visto eclipsado por Leicester, tenia su frente muy sombría. La reina notó al punto su mal humor, y esperó apaciguarle, y seguir al mismo tiempo su sistema de balanza política (1), con una prueba particular de favor acordado al conde de Sussex, cuando el triunfo de su rival parecia completo.

Al oír las últimas palabras del discurso de Isabel, se acercó el conde de Sussex: habiéndole preguntado la reina cual era el sugeto de su comitiva que deseaba con preferencia ver nombrado caballero, respondió él, con mas sinceridad que destreza, que se hubiera atrevido á proponer á Tresilian, á quien

(1) *Balancing policy*. La reina Isabel seguía el sistema político que hemos visto rejuvenecido en nuestros días en Francia, etc.

creía deber la vida, y que siendo por otra parte militar y sabio distinguido, descendía de una familia sin tacha; pero temo, añadió, que lo sucedido esta noche.... y se detuvo.....

— Veo con gusto esta discrecion de parte de vuestra señoría, dijo Isabel; despues de lo que acaba de suceder, nos mirarian nuestros súbditos como á una loca, y tan loca como ese pobre hombre, pues creo que no hay ninguna mala intencion en su conducta, si escogiésemos este momento para acordarle una gracia.

— En tal caso, respondió el conde algo desconcertado, me permitirá vuestra magestad designarle á mi caballerizo el señor Nicolas Blount. Es un noble de una familia bastante antigua. Ha servido á su magestad en Escocia y en Irlanda, y está cubierto de honrosas cicatrices.

Isabel no pudo menos de levantar algun tanto las espaldas al oír esta segunda propuesta; y la duquesa de Rutland, que leyó en los ojos de la reina que habia esperado que Sussex le nombrase á Raleigh, y que podría así hacer su gusto, aparentando honrar su recomendacion, aguardó que consintiese á lo que le pedian, y dijo entónces, que puesto que esos dos poderosos señores habian tenido el permiso de designar un candidato,

se atrevería á pedir el mismo favor á nombre de todas las damas.

— Dejaría de ser muger, si rehusase semejante demanda, dijo la reina sonriéndose.

— Suplico á vuestra magestad, á nombre de todas estas damas, añadió la duquesa, eleve al rango de caballero á Walter Raleigh, á quien su nacimiento, sus proezas, y el celo que emplea en obsequiar á nuestro sexo con la pluma y con la espada, hacen digno de este honor.

— Agradezco á esas damas, dijo Isabel sonriéndose, y accedo á su propuesta. El amable escudero *sin capa* será el valiente caballero *sin capa*, como vms. lo desean: que se acerquen los dos designados.

Aun no había vuelto Blount. Raleigh se adelantó solo, y poniéndose de rodillas, recibió de manos de la reina el título de caballero, que jamas fué conferido á un sugeto mas ilustre y distinguido.

Nicolas Blount llegó pocos instantes después, y supo de boca de Sussex, á quien encontró en la puerta de la sala, las buenas disposiciones de la reina en favor suyo, y la orden que había dado de que se acercase al trono. Es un espectáculo poco raro, pero penible y jocosó, el de un hombre dotado de un buen juicio, á quien las retrecherías de una muger linda, ó cualquier otro motivo,

envuelven en las frivolidades que solo pueden convenir á la juventud amable, ó á los que estan ya habituados á ellas desde niños. El pobre Blount se hallaba en este caso. Su cabeza estaba ya trastornada con su rico vestido, y con la obligacion en que se creia empeñado de acompañar con sus ademanes la elegancia de su traje. La noticia repentina de esta promocion acabó de hacer triunfar de su carácter propio la vivacidad y ligereza que había adoptado nuevamente, y metamorfoseó de repente un hombre sencillo y sin gracia en un chisgaravis impertinente y ridículo.

Para adelantarse, tuvo que atravesar por desgracia la sala de un lado á otro. Volvia con tal afectacion la punta del pié á fuera, que la parte posterior de la pierna se veía por delante, pareciéndose á un cuchillo antiguo con la hoja corva. Los demas ademanes de Blount eran correspondientes á esta marcha grotesca: la mezela de su turbacion y de un aire de amor propio satisfecho era tan ridícula, que los partidarios de Leicester no padieron menos de somreirse; y lo mismo sucedió con algunos de los de Sussex, que se mordian los dedos de despecho. El mismo Sussex perdió la paciéncia, y no pudo menos de decir al oido á su amigo: ¡Maldito Blount! ¿no puedes andar como un hombre ó como

un soldado? Este apóstrofe le hizo temblar y se detuvo, hasta que una mirada que echó sobre sus rosetas amarillas y sus medias coloradas le volvió á serenar; y entónces siguió con el mismo paso que al principio.

La reina recibió al pobre Blount entre los caballeros con una visible repugnancia: no conferia sino con la mayor circunspeccion tales títulos de honor, que en lo sucesivo los Estuardos distribuyéron con tan imprudente profusion que perdiéron mucho de su precio. Apenas se desvió Blount de su presencia, cuando volviéndose ácia la duquesa de Rutland, le dijo:

— Mas discernimiento tenemos nosotras, mi querida Rutland, que todos estos caballeros juntos. De los tres candidatos el tuyo únicamente es digno de la promocion que ha recibido.

— Sir Ricardo Varney, el amigo de mi lord Leicester.... tiene mérito ciertamente.... respondió la duquesa.

— Varney parece un cazurro, y tiene muy buena labia, respondió la reina: temo que deshonoré el título que acaba de recibir, pero le tenía prometido hace algun tiempo.

Sin duda Sussex estaba soñando al proponernos al principio un loco como Tresilian;

y despues un rústico como el segundo candidato. Te aseguro, Rutland, que, cuando estaba de rodillas delante de mí, haciendo gestos y visages como si se escaldase la boca con un bocado de sopa demasiado caliente, me ha costado trabajo el dejar de romperle la cabeza en lugar de darle un golpe en la espalda, como es de ley.

— Vuestra magestad le ha dado una acolada terrible, dijo la duquesa, y hemos oido nosotras el ruido que ha hecho su espada en el cuello: el pobre hombre temblaba, como si se hubiera creído herido.

— No ha estado en mi mano el dejar de hacerlo, dijo la reina.... pero enviaremos al tal sir Nicolas Blount á Irlanda ó á Escocia, ó á cualquiera otro destino, para librar á nuestra corte de un caballero tan zafio.

Despues de estas observaciones, se hizo general la conversacion, y Leicester convidó luego á la reina á asistir al banquete.

Los convidados tuvieron que atravesar el patio interior del castillo para llegar á las habitaciones nuevas en que estaba la vasta sala, en la que fué servida una cena digna de un dia tan grande.

En el tránsito fuéron asaltados los nuevos

caballeros por una porcion de gentes que gritaban, segun se usaba, ¡ *largueza, largueza, atrevidos caballeros!* Esta antigua aclamacion era dirigida con el objeto de escitar la generosidad de los candidatos con aquellos cuyas funciones consistian en conservar sus blasones, ó en celebrar sus hazañas. Todos correspondiéron con liberalidad. Varney distribuyó sus dones con una urbanidad y una modestia afectadas; Raleigh acompañó los suyos con aquel despejo que adquieren solo los que estan acostumbrados á las grandezas. El pobre Blount dió todo lo que el sastre le habia dejado de la renta de un año entero. En medio de su turbacion arrojó monedas que se detuvo á examinar, dandolas luego con aquel aire inquieto, y el ademan de un bedel de parroquia que da limosna á los pobres.

Fuéron recibidas estas larguezas con las gracias y los *vivas* acostumbrados. Pero como los que de ellas se aprovechaban eran casi todos sirvientes de Leicester, el nombre de Varney fué repetido con los mayores aplausos: distinguiase entre todos Lambourne con sus descompasados gritos: — ¡Que viva mil años sir Ricardo Varney! ¡ Honor y salud á sir Ricardo! ¡ Jamas ha existido un caballero mas digno de serlo! Y luego, bajando la voz, añadió: — Desde el valiente sir Pandaro de

Troya (1), lo que hizo reir á carcajadas á cuantos podian comprenderle.

Es inútil continuar hablando de las fiestas de esta velada, que fuéron tan brillantes y aprobadas con tanta satisfaccion por la reina, que Leicester se retiró á su cuarto lleno de esperanzas ambiciosas. Varney, que habia cambiado su rico vestido, aguardaba á su amo con otro mas modesto y sencillo, para acompañarle al tiempo de acostarse el conde.

— ¡ Como asi, sir Ricardo Varney! dijo Leicester; ese honesto traje no conviene á vuestra nueva dignidad.

— Renunciaria á ella desde luego, monseñor, si pudiera pensar que debia alejarme de vuestra señoría.

— Vamos, eres un criado reconocido, añadió Leicester, pero no quiero que hagas cosa alguna que pueda rebajarte en la consideracion de los demas.

Hablando de este modo, se dejaba servir sin embargo del nuevo caballero, que lo hacia al parecer con el puro gusto que manifiestan estas palabras.

— Poco cuidado me da de los maldicientes, ®

(1) Personage de Troilo y Cressida de SHAKESPEARE, que se parece algo al de *Bonó*, en el poema de *la Dorella de Orléans*.

respondió á la observacion de Leicester, pues no hay (permita vm. que quite el collar), no hay alma viviente en este castillo que no espere ver pronto gentes de un rango superior al que gracias á la hondad de vm. ocupo ahora, desempeñar á su lado las funciones de camarero, dandose por muy honrados.

— Sí, pudiera muy bien verificarse, dijo el conde dejando escapar un suspiro; despues añadió: Dame mi bata, Varney, necesito considerar el cielo. ¿ Va á ser luego luna llena?

— Así lo pienso, monseñor, segun el calendario, respondió Varney.

Habia una ventana en el cuarto que daba á un balcon de piedra, almenado como todos los castillos góticos. Abrióla el conde; el balcon dominaba una gran parte del lago y el bosque que cubria la orilla opuesta. Los rayos de la luna dormian inmóviles sobre las olas azuladas y los olmos y encinas. El astro de la noche estaba en medio de su carrera, rodeado de mil estrellas de segundo orden. Una calma profunda reinaba sobre la tierra, y oianse tan solo las voces de los centinelas, y los anllidos de los perros que á lo léjos anunciaban los preparativos de una caza magna que debia verificarse al dia siguiente.

Leicester contempló el firmamento. Sus gestos y ademanes esprimian una exaltacion

inquieta, miétras Varney, que se habia quedado á la capa en el cuarto, podia sin ser notado ver con una satisfaccion secreta á su patron estender los brazos ácia los cuerpos celestes.

— ¡ O vos, lumbreras eternas! (tal fué la invocacion que pronunció el conde ambicioso) vos recorreis silenciosos el círculo de vuestra carrera misteriosa, pero os ha dado la sabiduria una voz : decidme pues que alto destino me está reservado. ¿ La grandeza á que aspiro será brillante, sublime, y durable como la vuestra? ¿ ó estoy condenado á no esparcir sino un resplandor pasajero en medio de las tinieblas de la noche, como esos fuegos artificiales con que los hombres quisieran igualar vuestros rayos?

Volvió á examinar el cielo durante uno ó dos minutos, y luego entró en el cuarto en donde Varney hacia el papel de hallarse muy afanado en guardar las joyas del conde en una cajita.

— ¿ Que dice Alasco de mi horóscopo? preguntó Leicester. Ya me lo has dicho, pero se me ha olvidado, porque tengo muy poca fé en ese arte.

— Muchos hombres muy instruidos piensan de diferente manera, respondió Varney, y si he de hablar con franqueza á vuestra señoría, yo soy uno de tantos.

— ¡Ah, ah! como Saul en medio de los profetas.... dijo Leicester. Te creia absolutamente incrédulo sobre todo lo que no puedes ver, oír, tocar, oler, ni gustar; en una palabra, sobre todo lo que está fuera del alcance de tus sentidos.

— Tal vez es el deseo de ver cumplida la prediccion del astrólogo, el que me hace mas crédulo en este punto. Dice Alasco que vuestro planeta favorable está en su *culminacion*, y que la influencia contraria (no ha querido esplicarse mas) se queda atras, aunque no está por tierra todavía; creo que se ha servido de estos términos.

— Eso es precisamente, dijo Leicester mirando un extracto de cálculos astronómicos que tenia en la mano: la influencia mas fuerte triunfará, y segun creo, la hora fatal ha pasado ya. Ayudeme vm. á quitarme la bata, Ricardo, y quedese vm. un rato, si no es eso demasiado incómodo para un caballero, mientras me meto en la cama. Creo que la fatiga de hoy me ha introducido en la sangre alguna calentura, pues la siento circular en mis venas tan ardiente como si fuera plomo derretido. Aguarda un momento, si gustas, hasta que tenga ganas de dormir.

Varney permaneció officiosamente cerca de la cama de su amo, y puso una lámpara

de plata maciza y una espada sobre la mesa de mármol que estaba cerca de la cabecera. Entónces corrió Leicester la cortina, porque no le ofendiese el resplandor de la lámpara, ó por ocultar su semblante á Varney. Sentóse este junto á la cama, volviendo á su amo la espalda para darle á entender que no trataba de observar sus movimientos, y aguardó tranquilamente á que Leicester empezase á hablar sobre el objeto que ocupaba enteramente todas sus ideas.

— Segun eso, Varney, dijo el conde despues de haber aguardado en vano que su caballero entablase la conversacion, se habla de las bondades que manifiesta la reina conmigo.

— ¿Y como, milord, dijo Varney, pueden dejar de hacerlo, cuando son tan manifiestas á todo el mundo?

— En verdad que es una buena señora, dijo Leicester despues de un corto silencio; pero con razon está escrito: *no hay que fiarse en los príncipes.*

— La sentencia es buena y verdadera, dijo Varney, á no ligar sin embargo sus intereses con los nuestros tan estrechamente, que se tengan ya en la mano como el halcon que va á partir.

— Ya te comprendo, Ricardo, dijo Lei-

cester: á pesar de la reserva con que me hablas esta noche, quieres hacerme comprender que pudiera casarme con la reina si quisiera.

— Vm. lo dice, monseñor, no yo, dijo Varney; pero que sea vm., ó que sea yo, nada importa, es lo que creen en Inglaterra noventa y nueve personas entre ciento.

— Sí, dijo Leicester volviéndose del otro lado, pero esa sola es la mas bien informada. Tú, por ejemplo, tú sabes que se encuentran obstáculos insuperables.

— Y sin embargo debe verificarse, monseñor, si hemos de creer á las estrellas, dijo Varney con retintín.

— ¿Que es lo que estás diciendo? respondió Leicester, tú que no crees en la astrología ni en nada de este mundo.

— Se engaña vm., monseñor, permitame vm. que se lo diga, creo ciertos presagios sobre lo venidero. Creo, por ejemplo, que si llueve en abril, habrá flores en el mes de mayo; que si hace calor, madurarán los frutos; y en mi filosofía natural, creo muchas cosas que me harían creer en las estrellas, si las estrellas las predijesen: así es que no rehusaré creer lo que veo que se aguarda y desea universalmente en la tierra, por la sola razon de que los astrólogos pretenden haberlo leído en el cielo.

— Tienes razon, dijo Leicester agitándose en su cama, desease generalmente ese casamiento. He recibido avisos de Alemania, de los Países-Bajos y de la Suiza, que piensan que depende la salud de la Europa de este suceso. La Francia no se opondrá; el partido que domina en Escocia le mirará como una garantía; la España le teme, pero no puede pasar por otro camino y tiene que callar: sin embargo bien sabes tú que es imposible que se verifique el tal casamiento.

— No por cierto, no lo sé, monseñor: la condesa se halla indispuesta.

— ¡Miserable! dijo Leicester levantándose y echando mano á la espada que estaba sobre la mesa: abandona esos proyectos infernales, ¿quieres asesinarla?

— ¿En que concepto me tiene vm., monseñor? dijo Varney afectando toda la dignidad de la inocencia calumniada. Nada he dicho que pueda dar margen á tan horribles imputaciones. Solamente he dicho que la condesa está enferma; y la condesa, con ser tan amable y tan amada, no está esenta de la ley impuesta por la naturaleza á los demas; puede morir, y vuestra señoría quedar libre por consiguiente.

— ¡Léjos, léjos de mí semejante pensa-

miento! dijo Leicester, y no hay que tomarle siquiera en boca.

— Buenas noches, monseñor, dijo Varney fingiendo hallar en estas palabras la orden de irse; pero le detuvo Leicester.

— No te me escaparás de ese modo, grandísimo loco. Tu nueva dignidad te ha trastornado sin duda el poco seso que tenias. Vamos claros, ¿no crees invencibles semejantes obstáculos?

— ¡Monseñor! que Dios conceda larga vida á la bella condesa, aunque nada basta en este mundo á hacerla inmortal; pero dado que viva muchos años por su dicha y la de vm., no creo que estos lazos deben impedir á vm. llegar á ser rey de Inglaterra.

— ¡Esa es mas negra todavía! Vamos, está ya visto, has perdido la chabeta, pobre Varney.

— ¡Ojalá estuviera tan seguro de poseer algun dia una hermosa tierra señorial! dijo Varney. ¿No sabe vm. que en otros países semejantes casamientos secretos entre personas de diferente condicion no obligan al marido á renunciar á otros enlaces mas convenientes?

— Sí, he oido decir que existia esa costumbre en Alemania.

— Mas hay todavía: dicese que los docto-

res de las universidades extranjeras lo apoyan con muchos testos de la Biblia, dijo Varney. Y sobre todo, ¿que mal hay en eso? La compañera amable, que vm. ha escogido por inclinacion y amor, logra momentos secretos de reposo y desahogo, sin que sufra su reputacion, y sin que deje de tener su conciencia tranquila. Vm. adquiere con eso los medios de hacer frente á todo en el caso de que le dé á vm. el cielo sucesion, y puede vm. aun reservar á Isabel diez veces mas tiempo y diez veces mas amor que el que consagró Don Felipe de España á su hermana María; sin embargo vm. sabe cuanto le amaba ella, á pesar de su negligencia y tibieza. Basta para eso un poco de audacia y discrecion. Al mismo tiempo puede vm. conservar su Eleonora y su bella Rosamunda; yo me encargo de encontrar un retiro que los ojos zelosos de una reina jamas podrán descubrir.

Leicester calló un rato, y dijo despues suspirando: Es imposible; á dios, sir Ricardo Varney. No, quedese vm. todavía: ¿sabe vm. cual ha sido el designio de Tresilian, al presentarse á la reina tan mal vestido? ¿Quería acaso mover su corazon con el espectáculo de un amante desdeñado y chasqueado por su querida, y que pierde el juicio por ella?

Varney contestó soltando una carcajada,

que no creia que semejante idea hubiese pasado por la imaginacion de Tresilian.

— ¡ Como! dijo Leicester, ¿ que quieres decir con eso? esas risas tuyas son siempre muy maliciosas, Varney.

— Quiero decir únicamente, monseñor, respondió Varney, que Tresilian ha escogido ya el medio mas seguro de no morir de pesar: tiene un compañero, una muger, una querida, muger ó hermana, segun parece, de un cierto cómico, ó cosa semejante, la cual hembra cohabita con él en el cuarto de Mervyn, en donde la he encerrado yo por motivos particulares.

— ¡ Una querida! ¿ has dicho una querida?

— Sí, monseñor, ó, si vm. quiere, una de esas mugercillas que van á aguardar horas enteras á los caballeros en su habitacion.

— Es, á fé mia, una linda historia que se podrá contar en su tiempo y lugar, si llega el caso, dijo Leicester. Jamas me he fiado yo en esos sabios con cara de hipócritas. ¡ Lindamente! el señor Tresilian no gasta en mi casa muchas ceremonias que digamos: si lo paso por alto, lo debe agradecer á un cierto recuerdo; sin embargo, Varney, no hay que perderle de vista.

— Por esa misma razon se le ha alojado,

dijo Varney, en la torre de Mervyn, en donde está bajo la inspeccion de mi vigilante servidor, aunque borracho. Hablo de Miguel Lambourne, de quien he hablado ya otra vez á vuestra magestad.

— ¡ Vuestra magestad! dijo Leicester; ¿ que significa ese epiteto?

— Se me viene á la boca sin pensarlo, monseñor, y me parece sin embargo tan natural, que no puedo desecharle.

— En verdad, Varney, esa nueva dignidad te ha hecho perder el seso, dijo Leicester sonriendose: los nuevos honores trastornan la cabeza como el buen vino.

— ¡ Dios quiera, dijo Varney, que pueda vuestra señoría hablar muy luego por experiencia propia! y se retiró dando á su amo las buenas noches.



CAPITULO XXXV.

He aquí la víctima cerca del traidor, como la cierva estendida á los piés del cazador, que ofrece á una noble dama, reina de la caza, su espada desnuda para dar la última herida al pobre animal.

EL LEÑADOR.

TENEMOS que volver al cuarto de la torre de Mervyn, ó por mejor decir, á la cárcel de la desdichada condesa de Leicester, que por algun tiempo consiguió contener su impaciencia y su inquietud. Conocia ella muy bien que en medio del tumulto de un dia semejante era muy posible que su carta no fuese desde luego entregada á Leicester, y que tampoco él podria arrancarse inmediatamente de su servicio cerca de Isabel, para venir á visitarla á su secreto asilo.

— No debo aguardarle hasta la caída del dia, decia entre sí misma; no podrá dejar á la reina, ni aun para venir á verme. Sé hará lo que pueda por venir cuanto ántes, pero no debo esperarle ántes de la noche.

Sin embargo no pasó un momento sin aguardarle; y procurando persuadirse de lo contrario, cada ruido que oia se le figuraba proceder de la llegada apresurada de Leicester, que corria á estrecharla entre sus brazos.

La fatiga que habia sufrido Amy, y la agitación que causa naturalmente una incertidumbre tan cruel, empezaban á atacar sus nervios, y temia no poder soportar los acontecimientos que se preparaban. Pero, aunque habia sido una niña mal criada, tenia por naturaleza una alma fuerte, y un temperamento robusto.... que habia fortificado el ejercicio que hacia acompañando á su padre á la caza. Llamó á su socorro todas sus fuerzas; y conociendo que dependia su suerte futura de la presente serenidad, rogó al cielo en silencio la sostuviese, y al mismo tiempo tomó la resolución firme de no ceder á ninguna emoción capaz de desanimarla en su empresa.

Sin embargo, cuando la grande campana del castillo que, hallandose en la torre de César, no estaba léjos de la de Mervyn, empezó á sonar dando la señal de la llegada de la corte, fué su sonido tan penoso á los oídos cuya sensibilidad se exaltaba con la inquietud, que Amy no pudo menos de lanzar un grito cada vez que oia una campanada.

Poco despues, viendo inundarse de repente

de luz el cuarto en que se hallaba, por los fuegos artificiales que se cruzaban en el aire como espíritus inflamados, ó como salamandras que formaban extrañas danzas en la region del fuego, le parecia que los cohetes reventaban ante sus ojos, y le comunicaban su calor.

— Pero luchó contra estos terrores fantásticos; hizo un esfuerzo para levantarse, asomarse á la ventana, y fijó sus miradas en un espectáculo que en cualquiera otra circunstancia le hubiera parecido curioso al mismo tiempo que terrible. Las torres magníficas del castillo estaban adornadas de guirnaldas de fuego artificial, ó coronadas de un vapor pálido. La superficie del lago chispeaba como el hierro en la fragua, mientras que las llamas que se elevaban por los aires, ó caian en el agua sin apagarse, parecian dragones encantados que se divertian en un lago de fuego.

Aun la misma Amy llegó á divertirse con un espectáculo tan nuevo para ella, pues decia al verle:

— Todo esto me pareceria un efecto del arte mágico, si el pobre Tresilian no me hubiera enseñado á juzgar de las cosas como ellas son en sí.... ¡Dios mio! ¿no se parecen estos vanos resplandores á mis locas esperanzas? ¿No es mi felicidad una chispa que va á

sepultarse pronto en un mar de tinieblas?.... ¿No es una claridad precaria que solo se eleva en el aire para caer desde mayor altura?.... ¡O Leicester! despues de cuanto me has dicho, despues de tantos juramentos y promesas, ¿es posible que seas tú el mágico que hace obrar estas maravillas, y que tu Amy las vea únicamente como una muger proscriba, ya que no como una cautiva?.... ¡tu Amy que era tus amores y tu vida!

La música continuada que se oia en diferentes lados del castillo, mas ó menos separados, inspiraba los mismos sentimientos dolorosos al angustiado corazon de la pobre condesa. Los dulces y lejanos conciertos simpatizaban al parecer con sus penas, mientras la música alegre y bulliciosa insultaba en cierto modo á sus infortunios.

— Es mia esta música, pues es *suya*, decia entre sí misma, pero no me es permitido hacerla suspender. Esas contradanzas y esa alegría descompasada me fastidian, y el mas ínfimo patan puede mejor que yo, que soy el ama de todo esto, arreglar la música.

Fué cesando poco á poco el sonido de los instrumentos, y abandonó la condesa la ventana en donde se habia asomado á escuchar. Era de noche, pero la luna aclaraba de tal

suerte el cuarto, que Amy pudo disponer en él todo como quiso.

Esperaba que Leicester iría á buscarla cuando estuviese tranquilo todo en el castillo; pero podía temer ser perturbada por alguna otra persona. No se fiaba en la llave, desde que había entrado Tresilian con tanta facilidad, aunque la puerta estuviese cerrada por dentro. Para asegurarse algo mas, todo lo que pudo hacer se redujo á poner atravesada la mesa, para que le advirtiese el ruido si quería entrar alguno. Habiendo tomado estas precauciones, la pobre Amy se tendió en la cama, aguardando con inquietud, y contando los minutos hasta despues de media noche. La naturaleza cansada pudo mas que el amor, el dolor y la inquietud, y Amy se durmió, sí, durmió..... Tambien el Indio duerme en el intervalo de sus tormentos; las penas del corazon fatigan lo mismo á la larga su sensibilidad, y sus ansias crueles se renuevan despues de un descanso letárgico.

La condesa durmió algunas horas; soñó que se encontraba en su antigua habitacion de Cumnor, prestando oidos y creyendo escuchar el silbido con que Leicester solía anunciar su llegada al patio cuando iba á sorprenderla con alguna de sus visitas clandestinas. Pero esta vez era el sonido de la corneta

el que oía; reconoció la tocata particular de su padre cuando abatía un ciervo, y que llaman los cazadores una *muerte*. Se imaginó que corría ácia la ventana que daba al patio en que se hallaban muchas gentes enlutadas. El cura entonaba el *miserere* y el *pater noster* con el *requiem æternam*; Mumblazen, vestido á la antigua, llevaba un escudo de armas con los emblemas de estilo, huesos puestos en forma de cruz, y calaveras al rededor de un blason con la corona de condes. Miraba el anciano á Amy con una sonrisa terrible y le decia: — Amy, ¿estan bien blasonadas estas armas? y al decir esto volvía la corneta á anunciar tristemente la muerte del ciervo, y ella se despertó.

Oyó efectivamente el sonido de una corneta, ó mas bien el de muchas reunidas que resonaban en el castillo, no anunciando la muerte del ciervo, sino la *madrugada* alegre que prevenía á los huéspedes de Kenilworth iban á dar principio las diversiones de aquel dia con una partida de caza en el bosque inmediato. ®

— No piensa en mí, no vendrá, decia entre sí misma; una reina honra con su presencia su castillo, y nada le importa que una desdichada llore en un rincon oscuro, en

que las dudas crueles van á ponerla en manos de la desesperacion.

De repente un ruido que creyó haber oido en la puerta como de alguno que queria abrirla callandito, la causó una mezcla deliciosa de alegría y temor: iba á darse prisa en desviar el mueble que habia arrimado á la puerta; pero ántes de abrirla, tuvo sin embargo la precaucion de preguntar: ¿Eres tú, amor mio?

— Sí, mi condesa, contestó una voz muy baja. Amy abrió la puerta gritando: « ¡Leicester! » y tendió los brazos al extranjero que permanecia en el umbral, embozado en su capa.

— No soy enteramente Leicester, dijo Miguel Lambourne, pues era él mismo en persona; no soy del todo Leicester, mi tierna y bonita duquesa, pero soy tan hombre como él.

Al momento rechazó Amy, con una fuerza de la que jamas se hubiera creído capaz, á este hombre indigno; y evitando sus abrazos, se retiró hasta la mitad del cuarto, en donde la desesperacion la animó á detenerse.

Lambourne la siguió, dejando caer la capa que le tenia encubierto. Entónces reconoció en él Amy al criado de Varney, la persona de quien mas temia ser descubierta, á escepcion

cion de su detestable amo. Pero como conservaba aun el traje de camino, y apenas habia sido admitido Lambourne una sola vez en su presencia en Cumnor, creyó que su semblante no le seria tan conocido como lo era á ella el de aquel bribon, por habersele mostrado Juanita algunas veces en el patio, contandole algunas de sus fechorías.

Hubiera tenido aun mayor confianza en su disfraz, si hubiese notado desde luego que Lambourne estaba enteramente borracho, aunque en nada disminuia esto el riesgo que corria al encontrarse con semejante hombre, á tales horas y en tal sitio.

Cerró la puerta Lambourne al entrar, y cruzando los brazos y chungueandose con Amy, empezó á decir: — Escucha, hermosa Callipolis, amable condesa del estropajo, divina duquesa de las callejuelas, no hay que hacerte de pencas, no hay que gastar saliva en balde, sino al asunto desde luego.... Vamos, franqueza, alegría, hermosota.... vamos.... (dió un paso ácia adelante, y se bamboleó) no me gusta á mí que.... con estas malditas tablas pudiera uno romperse una pierna, si no anduviese con tanta precaucion como los que bailan en la maroma.

— Detente, dijo la condesa, no te acerques á mí si estimas en algo tu vida.

— ¿Como es eso? ¡amenazas! dijo Lambourne; ¿puede vm., mi reina, hallar mejor mozo ni mas campechano que el valiente Miguel Lambourne? He estado en América, hija mia; allí se encuentran la plata y el oro en abundancia, y yo no he dejado de hacer mi agosto.

— Amigo mio, dijo la condesa asustada de ver la audacia y desfachatez de aquel picaronazo; amigo mio, dejame en paz, dejame en paz por amor de Dios.

— Eso es lo que yo te diré, ojos mios, cuando estemos ya hartos el uno del otro; pero hasta entónces no.

En esto la cogió por el brazo. Amy, no pudiendo resistir, se defendia á gritos.

— Vamos, chilla cuanto quieras, dijo Lambourne reteniendola. Estoy acostumbrado á oír el ruido de la mar, y hago el mismo caso de una muger que grita que de un gato que maulla.... Por vida de Cristo!... he oido á cien mugeres chillar al mismo tiempo cuando cogíamos una plaza fuerte por asalto.

Al mismo tiempo los gritos de la condesa atrajéron un defensor inesperado. Lorenzo Staples, habiendo oido el ruido desde su cuarto, acudió muy á propósito para impedir que no fuese descubierta, y tal vez para librarla de una atroz violencia. Estaba Lo-

renzo tambien borracho desde la francachela de la vispera; pero su borrachera era por fortuna diferente de la de Lambourne.

— ¿Que diantres de bulla es esta? dijo. ¿Como es eso? ¡un hombre y una muger en el mismo cuarto! Es contra la regla; quiero que haya decencia en esta cárceel, por San Pedro *ad vincula*.

— Baja al punto la escalera, pícaro borracho, dijo Lambourne; ¿no ves que la señora y yo no necesitamos testigos?

— Digno y respetable señor, dijo la condesa dirigiendose al carcelero, libreme vm. de este hombre por el amor de Dios.

— Muy bien dicho, respondió Lorenzo, abrazaré su partido: me intereso en favor de los presos, y he tenido bajo mis garras tan buenos como los de Newgate y otras cárceles famosas de Londres. Siendo pues esta muger una de mis corderitas, como digo yo, estará al abrigo en mi rebaño. Miguel, si no dejas en paz á esta muger, te rompo los cascos con mis llaves.

— Primero haré yo con tus entrañas un gí-gote, respondió Lambourne echando mano á su daga, sin soltar á la condesa; y asi; cuidado conmigo, vegestorio de todos los demonios!

Lorenzo detuvo el brazo de Miguel para

impedirle que sacase la daga, y mientras le rechazaba Lambourne, hizo la condesa un esfuerzo, se desprendió de la mano de Lambourne, y corriendo ácia la puerta, salió del cuarto y bajó en dos saltos la escalera. Apenas había andado algunos pasos, cuando oyó caer á los dos combatientes con un ruido que aumentó su miedo. La última puerta había quedado abierta, huyó temblando, y se fué al *sitio del Placer*, que le pareció el mas favorable para evitar el ser perseguida.

Al mismo tiempo rodaban Lorenzo y Lambourne en el suelo forcejeando el uno contra el otro. Tuviéron la fortuna de no haber desenvainado ántes sus dagas; pero Lorenzo dió á Miguel un golpe en la cara con el mango de llaves, y este por vengarse apretó con tal violencia la garganta del carcelero, que le salía la sangre por la boca y por las narices. Tal era su situacion, cuando otro oficial de la casa entró en el cuarto, atraído por el ruido, y consiguió, con no poco trabajo, separar á los combatientes.

— ¡Cargue el diablo con los dos, y con vm. sobre todo, señor Lambourne! dijo el caritativo mediador. ¿Que demonios hacen vms. aquí rineñdo como dos perros en una carnicería?

— Se trata de una muchacha, si lo deseas saber.

— ¡Una muchacha! ¿y donde está?

— Pienso que las habrá afutado, dijo Lambourne mirando ácia todos lados, sino es que se la ha tragado Lorenzo. Su hedionda barriga se engulle las infelices señoritas y los huérfanos oprimidos, como el gañote de los gigantes de que habla la historia del rey Arturo. De eso se alimenta principalmente, devorando al mas cuerpos y haciendas.

— Sí, sí; pero no se trata ahora de eso, dijo Lorenzo levantandose: he tenido gentes que valian mas que tú, confiadas á mi cuidado. ¿Lo entiendes, Miguel Lambourne? y espero que tú tambien vendrás á parar entre mis garras. Tu impertinencia no siempre salvará tus piernas de la cadena, y tu garganta de un dogal.

Al oír esto, quiso Lambourne repetir la misma escena.

— Vamos, no hay que volver á las andadas, dijo el pacificador, ó llamaré al que os meterá á los dos en un puño: hablo del señor Varney ó sir Ricardo; acabo de verle atravesar el patio.

— ¿Es cierto? preguntó Lambourne jurando, y cogió la jarra de agua que había en

el cuarto. Vamos, añadió, elemento maldito, haz tu oficio. Creia verme libre de tí habiendo pasado toda la noche última flotando, para hacer el papel de Orion, como un corcho sobre un tonel de cerveza.

Se lavó las manos y la cara, y se esmeró en ajustarse el vestido.

— ¿Que le has hecho? dijo el mediador hablando aparte al carcelero; tiene hinchada la cara.

— Es tan solo la marca de una de mis llaves, harto honrosa para ese asesino. No quiero que insulte nadie á mis presos: son mis joyas, y debo guardarlas en una cajita segura. Por tanto, señora, cese vm. de gritar....; Holá! pero habia una dama aquí....

— Creo que estais todos locos hoy por la mañana, dijo el mediador; yo no he visto ninguna muger, ni hombres tampoco, hablando en rigor, sino dos animales tendidos en el suelo.

— ¡Perdidos estamos! dijo Lorenzo, la cárcel ha sido forzada, este es el caso; la cárcel de Kenilworth ha sido forzada, y era la mas fuerte que se encontraba desde aquí al pais de Gales. ¡Una casa en que los caballeros, los condes y los reyes han solido dormir tan seguros como en la famosa torre de Londres! Ha sido forzada, y los presos se han

escapado, y el carcelero está á pique de morir en la horca.

Al decir esto, se retiró á su aposento á continuar sus lamentaciones, ó recobrar su razon durmiendo.

Lambourne y el pacificador le siguiéron inmediatamente, en lo que tuviéron no poca dicha, pues el carcelero habia cerrado por rutina la puerta última; y si no se hubieran encontrado á mano para poder impedirlo, se quedaban encerrados miéntras la condesa se veia ya en libertad.

Segun lo hemos dicho ya, la pobre Amy se habia refugiado en el sitio del Placer. Habia visto desde su ventana esta parte de los jardines, y creyó, al recobrar su libertad, que en medio de los bosques, las fuentes, las estatuas y las grutas, de que estaba adornado aquel sitio, podria encontrar algun refugio, ocultandose hasta que se le ofreciese un protector que quisiese interesarse en su triste situacion, y le proporcionase los medios de hablar á Leicester.

— Si volviese á ver á mi guia, decia entre sí misma, sabria si ha entregado mi carta; si pudiese encontrar á Tresilian por lo menos, valdria mas esponerse á la cólera de Dudley, confesando mi situacion á un hombre lleno de honor, que correr el riesgo de ser ultrajada

todavía por los criados insolentes de este castillo. No quiero esponerme mas encerrada en un cuarto. Aguardaré... estaré á la mira... quizá entre tantas personas se hallará alguna alma buena, compasiva y sensible á los dolores que padezco.

Efectivamente, veia pasar Amy muchas gentes que atravesaban el sitio del Placer. Estas gentes pasaban risueñas y alegres, pensando y hablando solo de divertirse.

El retiró que habia escogido la ocultaba á la vista de todo el mundo; era una gruta cubierta de adornos rústicos, y habia en su interior una fuente. Podia en ella Amy ocultarse ó descubrirse fácilmente al solitario pensativo que quisiese descansar en aquel asilo romanesco. Se miraba en el agua de la fuente silenciosa que le servia de espejo: se admiró de ver su semblante, y tenia que, estando tan disfrazada y cambiada, cualquiera muger (pues esperaba sobre todo de una persona de su sexo que se interesase por ella), digo que tenia que cualquiera muger se espantaria al verla.

Razonando así entre sí misma como una muger para la que jamas deja de ser importante su exterior, y como una hermosa que tenia alguna confianza en su atractivo, se quitó el vestido de viage y su gran sombrero,

que dejó á un lado para poder volver á ponerlos, si Varney ó Lambourne la obligaban con su llegada á disfrazarse.

El traje que tenia interior se parecia bastante á los que se ven en los teatros, y era tal que hubiera podido servir para una de las actrices que tenian que representar algun papel en la escena dispuesta para la reina. Wayland se le habia comprado el segundo dia de su viage. Y como le sirviese al mismo tiempo la fuente de cofaina y de espejo, se aprovechó de esta circunstancia para lavarse y componerse á la ligera. Cogiendo despues sus joyas, por si acaso podian llegar á servirle de intercesores, se retiró al interior de la gruta, se sentó en un banco que allí habia, y aguardó que acudiese el azar á su socorro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXVI.

Quando con vuelo rápido el milano
Sobre la perdiz tímida se lanza,
¿Habeis visto á la pobre como gime,
Sin atreverse á huir la desdichada?

PRIOR.

SUCEDIÓ en este dia memorable que fué una de las cazadoras mas madrugadoras la princesa misma, la reina-virgen de Inglaterra. No sé si fué por casualidad, ó por un efecto de la cortesía que debía Leicester á una soberana que le honraba tanto..... lo cierto es que apénas Isabel habia dado un paso en el umbral de la puerta, cuando se presentó á ella el conde, y la propuso, miéntras se concluian los preparativos de la caza, ir á ver el *lugar del Placer* y los jardines del castillo.

Consintió la reina, y apoyandose en el brazo de Leicester, bajáron y se internáron en los jardines. Las damas de la reina, como personas discretas, y obrando como hubieran querido que se obrase con ellas en igual caso, no creyéron necesario seguir á su ama desde muy cerca. Se contentáron con no perderla de vista, dejandola libre en

una conversacion particular con un señor que no solamente era su huésped, sino el mas estimado y favorecido entre todos sus servidores. Admiraban la gracia de esta ilustre pareja, cuyos trages de caza eran tan ricos casi como los de la víspera.

El de Isabel, tejido de seda azul con galones de plata y cordones, recordaba el de las antiguas amazonas; realzaba su cuerpo airoso y la dignidad de su ademan, que la costumbre de mandar y el orgullo habian hecho en cierto modo demasiado varonil, para que se manifestasen todas sus ventajas con los trages ordinarios de su sexo.

Leicester tenia un vestido de paño verde de Lincoln, con ricos bordados de oro, y estaba ceñido de una charpa de la que pendian una corneta y un cuchillo de monte, en lugar de espada. Adornaba este traje á Leicester como los que llevaba á la corte y en las ceremonias militares; pues era tal la perfeccion del talle de todo su cuerpo, que siempre parecia que habia adoptado el vestido que daba mas realce á sus formas graciosas.

La conversacion de Isabel con su privado no ha llegado exactamente toda á nuestra noticia; pero los ojos y los oidos de los cortesanos son esquisitos, y los que los siguiéron estuviéron acordes en decir que en ninguna

ocasion Isabel allanó al parecer tanto y tan voluntariamente su dignidad, para emplear una espresion de ternura y de indecision. Sus pasos eran mas lentos, y habia dejado á un lado aquel orgullo que siempre solia manifestar al andar.

Miraba al suelo, y mostraba al parecer una intencion débil de separarse del conde; pero era con aquel gesto esterior que en las mugeres indica muchas veces lo contrario de lo que manifiestan. La duquesa de Rutland, que se atrevió á acercarse mas á la reina, dijo que habia visto caer algunas lágrimas de los ojos de Isabel, y que se habia puesto colorada. Y lo que es mas, añadía la duquesa, su magestad evitó que sus ojos encontrasen los míos, siendo asi que bastaba ordinariamente una mirada suya para acobardar á un leon. Fácil es adivinar que consecuencias se sacaban de estos indicios, y quizá, quizá con muchísima razon.

Una conversacion secreta entre dos personas de sexo diferente decide no pocas veces de su destino, y las conduce mucho mas léjos de lo que podian prever ellas mismas. La galantería se mezcla en la conversacion; el amor se mezcla poquito á poco con la galantería; los grandes como los zagales dicen entónces mas de lo que hubieran querido decir;

y en estos momentos críticos las reinas como las zagalas se detienen demasiado á escuchar.

Al mismo tiempo los caballos relinchaban en el patio y mordian impacientes los frenos; aullaban los perros, los cazadores se quejaban de que se dejaba pasar el rocío, con lo que desaparecerian las huellas de los ciervos. Pero Leicester tenia otra caza entre manos, ó por hablar con mas exactitud, se habia visto empeñado en ella, sin pensarlo, como el cazador que va siguiendo los perros que ha encontrado por casualidad. La reina, muger hermosa, perfecta, orgullo de la Inglaterra, esperanza de la Francia y de la Holanda, y terror de la España, habia probablemente escuchado con una complacencia mas señalada las espresiones de la galantería romancesca que le habia gustado siempre; y el conde, sea por vanidad, sea por ambicion, ó por ámbos motivos, habia ido acalorando su lenguaje seductor, hasta llegar á mostrarse un amante importuno.

— No, Dudley, le dijo Isabel con voz indecisa, no, yo no debo ser sino la madre de mi pueblo. Los lazos que forman la felicidad de una señorita, de cualquier otro rango, nos son imposibles sobre el trono.... No, Leicester, cesad de estrecharme.... si me fuera lícito, como á las demas mugeres, buscar mi

felicidad.... entónces confieso que.... pero no se puede.... no, eso no se puede.... Retarde vm. la caza.... suspendala vm. media hora.... y dejeme vm., milord.

— ¿Que me vaya, señora? ¿os ha ofendido mi ardor?

— No, Leicester, no es eso; pero es una locura, y no quiero que se vuelva á hablar de eso. Vayase vm. sin alejarse demasiado.... que ninguno me venga á interrumpir; quiero quedar sola un rato.

Miéntas decia estas palabras, Dudley hizo una salutacion profunda, y se retiró triste y abatido. La reina se detuvo á mirarle miéntas se alejaba, y decia entre sí misma: Si fuese posible.... si pudiera verificarse.... pero no.... no.... Isabel no debe ser esposa y madre sino del reino de Inglaterra.

Al pronunciar estas palabras, y queriendo evitar encontrarse con alguna persona, Isabel entró en la gruta en que estaba escondida su rival desdichada.

La reina, aunque se hallaba agitada por la conversacion que acababa de interrumpir, estaba dotada de uno de aquellos caracteres firmes y decididos que vuelven muy pronto en sí. Podia compararse su corazon á uno de los antiguos monumentos druidicos que se mueven sobre un punto de apoyo; el dedo

del amor, aunque le representan como un tierno niño, podia mover sus sentimientos, pero toda la fuerza de Hércules seria insuficiente para hacerle perder el equilibrio.

Se adelantaba poco á poco; y apenas hubo llegado al medio de la gruta, sus miradas habian recobrado su dignidad, y su ademan su aire de autoridad.

Descubrió entónces una muger colocada cerca de una columna de alabastro, al pié de la cual corria una fuente entre dos luces.

La memoria clásica de Isabel le recordó la historia de Egeria y de Numa; creyó que un escultor italiano habia querido representar en este lugar la ninfa cuyas inspiraciones diéron leyes á Roma; pero al adelantarse, empezó á dudar si era una estatua lo que veia, ó una muger de carne y hueso.

La pobre Amy permanecia inmóvil y dudosa entre el deseo de confiar á una persona de su sexo su situacion, y la confusion que le causaba el aspecto de la persona que se acercaba á ella: aunque jamas habia visto á la reina, sospechó sin embargo que era ella misma.

Levantandose Amy del banco en que estaba sentada, se adelantó para hablar á la estrangera, pero se acordó de que Leicester habia manifestado muchas veces gran temor de que la reina llegase á saber alguna cosa de su union,

y se detuvo con un pié ácia adelante, inmóvil y blanca como el pilar de alabastro contra el cual se apoyaba. Su vestido verde se parecia en la oscuridad al manto de una ninfa griega, y contribuía aun á entretener á la reina en su primera idea. Se habia detenido á algunos pasos de distancia de la condesa, y fijó sus penetrantes miradas en la supuesta nayade. La admiracion que habia causado la inmovilidad de Amy fué reemplazada por el respeto. Bajó silenciosa sus ojos, é inclinó la cabeza, no pudiendo resistir á las miradas de la soberana.

El traje con que estaba cubierta, la cajita de las joyas que tenia en la mano, hicieron pensar á Isabel que esta hermosa taciturna pudiera estar tal vez encargada de representar un papel en alguna de las escenas alegóricas que se ejecutaban en diversas partes del parque; y que, en lugar de ofrecerle su homenaje, la pobre niña, turbada, se olvidaba del papel, ó no tenia bastante serenidad para recitarle. Quiso la reina animarla, y la dijo con un tono afectuoso:

— ¿Por que asi, bella ninfa de aquesta gruta, os dejáis abatir por el poder de ese encantador que llaman *miedo*?.... Somos su enemiga declarada, y queremos destruir su encanto: hablad, hablad, que asi os lo ordenamos.

En lugar de responder, se arrojó la condesa á los piés de la reina, dejó caer su cajita, y cruzando sus brazos levantó ácia Isabel los ojos en que se pintaban de tal modo el temor y la súplica, que la reina se conmovió mucho.

— ¿Que es eso? dijo; está vm. mas turbada de lo que debiera por una falta de memoria: levante vm., señorita, ¿que es lo que desea vm.?

— Vuestra proteccion, señora, respondió la suplicante.

— No hay una niña en toda Inglaterra que no tenga derecho á ella cuando la merece, respondió la reina; pero la desgracia de vm. tiene sin duda otra causa que el olvido de un deber. ¿Por que me pide vm. mi proteccion? ¿quien es el que la ha ofendido?

Buscando Amy lo que podria responder para librarse del peligro á que se hallaba espuesta, sin comprometer á su esposo, y pasando de una idea á otra, en medio de la confusion que turbaba su ánimo, respondió á las repetidas preguntas de la reina dejando escapar estas palabras: ¡Ah! yo no lo sé.

— Esta niña está loca, dijo la reina enfadada, porque habia en la accion de Amy alguna cosa que irritaba su curiosidad y escitaba su interes. Confieseme vm. sus penas, yo

puedo aliviarlas. Responda vm., que no estoy acostumbrada á preguntar dos veces una misma cosa.

— Pido.... imploro.... dijo la pobre condesa tartamudeando, imploro vuestra proteccion contra.... contra Varney; y calló luego como si hubiera pronunciado una palabra fatal.

— ¡ Que Varney! dijo la reina, ¡ sir Ricardo Varney! ¡ el caballero de lord Leicester! ¿ Que relaciones os unen con él?

— Yo he sido.... he sido su prisionera: ha atentado á mi vida, y he huido por.... por....

— Por venir sin duda á ponerme bajo mi proteccion, dijo Isabel: la tendréis, en el caso al menos de ser digna de ella. Quiero conocer á fondo este asunto. Lo adivino, añadió, echando sobre la condesa una mirada y queriendo penetrar hasta lo mas profundo de su corazon: vm. es Amy, hija de sir Hugo Robsart de Lidcote-Hall.

— ¡ Perdon! ¡ ah, perdon, generosa princesa! dijo Amy volviendose á arrojar á los piés de la reina.

— ¿ Y que es lo que debo perdonar, niña inocente? dijo Isabel: ¿ no eres la hija de sir Hugo? ¿ has perdido el juicio? Dime que es lo que ha sucedido. Has engañado á tu anciano y respetable padre: lo leo en tu turba-

cion. Te has burlado de Tresilian, y te has casado con Varney.

Amy se levantó entónces diciendo:

— No, no, señora, no: pongo al cielo por testigo, yo no soy esa muchacha sin honor de que hablais; no soy la muger de un vil esclavo, del hombre mas abominable; no soy muger de Varney: ¡ primero mil veces la muerte!

Confundida la reina con esa violencia, calló un momento, y despues respondió: Si, ¡ bendito sea Dios! ya comprendo que no podeis esplicar mejor un asunto que nos interesa. Pero decidme, añadió con autoridad, porque un sentimiento confuso de zelos, que habian hecho nacer aquellas palabras, escitaba fuertemente su curiosidad; decidme, pues, quien es vuestro marido.... vuestro amante. Quiero saberlo: cuidado con ello, pues os seria menos peligroso jugaros con una leona que con Isabel.

Impelida, como por una fatalidad irresistible que la llevaba al precipicio, y por las palabras imperiosas y las amenazas de la reina ofendida, pronunció Amy estas palabras: « El conde de Leicester lo sabe todo. »

— ¡ El conde de Leicester!.... dijo Isabel. ¡ El conde de Leicester! repitió indignada; te han pagado para hacer ese papel: calum-

nias á Leicester, que no se abate á semejantes criaturas; sí, te han sobornado para infamar á ese noble señor, el caballero mas generoso de toda la Inglaterra. Pero aunque fuese nuestro ministro privado, aunque fuese mas todavía, no dejarias de ser oida libremente y en presencia suya. Sigüeme, sigüeme ahora mismo.

Amy se desvió amedrentada; la reina furiosa, que creyó ver en este movimiento la confesion de su falta, se adelantó ácia ella, la cogió por el brazo, y saliendo azorada de la gruta, atravesó presurosa la arboleda del *lugar del Placer*, llevandose consigo á la condesa despavorida, á la que tenia aun por el brazo, y que apenas podia seguir á la reina indignada.

Leicester estaba al mismo tiempo en medio de un corro brillante de señores y señoras reunidos en un pórtico elegante al fin de la arboleda. Aguardaban todos ellos impacientes las órdenes de su magestad para la caza, y se deja ver cual seria su admiracion, cuando en lugar de ver á Isabel acercarse á ellos con su dignidad acostumbrada, la víeron correr con tal rapidez, que apenas la hubieron percibido cuando estaba ya en medio de ellos. Observáron entónces con temor que sus facciones respiraban la rabia y la agitacion, que

sus cabellos estaban desordenados, y que sus ojos brillaban como en los momentos en que manifestaba el espíritu de su padre Enrique VIII. No se admiráron menos al ver una muger pálida, estenuada, y hermosa sin embargo, aunque medio muerta, que la reina tenia fuertemente con una mano, mientras con la otra desviaba á las damas y los caballeros que se acercaban á ella apresurados.— ¿En donde está el conde de Leicester? preguntó con un tono que amedrentó á los cortesanos que la rodeaban. Venga vm. aquí, Leicester.

Si en un dia hermoso del estío, cuando todo está tranquilo y sereno en el campo, un rayo, escapado del cielo azulado, cayese á los piés de un viagero, no mirarian sus ojos la tierra entreabierta á sus piés con un espanto mayor que el que causó á Leicester tan inesperado espectáculo. Estaba recibiendo entónces con una afectada modestia los parabienes lisonjeros que le daban los cortesanos sobre el favor de la reina, que sin duda debió haber llegado al mayor grado en la conversacion de aquella madrugada. Precisamente en el momento en que una sonrisa orgullosa y mal disimulada con que recibia los tales parabienes, brillaba aun en sus labios, la reina, inflamada de cólera, se metió en medio

del corro, y mientras sostenia con una mano á la condesa medio muerta, la mostró con la otra á los cortesanos, y con una voz que retumbó en sus oídos, como la trompeta fatal que llamará á los vivos y á los muertos en el día del juicio final, les preguntó: ¿Conocen vms. á esta muger?

Al modo que, en virtud de aquella señal terrible, pedirán los culpados á los montes que caigan sobre sus cabezas, así los pensamientos secretos de Leicester hubieran querido que el soberbio pórtico, que habia edificado su orgullo, se desplomase sepultándole entre sus ruinas. Pero esto no se verificó; y el mismo fundador del edificio, impelido por un poder secreto, se arrojó á los piés de Isabel, y juntó su frente con el pavimento de mármol que pisaba la reina.

— Leicester, dijo Isabel temblando de cólera, ¿hubiera podido yo pensar que conspirases tú contra mí....? ¿contra mí, tu soberana?..... ¿contra mí, tu amiga..... que se fiaba demasiado en tus palabras?..... Tu confusión me descubre tu perfidia. Tiembla, miserable; te declaro, por cuanto hay de mas sagrado, que tu cabeza, hombre bajo y falso, corre mas riesgo aun que el que corrió algun día la de tu padre.

Carecia Leicester de aquella fuerza y se-

renidad que solo puede dar la inocencia, pero el orgullo sostuvo su valor. Levantó su frente en que se pintaban mil emociones contrarias, y respondió á la reina:

— Mi cabeza no puede caer sino por sentencia de mis iguales los pares.... Me defenderé delante de ellos, y no delante de una princesa que recompensa así mis generosos servicios.

— ¡Que! ¡nobles señores! dijo Isabel mirando á todos lados, ¡atreverse á desafiar mi poder!.... ¡ultrajarme en este mismo castillo que he dado á ese orgulloso!..... Señor Shrewsbury, vm. es mariscal de Inglaterra, ataque vm. al conde como culpable de traicion.

— ¿A quien debo acusar? preguntó sorprendido Shrewsbury que acababa de llegar.

— ¿A quien? ¿De quien puedo yo hablar sino de ese traidor Dudley, conde de Leicester?..... Mi primo Hunsdon, vaya vm. á reunir á todos nuestros gentileshombres, y que se apoderen de él sin dilacion. Vaya vm., que quiero que se me obedezca.

Hunsdon, viejo austero, y que, en calidad de pariente de la casa de Boleyns, tenia el privilegio de hablar con libertad á la reina, respondió con audacia y franqueza: Sí, señora, y mañana vuestra magestad me enviará á la torre de Londres por haberme dado de-

masiada prisa. Os suplico tengais un poco de paciencia.

— ¡Paciencia!.... ¡Dios mio! dijo la reina.... no hay que hablarme de paciencia: ¡el crimen que ha cometido es tal!....

Amy, que durante este tiempo habia vuelto un poco en sí, y que vió á su esposo espuesto al furor de una reina ofendida, olvidando al punto (¡cuantas mugeres hubieran hecho lo mismo!) sus injurias y su propio peligro, se arrojó llena de terror á los piés de la reina, y exclamó: ¡Es inocente, señora, es inocente!.... Nada se le puede echar en cara al noble Leicester.

— ¡Como así? respondió la reina: ¿no me ha dicho vm. que el conde de Leicester conoce toda esta historia?

— ¡Yo, señora? ¿yo lo he dicho? respondió la pobre Amy, dejando á un lado toda consideracion de conveniencia ó de interes: ¡oh! si lo he dicho, he calumniado al noble señor. ¡Dios mio! sed mi juez, y ved si he podido pensar jamas que Leicester ha tenido parte en cosa alguna que me fuese funesta.

— Muger, dijo Isabel, yo sabré que motivos has tenido, ó mi cólera.... La cólera de los reyes es un fuego devorador.... y te dise-

cará y consumirá como la paja dentro de un horno.

En el momento en que proferia la reina esta amenaza, el corazon generoso de Leicester se llenó de indignacion; vió á que grado de envilecimiento se condenaba para siempre, si, habiendo sido defendido de un modo tan heroico por la condesa, la abandonaba al resentimiento de la reina. Levantaba ya la cabeza con toda la dignidad de un hombre de honor; iba á confesar su casamiento, y declararse altamente el protector de Amy, cuando Varney, que parecia estar destinado á ser el mal genio de su amo, se precipitó ácia la reina, medio desnudo y con ademan feroz.

— ¡Que quiere este hombre? preguntó Isabel.

Entónces Varney, fingiendose abatido por la vergüenza y el dolor, cayó á los piés de la reina, gritando: ¡Perdon, mi soberana, perdon!.... ó por lo menos que el brazo de vuestra justicia descargue sus golpes solo contra mí: yo solo lo merezco; mi noble, mi generoso amo el conde de Leicester es inocente.

Amy se levantó al punto viendo á su lado al hombre que le era tan odioso. Iba á refugiarse al lado de Leicester, pero la contuvo la

turbacion y timidez que hizo renacer en sus miradas la repentina aparicion de su confidente, que iba á abrir al parecer otra nueva escena. Se detuvo, y suplicó á su magestad la encerrase en la mas estrecha cárcel del castillo.... Tratadme como á la mas grande y mas abominable criminal, pero separadme del que es capaz de aniquilar la poca razon que me resta.... Separadme del mas abominable de los hombres.

— ¡Como, hija mia! dijo la reina pasando á una nueva idea: ¿que le ha hecho á vm. ese caballero para tratarle asi? ¿que tiene vm. que echarle en cara?

— Mis injurias, mis pesares, y mas todavía.... Ha sembrado la disension en donde debia reinar la paz. Me volveré loca, si me veo forzada á continuar mirandole algun tiempo.

— Creo que tiene vm. ya algo trastornado el juicio, respondió la reina. Señor Hunsdon, cuide vm. de esta pobre niña; guardadla desde luego en un asilo seguro y honesto, hasta que ordenemos otra cosa.

Dos ó tres damas de la comitiva de Isabel, ó ya por compasion ácia una criatura tan interesante, ó por algun otro motivo, se ofrecieron á vigilarla; pero la reina les respondió en pocas palabras: — No, señoras, muchí-

simas gracias.... Tienen vms. desde la primera hasta la última (gracias á Dios) un oido muy fino y unas lenguas muy sueltas.... Nuestro primo Hunsdon es un poco sordo, y su lengua es rústica á las veces, pero discreta por lo menos.... Hunsdon, cuide vm. de que ninguno hable con ella.

— Por la Virgen santísima, dijo Hunsdon cogiendola entre sus brazos vigorosos, es una amable niña; y aunque la nodriza que le da su magestad es algo ruda, sin embargo es bastante buena, y estará tan segura conmigo como mis propias hijas.

Al decir esto, se llevó á la condesa sin que ella hiciese resistencia alguna: la barba blanca y larga de Hunsdon se mezclaba con las trenzas negras de Amy, que inclinaba su cabeza sobre sus anchurosos hombros. La reina los miró hasta que se alejaron. Gracias á este imperio de sí misma, calidad tan necesaria en un soberano, habia desterrado ya de sus facciones toda señal de agitacion, y queria al parecer que no se acordasen de su arrebato los que le habian presenciado.

— El señor de Hunsdon, dijo, es una nodriza muy dura para una niña tan tierna.

— Milord de Hunsdon, dijo el decano de San Asaph (sin que esto perjudique á sus nobles cualidades), tiene una verbosidad muy

libre; mezcla con harta frecuencia en su conversacion aquellos juramentos supersticiosos que participan al mismo tiempo del paganismo y del papismo.

— De casta le viene al galgo el tener el rabo largo: eso está, señor Decano, dijo la reina volviéndose ácia el reverendo, en la masa de la sangre. Yo tengo el mismo defecto: los Boleyns han sido siempre prontos, vivos; mas les gusta decir con franqueza lo que piensan, que andar buscando las espresiones; y á fé mia... (tengo para mí que esta afirmacion no es un pecado) no creo que su sangre se haya enfriado mucho mezclandose con la de los Tudors.

Una graciosa sonrisa acompañó á estas palabras últimas de la reina, y buscáron casi insensiblemente sus ojos los de Leicester, á quien temia haber tratado con demasiada severidad sobre una sospecha injusta.

Las miradas de la reina admiráron al conde que se hallaba poco dispuesto á admitir estas mudas señales de reconciliacion. Habian seguido sus ojos, con la espresion del arrepentimiento, á la desdichada que Hunsdon acababa de llevar consigo, y quedó con la cabeza inclinada tristemente ácia el suelo. Isabel creyó ver en el semblante del conde el orgullo de un hombre acusado injustamente,

y no la confusion de un culpable. Volvió picada los ojos, y dijo dirigiéndose á Varney:

— Hable vm., sir Ricardo, espliquenos estos enigmas, ya que conserva la serenidad y el uso de la palabra, que no hallamos en otros.

Al decir esto volvió á mirar á Leicester, y el astuto Varney se dió prisa en contar su historia, diciendo:

— La vista perspicaz de vuestra magestad ha descubierto ya la cruel enfermedad de mi pobre muger, que, en medio de mi dolor, no habia querido yo que se especificase en la certificacion del médico, procurando ocultar asi en lo posible la desgracia que se ha descubierto al fin con tanto escándalo.

— ¿ Ha perdido pues el juicio enteramente? dijo la reina; en verdad que no lo dudábamos: las señales son de estar loca; la he encontrado sola en esa gruta; en cada palabra que pronunciaba, y le arrancaba yo como con tenazas, se contradecia. — Pero ¿ como es que se encuentra en Kenilworth? ¿ por que no la han guardado en un parage seguro? ®

— Señora, el digno sugeto, dijo Varney, á quien la habia confiado, Antonio Foster, acaba de llegar aquí para anunciarme su evasion, que ha podido efectuar con la astu-

cia y cautela propias de las personas atacadas de esa triste enfermedad, y podemos informarnos de él sobre el asunto.

— Dejemoslo para otra ocasion, dijo la reina; pero, sir Ricardo, me parece que nadie podrá envidiar á vm. su felicidad doméstica: echa pestes contra vm., y al verle, ha estado muy próxima á desmayarse.

— Ese es uno de los caracteres de la cruel enfermedad que la aflige, respondió Varney, inspirar horror para aquellas personas mas queridas en los momentos de serenidad.

— Asi lo hemos oido decir, respondió Isabel, y nos inclinamos á creerlo.

— Quisiera suplicar á vuestra magestad, dijo Varney, permitiese que mi desgraciada esposa sea puesta bajo la proteccion de sus amigos.

Leicester se estremeció, pero contuvo su emocion esforzandose, mientras Isabel respondia precipitadamente:

— Eso no corre tanta prisa, señor Varney: queremos que Masters, nuestro médico, nos haga primero una relacion acerca de la enfermedad y del estado mental de esa dama, y ordenaremos despues lo que tengamos por mas conveniente. Puede vm. verla entretanto, si acaso hay algun desacuerdo entre vms. (lo que, segun dicen, suele suceder aun en-

tre los mas tiernos esposos); pero restableced la paz conyugal, sin dar escándalo á nuestra corte, ni fatigarnos con ese asunto.

Varney se inclinó profundamente, sin responder cosa alguna.

Isabel volvió á mirar de nuevo á Leicester, y añadió con una complacencia que nacia al parecer del mas vivo interes:

— La discordia, como dice el poeta italiano, sabe penetrar en los pacíficos conventos igualmente que en el seno de una familia, y tememos que nuestros guardias y nuestros servidores no son capaces de impedirle la entrada en nuestra corte. Milord de Leicester, está vm., al parecer, enfadado; estamoslo tambien contra vm., pero queremos hacer el papel del leon, dando el ejemplo de perdonar la primera.

Procuró Leicester serenar su frente, pero estaba el dolor grabado con demasiada profundidad en su pecho, para que la calma volviese tan pronto á restablecerse y manifestarse en su semblante; respondió sin embargo que no podia gozar del placer de perdonar, porque la persona, á la que hubiera de dirigirse el perdon, jamas podia faltarle á él en nada.

Isabel se dió al parecer por satisfecha con

esta respuesta, y le dijo que deseaba ver empezar las fiestas de la madrugada.

Al punto resonaron las cornetas, empezaron á aullar los perros, y á relinchar los caballos; pero los caballeros y las damas de la corte veían ya las fiestas y las diversiones con diferente disposicion de la que les habia inspirado el sonido de la *madrugada*. El temor, la duda y la impaciencia estaban estampadas en sus frentes, y cuchucheaban con gran misterio.

Dijo Blount entonces á Raleigh al oído: Esta tempestad ha venido como un viento recio en el Mediterráneo.

— ¡ Móvil é inconstante! *Varium et mutabile*, respondió Raleigh en el mismo tono.

— Yo no entiendo esos latines, dijo Blount, pero doy muchas gracias á Dios de no haber permitido que Tresilian se embarcase con este huracan. Infaliblemente hubiera padecido naufragio, porque no sabe virar las velas al viento de la corte.

— Tú le hubieras dado alguna leccioncita, replicó Raleigh.

— ¡ Y por que no? respondió el bueno de Blount; he sabido aprovechar el tiempo tan bien como tú, soy caballero tambien como tú, y de anterior data.

— Dios te dé ahora un poquito de talento,

dijo Raleigh; pero, en cuanto á Tresilian, el diablo me lleve si puedo comprender cual es su conducta. Me ha dicho esta mañana que no queria salir de su cuarto en doce horas, segun lo habia prometido formalmente. Cuando llegue á saber la locura de esa dama, sin duda la simpatía aumentará considerablemente la suya. Hoy es luna llena, y las cabezas de los hombres estan sujetas á su influencia como la levadura. Pero ¡ chiton! las cornetas resuenan en las montañas, vamos, es preciso apresurarse y echar á correr. En calidad de caballeros noveles, tenemos que ganar hoy las espuelas.



CAPITULO XXXVII.

¡Sinceridad! ¡tú, la primera entre las virtudes! puedan los mortales no abandonar jamás tus senderos, aun cuando se abran las entrañas de la tierra, y una voz, que salga del fondo del infierno, les aconseje seguir los caminos tortuosos de la disimulación.

DOUGLAS.

SOLAMENTE despues de una caza larga y feliz, y del convite que se verificó á la vuelta de la reina al castillo, pudo al fin Leicester hallarse á solas con Varney. Instruyóle este en todas las particularidades de la huida de Amy, como se las habia contado Foster, que lleno de miedo habia acudido á dar él mismo la noticia verbalmente. Como Varney se habia guardado bien de hablar en su relacion de las maniobras practicadas contra la salud de la condesa, y que la habian forzado á escaparse, Leicester no pudo suponer en ella otro motivo mas que el de satisfacer la impaciencia de tomar posesion del rango y título de su esposa. Bajo este supuesto, se enfadó mucho de la ligereza con la que desobedecia

Amy sus órdenes terminantes, esponiendole á los enojos de Isabel.

— He dado, decia, á esta hija de un caballero oscuro del Devonshire el mas hermoso apellido de toda la Inglaterra; la he dado parte en mi fortuna y en mi lecho; no la pido sino un poco de paciencia ántes de proclamar su triunfo sobre mil rivales; y esta muger orgullosa prefiere arriesgar perderse conmigo, prefiere precipitarme al fondo de un abismo, ó forzarme á tomar medidas que me envilecen á mis ojos mismos, por no quedar aun durante algun tiempo en la oscuridad en que ha vivido desde que nació. Habiendo sido siempre tan amable, tan delicada, tan dulce, tan fiel, ¡dejarse cegar así, en una circunstancia en la que solo debiera esperarse la mayor moderacion aun del hombre mas insensato!.... eso es burlarse de mí.

— Si la señora quisiera dejarse conducir, y representar el papel que las circunstancias exigen, podríamos aun salir de apuros, dijo Varney.

— Sin duda, Ricardo, respondió Leicester, no hay otro remedio: he oido á la reina llamarla tu muger, y nadie la ha sacado de ese error. Es preciso que pase por tal hasta que se halle léjos de Kenilworth.

— Y mucho despues aun, segun creo, dijo

Varney, pues pienso que no podrá en mucho tiempo tomar el título de condesa de Leicester. No sería seguro ni para ella ni para vm. tomarle mientras viva la reina. Pero vuestra señoría está en el caso de poder juzgar mejor que yo sobre el particular, sabiendo que es lo que ha pasado entre la reina y su señoría.

— Tienes razon, Varney, dijo Leicester, me he conducido esta madrugada como un loco, como un miserable; y cuando llegue á descubrir la reina este diablo de casamiento, no podrá menos de ver en mi conducta un desprecio premeditado, que una muger no perdona jamas. Hemos estado espuestos hoy á toda su desconfianza, pero me temo que no se diferirá por largo tiempo.

— ¿Es acaso implacable su enojo? dijo Varney.

— No por cierto, respondió el conde; pues, á pesar de la superioridad de su rango, ha tenido hoy mismo bastante condescendencia y bondad para ofrecerme la ocasion de reparar una falta que solo atribuia á un carácter demasiado impetuoso.

— ¡Ah! respondió Varney, dicen muy bien los Italianos: en las querellas de amor, el que mas ama es el que se halla siempre mas dispuesto á confesarse el mas culpable. Así, monseñor, si logramos ocultar este matri-

monio, la posicion de vm. para con Isabel será siempre la misma.

Leicester suspiró, calló un instante, y respondió despues:

— Varney, te creo sincero, y te diré cuanto pienso. No, mi posicion no es ya la misma; he hablado á Isabel, y he tocado un asunto que no se puede abandonar sin herir en lo vivo el amor propio de una muger, y sin embargo no me atrevo á volver á la carga. Jamas, no, jamas me podrá perdonar el haber sido yo la causa y el testigo de su debilidad.

— Sin embargo, monseñor, es necesario tomar un partido, dijo Varney, y es preciso que sea muy pronto.

— Nada mas tengo ya que hacer, respondió Leicester muy desalentado: me hallo en la situacion de un hombre temerario que, al trepar por una montaña llena de precipicios, no puede continuar cuando está ya cerca de la eminencia, ni bajar tampoco por donde ha subido. Veo delante de mí el pináculo, sin poder llegar á él, y bajo mis piés se abre un precipicio que va á tragarme en el momento en que mis brazos cansados y desvanecida mi cabeza no me permitan sostenerme en la situacion precaria en que me encuentro.

— No juzgue vm. tan desfavorablemente de

su posicion, dijo Varney, y examinemos el espediente que acaba vm. de adoptar. Si conseguimos que Isabel no descubra el secreto de este casamiento, lo demas corre por mi cuenta. Voy á encontrar á la condesa. Me aborrece, porque siempre he manifestado á vuestra señoría, como ella lo sospecha y cree, una viva oposicion á lo que llama sus derechos. Pero no se trata ahora de nada de eso, y será preciso que me escuche, prescindiendo de todo, pues le haré tan palpable la necesidad de someterse á las circunstancias, que creo podré conseguir muy pronto que consienta en adoptar las medidas que exija el interes de su marido.

— No, Varney, dijo Leicester, he reflexionado sobre lo que debe hacerse, yo mismo la hablaré. Al oír esto concibió Varney por su propia cuenta los mismos temores que habia concebido por su amo. — Vuestra señoría no le hablará, dijo resuelto.

— Está ya echado el fallo, replicó Leicester: dame un vestido para disfrazarme, pasaré delante de los centinelas fingiendome tu lacayo, ya que tienes licencia de ir á visitarla.

— Pero, monseñor.....

— No me gustan los *peros*, respondió Leicester, haré lo que tengo resuelto. Hunsdon debe hallarse recogido en la torre de San

Lowe, irémos por el pasadizo secreto sin encontrar á nadie; y aun dado caso que topeamos con Hunsdon, es mas bien mi amigo que mi enemigo, y como es tan limitado, le haré creer cuanto me dé la gana de decirle. Vamos, traeme al punto una librea.

Varney no podia menos de obedecer. Al momento se puso Leicester la capa, y se encasquetó muy bien la gorra. Siguió despues á Varney por todo el tránsito secreto que conducia á la habitacion de Hunsdon, en el que no corrian gran riesgo de encontrar muchos curiosos; y estando por otra parte bastante oscuro, era imposible distinguir en él los objetos. Llegaron á una puerta en que el señor de Hunsdon habia puesto, con todas las precauciones militares, una centinela. Era cabalmente un montañés, que sin dificultad dejó entrar á Varney, y se contentó con decirle en su language: — ¡Ojalá haga vm. callar á esa loca! me ha roto la cabeza con sus gemidos de tal suerte, que quisiera mas estar de guardia en medio de la nieve en el desierto de Caslandia.

Entraron al punto, cerrando la puerta.

— Ahora, dijo entre sí mismo Varney, que un demonio protector, si los hay, escuche mis plegarias en este apuro, pues mi barca está rodeada de escollos.

Estaba la condesa, desgredada y medio desnuda, sentada en una especie de canapé, y al parecer profundamente afligida. Al abrirse la puerta, el ruido le hizo volver la cabeza ácia aquel lado, y al ver á Varney, gritó: — ¡Miserable! ¿vienes á poner en ejecucion alguno de tus abominables proyectos?

Leicester hizo cesar estas reconvenciones presentandose; se desembozó, y con una voz mas bien imperiosa que tierna, dijo: — Conmigo debe vm. hablar, señora, y no con Ricardo Varney.

Estas palabras obraron en las miradas y en el ademan de Amy una mudanza repentina. — ¡Dudley! gritó, ¡Dudley! ¿llegas al fin? y mas pronta que un relámpago se arrojó á su cuello, y sin que la detuviese la presencia de Varney, le cubrió de caricias, bañó su rostro de lágrimas, y dejó escapar de cuando en cuando algunas palabras sin orden, dulces y tiernas espresiones que inspira el amor á las almas apasionadas.

Leicester se creyó con derecho de quejarse de una muger que habia contravenido así á sus órdenes, y le habia espuesto al peligro en que se habia encontrado por la mañana. Pero ¡que resentimiento hubiera dejado de ceder á los testimonios de amor que le daba una criatura tan amable! El desórden de su traje y

la mezcla de temor y dolor que hubieran rebajado la hermosura de cualquiera otra, solo sirvieron para hacer á Amy mas interesante. Recibió Leicester sus caricias, y correspondió á ellas con una dulce melancolía. Notólo Amy despues de los primeros arrebatos de su alegría, y le preguntó inquieta si se hallaba indispuesto.

— No estoy enfermo, Amy, respondió.

— Entónces yo tambien dejaré de estar enferma. ¡Ah Dudley! ¡he sufrido tanto, tanto, desde la última vez que te ví! porque no llamo yo haberte visto el haber hecho papel en la escena horrible de esta mañana. He sufrido enfermedades, pesares, peligros... pero te vuelvo á ver, y me encuentro feliz y tranquila solo con verte.

— ¡Ay Amy! dijo Leicester, me has perdido.

— ¡Yo, señor! dijo; y ya la alegría que habia brillado en sus ojos se habia disipado. ¿Como hubiera podido yo dañar al que amo mas que á mí misma?

— Nada quiero echaros en cara, pero os hallais aquí en contravencion de mis órdenes las mas formales, y vuestra presencia nos pone á los dos en peligro.

— ¿Será eso cierto? dijo muy triste; ó ¿por que me habia de quedar allí ya mas

largo tiempo? ¡Ah! ¡si supiéseis que temores me han obligado á escaparme de Cumnor! pero no quiero hablar aquí de mí misma. Mientras pueda tomar cualquier otro partido, jamas volveré allí de buena gana. Sin embargo si lo exigiese así vuestra felicidad....

— Escogerémos, Amy, algun otro retiro, dijo Leicester, alguno de mis castillos del Norte; y allí, con el título de esposa de Varney.... esto solo será por espacio de algunos dias, segun espero.

— ¡Que, milord de Leicester! dijo la condesa desprendiendose de sus abrazos, ¿dais á vuestra esposa el ignominioso consejo de llamarse muger de otro? ¿y de quien? ¡de Varney!

— Señora, hablo con formalidad. Varney es un servidor leal, fiel, á quien confio todos mis secretos; quisiera mas perder mi mano derecha que sus servicios en esta ocasion; ningun motivo teneis de despreciarle de esa manera.

— Pudiera nombrar algunos, milord, respondió la condesa, y basta una de mis miradas para confundirle. Pero me guardaré bien de acusar al que os es tan necesario como vuestra mano derecha: me alegraré de que sea siempre sincero y leal; pero, por mucho que lo sea, no os fieis en él demasiado. Os

digo con esto que solo le seguiré por fuerza, y que jamas le reconoceré por mi esposo.

— Pero este no es mas que un disfraz pasagero, señora, dijo Leicester, irritado de su oposicion, un disfraz necesario á vuestra seguridad, y á la mia comprometida por vuestros caprichos, y por el deseo obstinado de entrar en posesion del rango á que os he dado derecho, con la condicion de que nuestro matrimonio fuese secreto durante algun tiempo. Si os desagrada esta proposicion, acordaos de que nos habeis forzado á ello á los dos, y de que ya no hay otro remedio. Es necesario hacer ahora lo que ha hecho indispensable vuestra imprudente locura, y yo os lo ordeno.

— No puedo poner vuestras órdenes, dijo Amy, en balanza con lo que me dictan mi honor y mi conciencia. No, milord, no os obedeceré en esta ocasion: podeis perder vuestro honor por esa política tortuosa, pero yo no haré cosa alguna que pueda manchar el mio. ¿Como podriáis, señor, reconocer jamas en mí una esposa casta y pura, digna de participar de vuestro rango, cuando, repudiando ese noble carácter, hubiese recorrido la Inglaterra con el título de esposa de un hombre tan abominable como vuestro Varney?

— Monseñor, dijo entonces Varney interponiéndose, la señora está por desgracia muy preocupada contra mí para admitir lo que la proponga. Sin embargo mis propuestas la serian quizá mas agradables que el partido que propone. Estimando como estima al señor Edmundo Tresilian, obtendria sin duda de él que la acompañase hasta Lidcote-Hall, en donde pudiera permanecer con seguridad hasta que permitiese el tiempo descubrir este misterio.

Leicester calló mirando á Amy, y la condesa leyó en sus ojos el resentimiento y la sospecha.

La condesa se contentó con decir: ¡Ojalá me encontrase hoy en casa de mi triste padre! Cuando le abandoné, no creía abandonar con él el honor y la tranquilidad.

Varney continuó en tono de proponer un aviso:

— Sin duda esta medida nos obligaria á descubrir á los estraños los secretos de milord, pero la condesa nos responderá seguramente de la discrecion de Tresilian y de las personas que componen la familia de su anciano padre.

— Calla, Varney, dijo Leicester. Si vuelves á hablarme de confiar mis secretos á Tresilian, te atravesaré con mi espada en el instante mismo.

— ¿Y por que no? dijo la condesa. A no ser que sean secretos que solo deban confiarse á gentes como Varney, y no á un hombre lleno de honor. Milord, milord, no hay que mirarme tan enfadado. Esa, esa es la verdad, y soy yo misma la que os la digo. He sido una vez traidora y pérfida con Tresilian por vuestra causa, y no le haré una segunda injusticia guardando silencio cuando está puesto en duda su honor. Puedo sufrir, añadió mirando ácia Varney, que se cubra alguno con la máscara de la hipocresía; pero no permitiré que la virtud sea calumniada en mi presencia.

Siguióse á estas palabras un corto silencio. Estaba Leicester irritado, pero indeciso y penetrado de la injusticia de su demanda. Varney, afectando un dolor hipócrita y una grande humildad, tenia los ojos inclinados ácia la tierra.

En este momento crítico la condesa Amy desplegó aquella energía de carácter que, si lo hubiese permitido la suerte, la hubiera hecho un digno ornamento del rango que le era debido; se adelantó ácia Leicester con un paso grave y mesurado, con dignidad, y dirigiéndole una mirada en que un vivo afecto procuraba en balde templar la firmeza que dan la conciencia y la integridad, le dijo:

— Habeis manifestado vuestra intencion,
IV. 5

milord, para salir de este momento crítico, y por desgracia yo no puedo condescender con ella. Ese hombre ha propuesto otro medio en que no encuentro mas inconveniente que vuestro desagrado. ¿Consentirá vuestra señoría en escuchar lo que una muger jóven y tímida, pero la mas tierna de las esposas, cree lo mas conveniente en este caso?

Leicester guardó silencio, pero le dió á entender por señas que podia continuar hablando libremente.

— Todas las desdichas que nos rodean provienen de una sola causa, añadió: todas traen su origen de aquella duplicidad misteriosa con que os aconsejan cercarme. Libradme al fin, monseñor, de la tiranía de estas tramas vergonzosas: sed un verdadero gentilhombre inglés, un caballero, para quien la verdad es el principio del honor, y mas precioso el honor que el aire que respira. Coged por la mano á vuestra desdichada esposa, conducidla hasta los pies de Isabel, decid que en un momento de delirio, y seducido por las vanas apariencias de una hermosura que ha desaparecido ya, habeis unido vuestra mano con la de Amy Robsart. Asi me haréis justicia, milord, pondréis á cubierto vuestro honor, y si la ley entónces ó el poder y la voluntad de la reina os obli-

gan á separaros de mí, yo no me opondré en manera alguna, con tal que me sea lícito ir á ocultar sin deshonor mi corazon despedazado, aniquilado, en aquella oscura morada de la que me habeis sacado vos mismo.

Habia tanta dignidad, tal ternura en las palabras de la condesa, que conmovieron todo lo que habia de noble y de generoso en el alma de su esposo. Sus ojos se abrieron al parecer, y la duplicidad que le habia hecho tan culpable se le presentó á la imaginacion acompañada de la confusion y los remordimientos.

— No soy digno de tí, Amy, dijo, pues he podido titubear entre lo que me promete la ambicion y un corazon como el tuyo. ¿Que confusion será la mia, cual será mi humillacion, cuando tenga que descubrir yo mismo, en presencia de mis enemigos risueños y de mis amigos desconcertados, las maniobras de mi vergonzosa política! ¿Y la reina! que cumpla sus amenazas, y que derribe al suelo mi cabeza.

— ¿Vuestra cabeza, señor! dijo la condesa. ¿Por que? ¿por haber usado de la libertad de que goza todo Inglés de elegir una esposa? ¿Que! ¿es acaso la falta de confianza en la justicia de la reina, es ese temor quimérico, el que, cual un vano espantajo,

os haria abandonar el sendero que se os presenta, sendero el mas honroso y al mismo tiempo el mas seguro?

— ¡Ay, Amy! tú no sabes.... dijo Dudley; pero deteniendose al punto, añadió: Sin embargo no encontrará ella en mí una víctima fácil de una venganza arbitraria. Tengo amigos, tengo parientes: no me dejaré, como Norfolk, arrastrar al patíbulo cual víctima conducida al altar: nada temais, Amy, siempre será Dudley digno de conservar su apellido. Voy á abrirme al momento á algunos amigos con quienes puedo contar, pues en el estado en que se hallan las cosas, estoy espuesto á quedar preso en mi mismo castillo.

— ¡Oh! milord, dijo la condesa, no turbéis con una revolucion un Estado pacífico: con ningun amigo debéis contar mas bien que con vuestro honor y con vuestra franqueza. Con aliados semejantes nada teneis que temer en medio del ejército de vuestros enemigos y envidiosos. Sin ellos todos los demas socorros os serán inútiles. Con mucha razon pintan á la verdad desnuda.

— Pero la prudencia, Amy, respondió Leicester, está revestida de una armadura á toda prueba. No combatas los medios que debo emplear para asegurar mi confesion (ya

que es preciso llamarla asi) en lo posible: bastantes peligros me cercarán. Haz lo que exigimos. — Varney, salgamos de aquí. A dios, Amy, voy á proclamarte mi esposa esponiendome á los riesgos mas grandes; pronto recibirás noticias mias.

Abrazóla entónces con ternura, embozandose en su capa, y acompañó á Varney fuera de la habitacion. Al salir del cuarto se inclinó este profundamente, y miró despues á Amy con una espresion muy particular, como si hubiera querido conocer hasta que punto estaba su perdon comprendido en la reconciliacion que se habia verificado entre la condesa y su esposo. La condesa le miró, pero sin dar á entender que hacia de él el menor caso.

— Me ha obligado á llegar á un extremo semejante, decia entre dientes, y es preciso que perezca ella ó yo. Habia alguna cosa, no sé si era el miedo ó la compasion, que me impedia recurrir á este fatal medio; pero está echada la suerte ya, y no tiene remedio, es preciso que perezca ella ó yo.

Al decir esto notó con sorpresa que un muchacho, rechazado por el centinela, se habia acercado á Leicester y hablaba con él. Era Varney uno de aquellos políticos para quienes ninguna cosa es indiferente. Habiendo pre-

guntado al centinela, le respondió este que aquel muchacho le habia suplicado entregar un paquete á la dama loca, pero que no habia querido encargarse de una comision opuesta á las órdenes que le habian dado. Habiendo satisfecho Varney su curiosidad en esta parte, se acercó á su amo, y le oyó decir: Bien, hijo mio, este paquete será entregado con puntualidad.

— Lo agradeceré mucho, mi buen señor, dijo el muchacho, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Leicester y Varney volviéron á la habitacion del conde á toda prisa, siguiendo el mismo tránsito por donde habian venido.



CAPITULO XXXVIII.

Es, como he dicho á vm., un adulterio,
Y vm. conoce al seductor infame.

Cuento de invierno.

APÉNAS habia llegado el conde á su gabinete, cuando se puso á escribir, hablando ya con Varney, y ya consigo mismo: « Hay » muchos cuyo destino está enlazado con » el mio, y principalmente los que ocupan » los primeros empleos: hay muchos entre » ellos que, si se acuerdan de mis benefi- » cios, y de los peligros á que quedarian » espuestos, no me dejarán perecer sin so- » correrme. Veamos: Knolle es seguro, y » por su influjo Guernsey y Jersey. Lorsey » es gobernador de la isla de Wight; mi cu- » ñado Lungtengdon y Pembrock mandan » en el pais de Gales. Con Bedford dispongo » de los puritanos y de sus intereses, tan » poderosos en todas las sediciones. Mi her- » mano de Warwick es tan poderoso como » yo: sir Owen Hopton me es adicto; es go- » bernador de la torre de Londres, y allí

guntado al centinela, le respondió este que aquel muchacho le habia suplicado entregar un paquete á la dama loca, pero que no habia querido encargarse de una comision opuesta á las órdenes que le habian dado. Habiendo satisfecho Varney su curiosidad en esta parte, se acercó á su amo, y le oyó decir: Bien, hijo mio, este paquete será entregado con puntualidad.

— Lo agradeceré mucho, mi buen señor, dijo el muchacho, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Leicester y Varney volviéron á la habitacion del conde á toda prisa, siguiendo el mismo tránsito por donde habian venido.



CAPITULO XXXVIII.

Es, como he dicho á vm., un adulterio,
Y vm. conoce al seductor infame.

Cuento de invierno.

APÉNAS habia llegado el conde á su gabinete, cuando se puso á escribir, hablando ya con Varney, y ya consigo mismo: « Hay » muchos cuyo destino está enlazado con » el mio, y principalmente los que ocupan » los primeros empleos: hay muchos entre » ellos que, si se acuerdan de mis benefi- » cios, y de los peligros á que quedarian » espuestos, no me dejarán perecer sin so- » correrme. Veamos: Knolle es seguro, y » por su influjo Guernsey y Jersey. Lorsey » es gobernador de la isla de Wight; mi cu- » ñado Lungtengdon y Pembrock mandan » en el pais de Gales. Con Bedford dispongo » de los puritanos y de sus intereses, tan » poderosos en todas las sediciones. Mi her- » mano de Warwick es tan poderoso como » yo: sir Owen Hopton me es adicto; es go- » bernador de la torre de Londres, y allí

» está depositado el tesoro público. Mi padre
 » y mi abuelo no hubieran muerto en un pa-
 » úbulo, si hubiesen combinado así sus em-
 » presas. — ¿Por que me miras tan triste,
 » Varney? Un árbol que tiene tan profundas
 » raíces puede resistir fácilmente á la tem-
 » pestad.»

— ¡Ah! milord, dijo Varney manifestando un profundo dolor y tristeza.

— ¡Ah! repitió Leicester, ¿y á que viene ese ¡ah! sir Ricardo? ¿Que! ¿vuestra nueva dignidad no os inspira otra exclamacion mas animosa, cuando va á comenzarse una lucha tan noble? Si ese ¡ah! quiere decir que deseais evitar el combate, no teneis que hacer mas que salir del castillo, y reuniros tambien, si os acomoda, á mis enemigos.

— No, respondió el confidente, Varney sabrá combatir y morir á vuestro lado. Perdonad si me tomo la libertad de deciros que veo, mejor que lo que os permite ver á vos mismo la nobleza de vuestro corazon, los obstáculos insuperables de que os veis rodeado. Sois fuerte, señor, y poderoso; pero, seame lícito decirlo sin ofenderos, solo os hace tal el favor de la reina. Mientras seais el privado de Isabel, tendréis, escepto el nombre, todos los derechos de un soberano; pero si llega á retiraros el favor, todos en-

tónces os abandonarán. Si os declarais contra la reina, no solamente os veréis solo en medio de este país y esta provincia, aun en vuestro propio castillo, en medio de vuestros vasallos, de vuestros parientes y de vuestros amigos, seréis hecho prisionero, y juzgado inmediatamente, si así lo ordenase su magestad. Acordaos de Norfolk, milord, del poderoso Northumberland, del magnífico Westmoreland. ¿Que es de todos aquellos que han querido resistir á esta sabia princesa? todos han muerto, ó se hallan presos ó espatriados. No es su trono como otros muchos que pueden derribarse con una simple conspiración; son las bases en que se apoya el amor y el afecto de los pueblos. Este amor y este afecto de los pueblos podeis obtenerlos al mismo tiempo que Isabel, si quereis; pero os seria imposible, como á todos los demas, destruirlos ó abatirlos.

Calló entónces, y Leicester arrojó la pluma con desaliento y despecho.

— Haré lo que tú dices, añadió; y en resumidas cuentas me importa poco que ese lenguaje te sea dictado por la verdad ó la cobardía, pero no se dirá que he caído sin hacer resistencia. Vete á dar orden á los vasallos que han servido bajo mis órdenes en Irlanda, de reunirse uno á uno en el punto que les

señales; que mis gentileshombres y mis amigos esten prontos, como si se aguardase un ataque de parte de las gentes de Sussex: siembra algunos rumores entre el pueblo; que tomen las armas los paisanos, y esten prontos, si se les da una señal, á apoderarse de los soldados que componen la guardia de la reina.

— Permitidme que os recuerde, señor, dijo Varney, que me dais orden de disponer lo necesario para desarmar la guardia de la reina, y que ese es un acto de traicion; sin embargo seréis obedecido.

— Nada me importa, dijo Leicester, estoy desesperado, nada me importa: de un lado mi ruina es segura, del otro mi oprobio inevitable, y es preciso escoger.

Hubo aquí otro corto silencio, y volvió despues á hablar Varney:

— Hemos llegado ya al punto que hace mucho tiempo me estaba yo temiendo. Me veo forzado á ser un espectador cobarde de la caída del mejor de los amos, ó á descubrir lo que hubiera deseado ver sepultado en un eterno olvido, ó al menos descubierto por otra boca que la mia.

— ¿Que dices? ¿que es lo que quieres decir? respondió el conde; no gastemos el tiempo en palabras, cuando es necesario obrar.

— Lo que tengo que decir será dicho muy

luego, milord. ¡Ojalá fuese tan corta vuestra respuesta! Vuestro casamiento es la causa única de nuestro rompimiento con la reina: ¿no es cierto, milord?

— Bien lo sabes tú, respondió Leicester; ¿á que viene tan inútil pregunta?

— Perdon, milord, me explicaré: hay hombres que sacrificarian su fortuna y su vida por un precioso diamante, pero ¿no seria prudencia examinar bien si el diamante tiene ó no algun defecto?

— ¿Que quieres decir con eso? respondió Leicester mirando con ceño á su confidente: ¿á quien haces alusion?

— A la... á la condesa Amy, milord: me veo obligado á hablar de ella por mi desgracia. Sí, hablaré, aunque pague vuestra señoría mi celo con la muerte.

— Podrás tal vez recibirla de mi mano, dijo el conde; pero habla, que ya te escucho.

— Pues bien, señor, me revestiré de valor. Hablo por mi propia vida tanto como por los intereses de mi señor. Jamas he aprobado las sordas intrigas de esa dama con Edmundo Tresilian. Ya le conoceis, milord: sabeis que desde luego habia sabido inspirarla cierto interes que vuestra señoría ha superado no sin alguna dificultad; habeis visto con que vivacidad ha sostenido contra mí los intereses

de la condesa. Su objeto era sin duda obligar á vuestra señoría á confesar públicamente el casamiento que llamaré siempre desgraciado, y es esta confesion puntualmente lo que quisiera obtener milady á toda costa.

Leicester escuchó estas palabras con una sonrisa forzada.

— Tu intencion, mi buen Ricardo, es la de sacrificar tu honor y aun el de otra persona para sacarme de lo que miras como un mal paso; pero no echés en olvido, y pronúncio estas palabras con sequedad y resolucion, que estás hablando de la condesa de Leicester.

— Ya lo sé, dijo Varney, pero hablo tambien segun el interes del conde de Leicester; apenas he empezado lo que queria decir. Creo firmisimamente que Tresilian ha estado, desde sus primeros pasos en este asunto, de acuerdo con la condesa.

— Dices los desatinos, Varney, con la misma frescura que un padre predicador las mayores verdades; pero ¿donde y como se han podido poner los dos de acuerdo?

— Milord, dijo Varney, por desgracia puedo esplicaroslo mejor que nadie. Algunos momentos ántes que se presentase á la reina el memorial de Tresilian, le encontré, no sin la mayor sorpresa, en la puerta secreta del parque de Cumnor.

— ¡Le has encontrado, miserable! ¿y no le has dejado muerto á tus piés? dijo Leicester.

— Cerrámos ámbos uno contra otro; pero si no se me hubiese deslizado el pié, quizá vuestra señoría no le hubiera vuelto á ver jamas.

Leicester quedó absorto, y dijo despues:

— ¿Que prueba tienes, Varney, de lo que acabas de decirme? pues, como el castigo seria terrible, quiero examinar friamente y con circunspeccion.... ¡Dios de mi vida!.... pero no, quiero examinar friamente y con circunspeccion: repitió muchas veces estas palabras, buscando en ellas el medio de tranquilizarse. Y mordiendose luego los labios, y temiendo se le escapase alguna espresion indiscreta, añadió: ¿Que otras pruebas tienes?

— ¡Ah! demasiadas tengo, milord, dijo Varney. Hubiera querido tenerlas yo solo, porque las hubiera sepultado en un eterno olvido; pero mi criado, Miguel Lambourne, ha sido testigo de todo, y puntualmente ha sido él quien facilitó á Tresilian la entrada en Cumnor. Por eso le he recibido en mi servicio, y le he conservado desde entónces, aunque es un gran bribon, para poder traerle á raya.

Demostró en seguida á Leicester cuan fácil

seria probar lo mismo con el testimonio de Antonio Foster, corroborado por el de diferentes personas que habian visto á Lambourne y á Tresilian salir juntos. En toda su relacion Varney nada dijo que no fuese cierto, pero con sus indirectas dejaba suponer á su amo que la conversacion que habia tenido Tresilian con Amy habia sido mas larga de lo que fué efectivamente.

— ¿Y por que no me lo habeis dicho? dijo Leicester; ¿por que todos vosotros, pero tú especialmente, Varney, me habeis ocultado esas circunstancias?

— Porque nos dijo la condesa, respondió Varney, que Tresilian se habia introducido en su habitacion sin su anuencia; de que inferí que nada habia allí de reprehensible, y que ella misma hablaria acerca de eso á vuestra señoría pasado algun tiempo. Milord no ignora con que repugnancia damos oidos á las sospechas dirigidas contra aquellas personas que nos son queridas; y gracias á Dios, no soy chismoso, ni delator, para deleitarme en esparcir las.

— Sí, pero es vm. demasiado ligero en creerlas, señor Ricardo, respondió Leicester. ¿Como sabe vm. que semejante conversacion ha sido tan culpable cual me da vm. á entender? Me parece que la esposa del conde

de Leicester puede conversar algun rato con un hombre como Tresilian, sin que resulte de ahí ni un ultraje para mí, ni una sospecha contra ella.

— Sin duda alguna, monseñor, dijo Varney, y si no lo hubiese pensado así, seguro está que hubiera yo guardado tanto tiempo tal secreto. Pero he aquí lo que hace creer lo contrario. Tresilian estableció una correspondencia con un pobre diablo, el posadero del *Oso negro* en Cumnor, queriendo facilitar la evasion de la dama. Envió con este objeto á uno de sus emisarios, que espero poner pronto á la sombra en la torre de Mervyn; Killegren y Lamsbey van dandole caza. El posadero recibió un anillo en pago de su discrecion. Vuestra señoría le habrá visto en poder de Tresilian. Aquí está. Su agente, fingiendose tendero ambulante, logró tener conferencias con la condesa, y se escaparon despues durante la noche. Robaron un caballo á un pobre tonto que encontraron en el camino, tal era la prisa que se daban en su fuga criminal; y al fin llegaron al castillo en el cual la condesa halló un asilo.... No me atrevo á decir en donde...

— Habla, te lo ordeno, dijo Leicester; habla, mientras conservo bastante paciencia para escucharte.

— Puesto que vm. lo desea saber, respondió Varney, la condesa se fué al momento á la habitacion de Tresilian, en donde estuvo muchas horas, ya sola, ya con él; he dicho á vm. que Tresilian tenia una querida en su cuarto. Yo no podia creer de ninguna de las maneras que esta querida fuese....

— Amy, vas á decir, respondió Leicester; pero es una impostura tan negra como el mismo infierno. Que me digan que es ambiciosa, ligera, impaciente, lo creeré, es muger. Pero ¡serme infiel! jamas, jamas. ¡La prueba, la prueba de lo que dices! añadió.

— Carol la condujo ayer despues del medio dia por su órden: Lambourne y el carcelero de la torre la han encontrado esta mañana muy temprano.

— ¿Y Tresilian estaba con ella? dijo Leicester.

— No, milord. Vm. sabe, respondió Varney, que ha estado esta noche guardado por Blount.

— ¿Carol y los demas criados sabian quien era? preguntó Leicester.

— No, monseñor, respondió Varney, Carol y Lorenzo Staples jamas habían visto á la condesa, y Lambourne no la ha reconocido por estar disfrazada; pero, al querer oponerse á su huida del cuarto, se han apoderado

de uno de sus guantes, que monseñor podrá reconocer sin duda.

Entregó á Leicester el guante, en que estaban bordadas con perlas las armas del conde.

— Sí, le reconozco, dijo Leicester, yo se los he dado; el otro le tenia en el brazo que hoy mismo ha estendido sobre mi cuello para abrazarme: pronunció estas palabras muy agitado.

— Monseñor, dijo Varney, podrá informarse de la condesa misma acerca de la verdad de cuanto he dicho.

— No es necesario, no es necesario, dijo el conde devorado por los mas crueles tormentos. Está escrita ante mis ojos con caracteres bien claros. Veo su infamia, no puedo negar la evidencia. ¡Dios todopoderoso! ¡iba á esponer por esa vil criatura la vida de tantos amigos nobles, derribar un trono, saquear á sangre y fuego un reino pacífico, combatir á la soberana á cuya generosidad debo cuanto tengo y valgo, y que sin este horrible casamiento me hubiera elevado al rango mas alto que puede un hombre esperar! y todo eso por una muger que se liga con mis mayores enemigos. ¿Por que no me has hablado mas á tiempo, miserable?

— Monseñor, dijo Varney, una sola lágrima de la condesa hubiera podido borrar

cuanto yo hubiese dicho, y tampoco he sabido yo todo esto hasta esta mañana, cuando la llegada repentina de Antonio Foster, y lo que le ha confesado el posadero de Cumnor, Gosling, me han hecho ver de que modo se habia escapado, y otras averiguaciones me han instruido acerca de lo que ha venido á hacer aquí.

— ¡ Bendito sea Dios que me hace abrir de tal modo los ojos! Es tan clara la evidencia, que no hay hombre en Inglaterra que pueda tachar mi venganza de injusta ó precipitada. Y sin embargo, Varney, ¡ tan jóven, tan bella, tan cariñosa..... y tan pérfida! De ahí proviene ese odio que ha concebido contra tí, mi fiel y querido servidor. Aborrece al que desbarataba sus amoríos, logrando casi inmolar á su infame seductor.

— Jamas la he dado ningun otro motivo, milord; pero ella sabia que procuraba yo disminuir con mis consejos la influencia que tiene sobre vm., y que estaba dispuesto siempre á esponer mi vida contra todos sus enemigos.

— Si, lo reconozco, dijo Leicester, y siu embargo ¿ con que magnanimidad me exhortaba á poner mi cabeza á la disposicion de la reina, en vez de cubrirme por mas tiempo con un velo impostor? Me parece que el mismo ángel de la verdad, si bajara del cielo, no podria

hablar con un acento mas persuasivo. ¿ Es posible, Varney? ¿ Puede la impostura imitar tan perfectamente el language sublime de la verdad? ¿ Puede la infamia cubrirse de tal modo con la máscara de la virtud? Varney, me has servido desde mi infancia, me debes tu fortuna, puedo elevarte mas todavía; reflexiona con madurez. Has tenido siempre un ingenio sutil y agudo. ¿ No podrá Amy estar inocente? Procura probarmelo, y todo cuanto he hecho por tí no es nada, no, no es nada en comparacion de la recompensa que debes esperar.

La cruel angustia con que pronunció estas palabras produjo algun efecto en el corazon empedernido de Varney, que, en medio de los horribles proyectos de su ambicion, amaba efectivamente á su amo, si es capaz un corazon como el suyo de amar; pero al momento se afirmó en sus ideas, y acalló los remordimientos reflexionando que, si causaba á Leicester un dolor pasagero, era para allanarle el camino del trono, en que Isabel le sentaria junto á sí, roto que fuese el casamiento clandestino. Perseveró pues en su infernal política, y en habiendo reflexionado un momento, respondió á la pregunta inquieta del conde con una mirada mustia, dando á entender que buscaba en vano los medios de dis-

culpar á Amy. Levantando luego la cabeza, dijo con una espresion de esperanza que al punto se comunicó al semblante de su amo: — Sin embargo, si estuviese culpada, no se hubiera atrevido á venir aquí, y habria mas bien preferido la casa de su padre, ó alguna otra. Aunque es verdad que este paso está de acuerdo con el deseo que siempre ha tenido de ser reconocida públicamente como condesa de Leicester.

— Es verdad, es mucha verdad, dijo Leicester, pues su esperanza pasagera habia cedido ya á los sentimientos mas sombríos. Tú no lees, como yo, lo que está escrito en el corazon de una muger; Varney, yo lo adivino todo. No quiere renunciar ni el título ni el rango del infeliz que se ha unido á ella; y si en medio de mi delirio hubiese yo levantado el estandarte de la rebelion, ó si la cólera de la reina hubiese caido sobre mi cabeza, segun me ha amenazado esta mañana, lo que asignaria la ley á la condesa de Leicester seria una buena herencia para el pobre Tresilian. Asi es que me escitaba ella á despreciar un peligro que de todos modos le seria útil. ¡Ah! no me hables en favor suyo, Varney: perecerá.

— Monseñor, respondió Varney, el exceso de vuestro dolor resalta en el furor de vuestras palabras.

— Te digo que no me vuelvas á hablar en su favor, respondió Leicester; me ha deshonrado, me ha querido asesinar; ningun lazo nos une ya; morirá como una esposa pérfida, adúltera, culpable delante de Dios y de los hombres. ¿Que cajita es esta, que me ha entregado un niño para que se la llevase á Tresilian, no pudiendo llevarsela á la condesa? ¡Dios mio! me sorprendieron estas palabras al oirlas, aunque pensaba en otros asuntos, y ahora empiezan á atormentar mi memoria. Veamos que es lo que contiene la cajita. Abrela, Varney, fuerzala con la punta de tu puñal.

Un día no quiso servirse de mi espada para cortar el lazo que cerraba una carta, decia entre sí mismo Varney al sacar el puñal; este acero va á influir mas sin duda en su destino.

Al hacer estas reflexiones, se sirvió de su puñal triangular, y consiguió abrir la cajita. Apenas la vió abierta el conde, la cogió de las manos de Varney, arrancó la tapa, y sacando las joyas que encerraba, las arrojó al suelo lleno de ira, y sus ojos buscaban con ansia alguna carta ó billete que le probase con mayor evidencia los crímenes imaginarios de la condesa. Pisando despues los diamantes esparcidos en su derredor, exclamó:

— Asi es como aniquilo yo las miserables joyas por las que has vendido tu cuerpo y tu alma, has corrido á una muerte prematura, y me has llenado de desesperacion y remordimientos eternos. No me hables de perdón, Varney, está pronunciada su sentencia. Y repitiendo estas palabras, salió corriendo del cuarto, y se encerró en un gabinete que estaba allí cerca.

Varney le siguió con la vista, y un sentimiento menos inhumano moderó su sonrisa ordinaria.

— Temo su debilidad, decia, está con estos amores hecho un niño. Arroja y pisotea los diamantes. Del mismo modo despedazará la joya, mas frágil aun, que habia amado hasta ahora con tal pasión. Pero su furor cesará cuando el objeto que le causa no exista ya: no sabe dar á las cosas su verdadero precio; este es un don que ha reservado la naturaleza para Varney. Cuando Leicester llegue á ser rey, se acordará del huracan de las pasiones á pesar de las cuales ha llegado al trono, del mismo modo que el marinero, cuando llega al puerto, se acuerda de los peligros que ha pasado durante la navegacion. Pero no conviene que estos objetos se queden aquí como testigos de su cólera; son despojos muy ricos para los bribones que barren el cuarto.

Miéntas estaba ocupado Varney en recogerlos para ponerlos en un armario dentro de un cajoncito secreto, la puerta del gabinete en que estaba Leicester se abrió, y sacó la cabeza por entre las cortinas. Pero era tal el abatimiento de sus ojos y la palidez de sus labios y sus mejillas, que Varney quedó pasmado de ver semejante alteracion en el semblante de su amo. Apenas encontraron sus ojos los de Leicester, bajó este la cabeza, y volvió á cerrar la puerta del gabinete. Dos veces se mostró Leicester de la misma manera sin hablar palabra, y empezaba á creer Varney que tenia trastornada la cabeza. Sin embargo la tercera vez le hizo una seña Leicester, y Varney se acercó. Vió al entrar, que la turbacion de su amo no era efecto de un delirio, sino del proyecto bárbaro que meditaba, y de la lucha de sus pasiones. Pasaron una hora entera en gran consulta: vistióse el conde de prisa, y fué á ver á la reina.

CAPITULO XXXIX.

Ha desterrado vm. la alegría, introduciendo el desórden en la fiesta.

SHAK.

DURANTE la comida y las fiestas de este dia memorable, las modales de Leicester y de Varney fueron muy diferentes de las que solian tener ordinariamente. Ricardo Varney se habia manifestado como un hombre activo é inteligente mas bien que como un amigo de los placeres. Los negocios eran al parecer su elemento. En medio de las fiestas y diversiones que sabia dirigir muy bien, hacia el papel de un mero espectador, ó, si acaso ejercitaba su talento, era de un modo cáustico y severo, mas bien para burlarse de los convidados que para tomar con ellos parte en las diversiones.

Pero en este dia su carácter se mostró cambiado enteramente. Se mezclaba con los señores y señoras de la corte, y parecia animado de una alegría viva y frívola que se dejaba atras á la de los mas divertidos. Los que

le habian mirado siempre como á un hombre ocupado en los proyectos mas graves de la ambicion, y acostumbrado á cubrir de sarcasmos á los que, tomando el tiempo como viene, se hallan dispuestos á gozar de todos los placeres que se presentan, notaban con admiracion que era tan amable como ellos, que era franco, alegre y sereno. ¿Con que arte su hipocresía infernal podia cubrir asi, con el velo de una alegría amable, los mas negros pensamientos que puede concebir un hombre? Este secreto lo saben solo los que se parecen á él, si acaso existen algunos. Varney habia recibido de la naturaleza un genio de los mas vastos, pero siempre le empleaba para el mal.

No sucedia lo mismo con Leicester. Aunque estaba habituado á hacer el papel de cortesano, á mostrarse alegre, obsequioso, y libre de todo otro empeño que el de avivar los placeres, aun cuando estaba interiormente entregado á las angustias de la ambicion, de los zelos y el odio, su corazon era víctima de un enemigo mas terrible que no le dejaba un instante de reposo. Se leia en sus ojos distraidos y en su frente turbia, que sus pensamientos le llevaban léjos del teatro en que tenia que representar su papel. Hablaba y obraba como por fuerza, y parecia

haber perdido en alguna manera la costumbre de dominar al ingenio penetrante y al cuerpo gracioso que le distinguían. Sus gestos y acciones no eran ya dirigidos por su voluntad, eran los de un autómató que aguarda para moverse el impulso de un resorte interior, y sus palabras se escapaban una á una, sin órden, como si tuviese que pensar primero en lo que tenia que decir, y despues de que modo era preciso esplicarse, y como si solo por un esfuerzo de atencion pudiese articular una frase sin olvidarse de la precedente.

El efecto notable que estas distracciones produjéron en el ademan y la conversacion del cortesano mas perfecto de toda la Inglaterra, era sensible para todos los que se acercaban á él, y para la vista penetrante de la princesa mas hábil de aquel siglo. No tiene duda alguna que esta negligencia y esta estrañeza hubieran atraido sobre el conde de Leicester toda la animadversion de la reina, si no las hubiese ella atribuido á la vivacidad con que le habia manifestado su descontento en aquella misma mañana. Pensó Isabel que el ánimo de su favorito estaba dominado por aquel recuerdo que dañaba, á su pesar, á la gracia ordinaria de sus modales, y á los atractivos de su conversacion.

Al presentarse á la reina esta idea tan li-

sonjera para la vanidad de una muger, escusó en su interior la estraña conducta de Leicester para con ella; y los cortesanos que la rodeaban observáron con sorpresa, que en lugar de enfadarse de sus repetidas distracciones (y la reina era regularmente rigurosa en este punto), procuraba ofrecerle la ocasion de volver en sí, y se dignaba facilitarle los medios con una indulgencia que no era en ella natural. Pero era fácil prever que esta indulgencia no podria durar mucho tiempo, y que Isabel, recobrando su carácter, iba á irritarse al fin con la conducta de Leicester, cuando Varney propuso al conde una conversacion en un cuarto inmediato. Despues de haberle llamado dos veces, se levantó, é iba á salir corriendo; pero se detuvo, y volviendose de repente ácia la reina, le pidió el permiso de ausentarse por un motivo poderoso.

— Id, milord, dijo la reina; sabemos que vuestra presencia aquí debe ocasionaros negocios repentinos y urgentes que es preciso despachar al momento; sin embargo, milord, si quereis que os miremos como seria regular y conveniente en tal caso, no os ocupeis tanto en nuestros placeres, y manifestadnos un poco mas alegría que la anunciada por vuestro semblante. Sea que se reciba á un príncipe en su casa ó á un paisano, la cordialidad es

siempre el mejor recibimiento. Id, milord, esperamos veros á la vuelta con la frente mas serena, y encontrar en vuestro trato aquel amable abandono á que estan acostumbrados vuestros amigos.

Leicester, sin dar ninguna respuesta, se inclinó profundamente y salió: encontró á Varney en la puerta del cuarto, y llamandole aparte, le dijo al oido: Todo va bien.

— ¿La ha visto Masters? preguntó el conde.

— Sí, monseñor: como no ha querido ella ni responder á sus preguntas, ni darle razon alguna de su silencio, certificará que está atacada de una enfermedad mental, y que es necesario ponerla entre las manos de sus amigos. Esta es la mejor ocasion de alejarla, como lo habíamos resuelto.

— ¿Pero y Tresilian? replicó Leicester.

— No sabrá su salida sino despues de algun tiempo, respondió Varney, la que acaso verificaráse hoy mismo, y mañana se podrá pensar en él.

— No, por vida mia, respondió Leicester, quiero vengarme de Tresilian con mi propia mano.

— ¿Vm. milord! ¿vengarse vm. mismo de un hombre tan poco importante como Tresilian! no, milord. Ha deseado siempre viajar

en paises estraugeros, yo me encargo de él, y haré de modo que no vuelva á contarnos en largo tiempo sus historias.

— ¡No, por vida de Cristo! exclamó Leicester. ¿Llamas tú un enemigo poco importante al que ha podido hacerme una herida tan profunda, que ya mi vida no será mas que una cadena de remordimientos y dolores? No, ántes de renunciar á hacerme justicia por mi mano contra ese miserable, iria á descubrirlo todo á Isabel, y á llamar su venganza sobre su cabeza y la mia.

Vió Varney asustado que estaba tan agitado el conde, que si no conseguia calmar su ánimo, seria capaz de ejecutar semejante acto de desesperacion, que arruinaría en un momento todos los proyectos de ambicion que Varney habia formado para su amo y para él; pero el furor del conde parecia irresistible y profundamente concentrado, sus ojos chispeaban, el acento de su voz era trémulo, y salía de sus labios una espuma lívida.

Sin embargo logró su confidente dominarle en medio de tan extrema agitacion.

— Monseñor, dijo llevandole al frente de un espejo, mirese vm. ahí, para decirme despues si unas facciones tan descompuestas suponen en un hombre la capacidad y la sere-

nidad necesarias para tomar por sí mismo un partido en una circunstancia tan grave.

— ¿Que quieres pues que yo haga? dijo Leicester viendo tan cambiada su fisonomía, aunque ofendido de la libertad de Varney. ¿Soy tu súbdito, tu vasallo? ¿soy esclavo de mi servidor?

— No, monseñor, dijo Varney con firmeza; pero domínesse vm. á sí mismo y á sus pasiones. Me avergüenzo, habiendo servido á vm. desde niño, de verle tan débil en este momento. Vaya vm. á echarse á los piés de Isabel, á confesar su casamiento, á acusar de adulterio á su muger y á su amante; declare vm. en presencia de toda la corte, que se ha engañado al casarse con una niña aldeana, y se ha dejado chasquear por ella y por su galán erudito. Vaya vm., monseñor; pero reciba vm. primero la despedida de Ricardo Varney, que renuncia á todos los bienes de que se vé colmado. Ha podido servir al noble, al grande, al magnánimo Leicester; se hallaba mas orgulloso de obedecerle que de mandar á otros; pero á un señor deshonorado, que cede al menor revés de la fortuna, cuyos proyectos atrevidos se disipan como el humo con el mas ligero viento de las pasiones, no, Ricardo Varney no le servirá jamas, tiene un alma muy superior á la suya, aunque le es inferior en el rango y la fortuna.

Hablaba Varney así sin hipocresía, aunque esta firmeza de alma de que se gloriaba no era en él sino crueldad y disimulacion; sin embargo conocia realmente esta superioridad de que se jactaba, y en este momento el interés que tomaba en la fortuna de Leicester animaba su semblante y daba á su voz el acento de una emocion extraordinaria.

Leicester quedó vencido: se figuraba el desdichado conde que su último amigo iba á abandonarle, y estendió sus manos ácia Varney, diciendo: — No me abandones, ¿que quieres que yo haga?

— Que sostenga vm. su carácter, mi noble amo, dijo Varney besando la mano del conde despues de haberla estrechado respetuosamente; que sostenga vm. su carácter, haciendose superior al huracan de las pasiones que trastornan las almas comunes. ¿Es vm. acaso el primero que haya sido chasqueado en amor? ¿el primero á quien una muger caprichosa y ligera haya inspirado un afecto del que se ha burlado despues? ¿Se entregará vm. á una insensata desesperacion, por no haber sido mas sabio que el mismo Salomon, el mas sabio de los hombres? Haga vm. cuenta que jamas ha existido semejante muger. Desechela vm. de su memoria, por indigna del mas mínimo recuerdo. Considere vm. el proyecto

atrevido que ha concebido esta mañana, y que tendré yo bastante valor y celo para poner en ejecucion, como una orden dictada por un ser superior, y el acto de una justicia inflexible. Ha merecido la muerte; ; que muera pues!

Mientras hablaba así, la mano del conde estrechaba la suya, sus labios se apretaban uno á otro, y fruncia las cejas, como queriendo le prestase Varney la firmeza fria, insensible y bárbara, que le aconsejaba. Después que calló Varney, el conde continuaba en estrecharle su mano. Y al fin, con una tranquilidad afectada pronunció estas palabras: — Consiento en ello; ; que muera! pero seame lícito llorar.

— No, señor, respondió Varney, no, señor; porque veía que empezaban ya á humedecerse sus ojos: no, señor, nada de lágrimas, que no vieuen al caso. Pensemos en Tresilian.

— Ese nombre solo, dijo el conde, bastaría para cambiar las lágrimas en sangre. Varney, he pensado en ello, he resuelto ya, y nada bastará á disuadirme. Sacrificaré yo mismo Tresilian á mi venganza.

— Es una locura, monseñor; pero es vm. muy poderoso para que intente yo detener el brazo de su venganza. Escoja vm. sin em-

bargo la ocasion y el momento, sin arriesgar nada hasta entónces.

— Haré lo que quieras, dijo Leicester, con tal que no te opongas á mi proyecto.

— Pues bien, milord, dijo Varney, es preciso empezar por dejar á un lado ese aire sombrío y distraido que se hace notable á los ojos de toda la corte, y que la reina, sin el exceso de indulgencia que ha manifestado á vm. hoy, no perdonaria jamas.

— ¿Se ha hecho eso tan notable? dijo Leicester, como si acabase de volver en sí de un sueño. Creia haber estado bastante sereno; pero no tengas cuidado, estoy ahora tranquilo y seguro: se cumplirá mi horóscopo, y echaré mano, para ayudar al destino, de todos los recursos de mi ingenio. Te repito que no tengas ya cuidado. Voy á ver á la reina. Tus miradas y tus discursos no serán tan impenetrables como los míos. ¿No tienes que decirme alguna otra cosa?

— Necesitaria del anillo que sirve á vm. de sello, dijo Varney, para hacer ver á los servidores de quienes tendré que echar mano, que estoy suficientemente autorizado para emplearlos.

Leicester cogió su anillo, se le dió á Varney con aire sombrío y feroz, y añadió únicamente en voz baja, pero con un tono terri-

ble: — Todo lo que hagas, hazlo prontamente.

Al mismo tiempo la dilatada ausencia del conde empezaba á causar inquietud y admiracion en la *sala de presencia*, y sus amigos se alegraron mucho de verle entrar como un hombre que, segun todas las apariencias, estaba ya libre de toda inquietud.

Cumplió Leicester fielmente la promesa que habia hecho á Varney, que desde entónces se vió libre de la violencia con que habia tenido que hacer un papel tan distante de su carácter. Volvió á recobrar sus hábitos graves y severas, y el espíritu satírico y observador que le era natural.

Se condujo Leicester para con Isabel como un hombre que conocia bien su fuerza de alma y su debilidad en dos ó tres puntos. Era muy diestro para cambiar de repente el papel que representaba ántes de salir fuera con Varney; pero acercandose á ella, se manifestó apoderado de una melancolía en que se distinguia un dulce colorido de ternura, y que en la conversacion que tuvo con Isabel, al paso que le prodigaba señales sucesivas de su favor, se cambió en una galantería apasionada, la mas íntima, la mas delicada, la mas espresiva, y al mismo tiempo la mas respetuosa, que puede un súbdito dirigir á una reina. Isabel le escuchaba con una

especie de embeleso: los zelos del poder se adormecian al parecer en ella; la resolucion que habia tomado de evitar todo lazo doméstico, para entregarse esclusivamente á los cuidados de su reino, empezaba á titubear, y la estrella de Dudley volvió á dominar otra vez en el horizonte de la corte.

Pero el triunfo que Leicester obtenia sobre la naturaleza y su conciencia, fué emponzoñado, no solamente por el murmullo secreto de sus sentimientos amotinados contra la violencia que les hacia, sino tambien por diversas circunstancias que, durante el banquete y las fiestas de la tarde, despertaron en él un pensamiento que le atormentaba.

Así, por ejemplo, cuando los cortesanos que estaban en la sala grande despues del banquete, aguardaban unas máscaras soberbias que debian formar la diversion de la tarde, la reina interrumpió de repente al conde de Leicester que hablaba de lord Welloughby, Raleigh, y otros muchos cortesanos, diciendo:

— Milord, os esponéis á ser condenado por reo de alta traicion, si continuais de ese modo en hacernos morir de risa. Pero he aquí un sugeto que posee el talento de haceros demasiado serios á su arbitrio, es nuestro docto médico Masters, que sin duda trae no-

ticias de nuestra pobre suplicante lady Varney.
— Espero, señor, que no nos abandonaréis cuando se trata de una contestacion entre esposos, pues no tenemos bastante experiencia para sentenciar en semejante materia, sin estar bien asesorada por los prácticos. ¿Que tal, Masters, que piensa vm. de esa pobre loca?

La sonrisa que animaba los labios de Leicester, al hablar, se detuvo al punto cuando la reina le interrumpió, como si le hubieran esculpido con su cincel Miguel Angel y Chantry. Escuchó la relacion del médico con la misma inmovilidad.

— Lady Varney, graciosa reina, respondió Masters, guarda un silencio sombrío; no quiere comunicarse conmigo sobre el estado de su salud: habla de venir ella misma á defender su causa delante de vuestra magestad, y dice que no quiere responder á nada de cuanto le pregunte ninguna otra persona.

— Dios me libre de semejante tabardillo, dijo la reina, estamos ya harta de tantas desazones y discordias como las que acompañan á esa desdichada á todas partes. ¿No le parece á vm. lo mismo, señor? añadió dirigiéndose á Leicester con una mirada en que se manifestaba el disgusto de lo que habia pasado por la mañana. Leicester se inclinó profundamente, y á pesar de todos sus esfuerzos

no pudo resolverse á decir á la reina que era del mismo parecer.

— Es vm. rencoroso, señor, dijo Isabel, y recibirá vm. su castigo cuando llegue el caso; pero volvamos á esa aguafiestas (1) lady Varney: ¿como se encuentra, Masters?

— Está sumida en una negra melancolía, señora, como he dicho ya, respondió Masters: nada responde á mis preguntas, y no quiere someterse á lo que prescribe la medicina. La creo poseida de un delirio que me parece mas bien *hipocondríaco* que *frenético*, y pienso que seria conveniente y necesario que su marido la hiciese cuidar en su casa, léjos del tumulto que alborota su cabeza débil, y le manifiesta fantasmas imaginarias. Se le escapan algunas palabras que profiere como si fuese algun gran personage disfrazado.... alguna condesa, princesa tal vez.... ¿Dios lo remedie! tales son comunmente las alucinaciones de estos infelices que pierden el juicio.

— Sí, dijo la reina, que se ponga luego en camino, que la confíen al cuidado de Varney, que salga al momento del castillo. Se creeria la ama de todo cuanto hay aquí, yo se lo aseguro á vms. Es lástima que una niña

(1) He traducido *aguafiestas*, por venir naturalmente esta voz de la frase *se agnó la fiesta*.

tan linda haya perdido de ese modo la chabeta. ¿Que dice vm., milord?

— Es mucha lástima ciertamente, respondió el conde, repitiendo estas palabras como por obligacion.

— Pero tal vez, dijo Isabel, es vm. de diversa opinion acerca de su hermosura. Hay hombres efectivamente que dan la preferencia al ademan varonil y magestuoso de Juno sobre las bellezas delicadas que inclinan su cabeza como un lirio abatido por el viento. Sí, milord, los hombres son una clase de enemigos que encuentran mas gusto en el combate que en la victoria, y, como los vigorosos atletas, prefieren las mugeres que saben resistir. Pienso como vm., Rutland, que el dar á Leicester por muger una figura semejante de cera, seria querer hacerle desear su muerte al fin de la luna de miel (1).

Al decir esto, dirigió al conde una mirada tan espresiva, que á pesar de los remordimientos interiores que le causaba su odiosa duplicidad, se atrevió á decir al oído á Isabel, que el amor de Leicester era mas sumiso de lo que ella creia, pues se dirigia á una per-

(1) Esta espresion denota el primer mes del matrimonio.

sona á quien no mandaria jamas y obedeceria siempre.

La reina se puso colorada, le mandó callar, pero decian al mismo tiempo sus ojos que esperaba no ser obedecida.

En este momento el sonido de los clarines y el ruido de los tambores anunciaron la llegada de las máscaras, librando á Leicester del horrible estado de apuro y de disimulo en que su política tortuosa le habia puesto.

Estaban las máscaras divididas en cuatro diferentes comparsas, compuestas de seis personajes principales y de seis hacheros que seguian á cierta distancia. Representaban las diferentes naciones que habian ocupado sucesivamente la Inglaterra.

Los Bretones, que entraron los primeros, eran conducidos por dos druidas, cuyos cabellos blancos estaban coronados de encina, y llevando en la mano una rama de acebo. Las máscaras que seguian á estos dos sacerdotes venerables estaban acompañadas de dos bardos vestidos de blanco, con sus arpas que punteaban por intervalos, cantando himnos en honor de Belo ó del Sol; los que representaban los Bretones habian sido escogidos entre los mas altos y fornidos gentileshombres de la corte; sus máscaras estaban adornadas de una barba larga y grande

cabellera; sus vestidos eran pieles de raposa y de oso; toda la parte superior de sus cuerpos estaba cubierta de una tela de seda, de color de carne, sobre la que se veían trazadas de un modo grotesco figuras de cuerpos celestes, de animales, y de otros objetos emblemáticos, lo que les daba una semejanza perfecta con nuestros antepasados, cuya independencia atacaron los Romanos.

Seguíanse á la comparsa de los Bretones los hijos de Roma que vinieron á civilizar la Inglaterra. El encargado de la fiesta había imitado muy bien los yelmos, el vestido militar de aquel pueblo ilustre, sus recios y estrechos escudos, y aquellas espadas cortas de dos filos con que triunfaron del mundo entero: la águila romana les precedía; los dos portaestandartes cantaban un himno consagrado al dios Marte; venían tras ellos los guerreros marchando con paso grave y seguro, como hombres que aspiran á la conquista del universo.

La tercera comparsa representaba á los Sajones, cubiertos de pieles de oso, que habían traído de los bosques de la Germania. Estaban armados de la temible hacha de armas que hizo tanto destrozo entre los primeros Bretones, é iban precedidos de dos escaldos cantando las alabanzas de Odino.

Cerraban la marcha los caballeros norman-

dos, con sus cotas de malla y sus cascos de acero. Dos músicos, que cantaban la guerra y las damas, precedían á esta brillante comparsa.

Entraron las máscaras en la sala con el mayor orden. Se detuvieron un rato cerca del umbral, para que los espectadores las pudiesen ver mas á su gusto, y despues diéron todas la vuelta á la sala, para desplegar sus filas; y habiendo colocado los hacheros detras de ellas, se formaron á los dos lados de la sala, de modo que los Romanos se encontraron enfrente de los Bretones, y los Sajones enfrente de los Normandos. Miráronse entónces al parecer con sorpresa; á la sorpresa siguió la cólera, que manifestaron con ademanes y amenazas; despues, dada la señal por una música militar colocada en la galería, sacaron estos enemigos sus espadas, y se avanzaron los unos contra los otros con pasos medidos, y con una especie de danza marcial tocaron con sus aceros la armadura de sus adversarios, pasando cerca unos de otros en medio de la danza. Era un espectáculo raro ver las diferentes tropas que marchaban siempre á compas, á pesar de las maniobras que parecían tan irregulares, se mezclaban, se separaban, y volvían á sus puestos, siguiendo los tonos diversos de la música.

Estas danzas simbólicas representaban los

diferentes combates que se diéron entre los diversos pueblos que ocupáron en otros tiempos la Gran Bretaña.

Al fin, despues de muchas evoluciones que divirtiéron mucho á los espectadores, se oyó el sonido de un clarin, que era la señal de una batalla ó de una victoria. Las máscaras dejáron entónces sus danzas, y juntándose cerca de sus gefes respectivos, aguardaban saber, al parecer como los demas espectadores, que es lo que anunciaba el clarin.

Abriéronse de par en par las puertas, y se presentó un encantador. Era este el célebre hechicero Merlin, vestido con un traje extraño y misterioso, que recordaba su nacimiento dudoso y su arte mágica. Delante y detrás de él saltaban y daban cabriolas muchos personajes extraordinarios, que representaban los espíritus prontos á ejecutar sus órdenes, y esta parte de la fiesta fué tan del agrado de los criados y demas vasallos, que muchos de ellos se olvidáron del respeto que debian á la reina, y tuviéron el arrojo de introducirse en la sala.

Viendo el conde de Leicester que sus oficiales tendrian mucho trabajo en hacerles salir, sin causar algun desórden en presencia de Isabel, se levantó, y acudió al medio de la sala; pero Isabel, con su acostumbrada bon-

dad, quiso que se permitiese al pueblo participar de la fiesta. Habia echado mano Leicester de este pretesto para alejarse de la reina, y descansar un rato de la penosa tarea de ocultar, con el velo de la galantería, sus remordimientos, su vergüenza, su confusion, su rabia, y deseo de venganza. Impuso silencio al pueblo con sus ademanes y sus miradas; pero, en lugar de volverse al lado de su magestad, se embozó en su capa, y mezclándose entre la multitud continuó viendo la fiesta como simple espectador de las máscaras. Habiéndose adelantado Merlin hasta en medio de la sala, hizo una señal con su varita mágica á los gefes de las comparsas rivales, para que se reuniesen al rededor de él, y les anunció, con un discurso en verso, que la isla de la Gran Bretaña estaba ahora gobernada por una reina vírgen, á la que los destinos les ordenaban rendir homenaje, y aguardar de ella solamente una decision sobre los títulos que cada uno de ellos procuraba hacer valer, para ser reconocido el primer origen y tronco de donde descenden los actuales habitantes de la isla, súbditos de esta celestial princesa.

Obedientes á esta órden, las diferentes comparsas empezáron su marcha al son de una música grave y armoniosa, y pasáron suce-

sivamente delante de Isabel, ofreciendole, cuando estaban delante de su trono, los homenajes mas respetuosos, segun el estilo de las naciones que representaban. Recibialas ella con la misma gracia y la misma cortesía que habian distinguido todas sus acciones desde su llegada á Kenilworth.

Los gefes de las diferentes comparsas alegraron entónces, cada uno por la suya, las razones que les daban lugar á la preferencia; y cuando Isabel los hubo escuchado á todos, les dió esta graciosa respuesta: — Que sentia no estar mejor instruida para decidir la difícil cuestion que el famoso Merlin habia propuesto, pero que le parecia que una sola de estas naciones no podia pretender la preeminencia sobre las otras, por haber contribuido mas á formar los Ingleses que ella gobernaba, puesto que su pueblo parecia haber recibido de cada una de ellas las nobles cualidades de su carácter nacional. — Asi es que el Inglés debe á los antiguos Bretones su valor y su indomable pasion por la libertad; á los Romanos, su valor disciplinado en la guerra, su aficion á las letras, y la civilizacion en tiempo de paz; á los Sajones, sus leyes sabias y equitativas; y á los caballeros normandos, su cortesía y su amor generoso por la gloria.

Merlin respondió al punto:

— Que era en efecto necesario que todas las virtudes y todas las cualidades se encontrasen reunidas entre los Ingleses, para hacer de ellos la mas perfecta de las naciones, y la sola digna de la felicidad de que gozaban bajo el reinado de Isabel de Inglaterra.

Oyóse entónces la música, y las comparsas, igualmente que Merlin y su comitiva, empezaban á retirarse, cuando Leicester, que estaba entónces al fin de la sala, y que por consiguiente se hallaba entre la multitud, sintió que le tiraban de la capa, mientras le decia una persona al oido:

— Deseo tener con vm. al punto un rato de conversacion.



CAPITULO XL.

¿Que es lo que me sucede? cualquier ruido me espanta.

MACBETH.

DESEO tener con vm. una conversacion. Estas palabras eran simples en sí mismas, pero se encontraba lord Leicester en uno de aquellos momentos de desasosiego en que el ánimo turbado vé en las circunstancias mas ordinarias algo de misterioso y de asustadizo; y se inclinó inquieto á examinar á la persona que las habia pronunciado.

El exterior de este sugeto nada tenia de particular; estaba vestido de negro, y era negra también la máscara que cubria su semblante. Se confundia con los enmascarados que habian entrado á la sala con Merlin, aunque su disfraz no era extravagante como el de los demas.

— ¿Quien es vm.? ¿que quiere vm.? dijo Leicester, descubriendo en el acento de su voz la agitacion de su alma.

— No pido nada que pueda dañar á vm., milord, por el contrario verá vm. que mis in-

tenciones podrán serle ventajosas, si las sabe apreciar. Pero es necesario que hablemos en particular.

— No puedo hablar con un desconocido que no se nombra, respondió Leicester empezando á concebir vanos temores sobre la demanda del extranjero, y los que yo conozco deben escoger un momento mas conveniente para poderme hablar.

Iba á marcharse, pero le detuvo el enmascarado.

— Los que hablan á vuestra señoría de lo que interesa á su honor, tienen derecho á hacerlo, aun cuando sea preciso suspender otras ocupaciones por escucharlos.

— ¿Como, mi honor! ¿Quien se atreve á ponerle en duda? dijo Leicester.

— La conducta de vm., milord, podria sola dar motivos de acusarle, y deseo hablar á vm. precisamente sobre ese asunto.

— Es vm. un insolente, dijo Leicester, y abusa vm. de la licencia de este tiempo de hospitalidad, que me impide castigarle cual merece. ¿Como se llama vm.?

— Edmundo Tresilian de Cornwall, respondió el disfrazado: habia prometido callar durante veinte y cuatro horas; este tiempo ha pasado, y puedo hablar ahora, prefiri-

riendo, por consideracion á vuestra señoría, hacerlo de este modo.

La sorpresa que penetró hasta el corazon de Leicester al oír pronunciar este nombre por el sugeto que mas aborrecia, y por quien se creía tan cruelmente ultrajado, le dejó inmóvil; pero á su admiracion se siguió al punto un deseo de venganza, tan imperioso como la sed del viagero en el desierto. Sin embargo pudo dominarse á sí mismo, sin atravesar el corazon del malvado y atrevido que, despues de haberle reducido á la desesperacion, osaba venir con tal descaro á apurar del todo su paciencia. Resuelto á ocultar por entónces su agitacion, para penetrar los designios de Tresilian en toda su estension, y asegurar su venganza, respondió con una voz que la rabia concentrada hacia casi ininteligible:

— ¿Que pide el señor Tresilian?

— Justicia, respondió Tresilian con tranquilidad y firmeza.

— ¡Justicia! dijo Leicester, todos los hombres tienen derecho á ella. Vm. sobre todo, señor Tresilian, mas que ningun otro, puede contar con que se le hará completa.

— No aguardaba yo menos de la nobleza del carácter de vm., dijo Tresilian; pero el tiempo urge, y necesito hablar á usted esta

misma noche. ¿Me será permitido ir á buscar á vm. en su habitacion?

— No, dijo Leicester con mal gesto, no debemos vernos en ninguna casa, y menos en la mia, sino en campo raso.

— Está vm. disgustado, milord, replicó Tresilian, y no veo sin embargo cual puede ser la causa de ese enojo: el sitio de nuestra reunion me es muy indiferente, con tal que me escuche vm. durante media hora sin interrupcion.

— Con menos habrá bastante, lo espero, respondió Leicester; aguardeme vm. en el *lugar del Placer*, luego que la reina se haya retirado á su habitacion.

— Basta, dijo Tresilian, y se alejó, dejando á Leicester en una especie de embeleso que ocupaba al parecer toda su alma en aquel momento.

— El cielo, decia, se manifiesta por fin propicio á mis deseos, y entrega á mi venganza el miserable que ha impreso en mi apellido una afrenta indeleble, el miserable que me ha ocasionado ansias tan crueles. Ya no debo quejarme de mi destino, que me da los medios de descubrir las astucias con las que cree aun engañarme. Sabré descubrir y castigar al mismo tiempo todas sus maldades. Es preciso que vuelva á la cadena; pero me será mas

liviana ahora, pues á eso de la media noche sonará la hora de mi venganza.

En medio de estas reflexiones que asaltaban el ánimo de Leicester, atravesó otra vez la multitud que le hacia paso, y volvió al lado de la reina, envidiado y admirado de todo el mundo. Pero si el corazón de aquel á quien envidiaban todos hubiera podido ser descubierto á tan numerosa asamblea, á haber sido posible manifestar los pensamientos sombríos de su culpable ambicion, de su amor chasqueado, de su venganza terrible, y el proyecto de un cruel atentado, que se sucedian alternativamente como los espectros *en el círculo de una infernal hechicera*, ¿quien hubiera sido, desde el cortesano mas ambicioso hasta el mas pobre sirviente, quien hubiera sido el que desearia cambiar de papel con el privado de Isabel y señor de Kenilworth?

Pues le aguardaban aun otros tormentos al lado de Isabel.

— Llega vm. á tiempo, milord, dijo ella, para decidir sobre una disputa que se ha suscitado entre nuestras damas. Sir Ricardo Varney acaba de pedirnos el permiso de salir del castillo, con su esposa enferma, seguro de obtener la anuencia de vm., previa la

nuestra. Por cierto que nuestra intencion no es impedirle que cuide cariñosamente de esa pobre dama; pero ha de saber vm. que sir Ricardo Varney se ha manifestado hoy de tal modo cautivado de las gracias de nuestras damas, que esta nuestra duquesa de Rutland pretende que no conducirá á su muger sino hasta el lago, en donde la arrojará para que vaya á habitar los palacios de cristal de que nos ha hablado la ninfa encantada, y que volverá luego viudo y alegre á enjugar sus lágrimas y reparar su pérdida con las damas de nuestra comitiva. ¿Que le parece á vm., milord? Hemos visto á Varney con tres ó cuatro diferentes disfraces. Pero vm. que le conoce tal cual es en efecto, ¿le cree vm. capaz de tratar á su pobre muger con tamaña crueldad?

Leicester se hallaba confundido, pero el peligro era urgente, y era preciso responder.

— Estas damas, dijo, piensan con demasiada ligereza de su sexo, suponiendo que una muger puede merecer igual suerte, ó con demasiada severidad del nuestro, si juzgan que un hombre puede imponer á una inocente semejante castigo.

— Ya le oyen vms., señoras, dijo Isabel; como los demas hombres procura disculpar su crueldad con nosotras, acusandonos de inconstantes.

— No diga *vm. acusandonos*, señora, replicó el conde: digo que las mugeres ordinarias, como los planetas de un órden inferior, tienen sus revoluciones y sus fases; pero ¿quien osaria acusar al sol de mudable, ó á Isabel de inconstante?

La conversacion se hizo poco despues menos peligrosa, y Leicester continuó tomando en ella una parte activa, á pesar de las angustias de su alma. Pareció á Isabel esta conversacion tan agradable, que habian dado ya las doce de la noche en el reloj del castillo, ántes que se retirase, lo que no solia suceder sino muy rara vez. Alirse ella, se recogieron todos los demas, cada uno en su habitacion para pensar en las distracciones del dia, ó gozar anticipadas las del siguiente.

El desdichado señor de Kenilworth, el que daba estas fiestas soberbias, tenia que entregarse á otros cuidados diferentes. Ordenó al criado que le seguia que fuese á buscar al momento á Varney, y volvió poco despues el mensajero diciendo que hacia una hora que habia salido del castillo por la puerta secreta con otras tres personas, una de las cuales iba dentro de una litera.

— ¿Como ha podido salir del castillo despues que se ha montado la guardia? Yo creia que pensaba salir al amanecer.

— Ha dado á la guardia razones suficientes, respondió el criado, y segun me han dicho, ha presentado el anillo de vuestra señoría.

— Sí, es verdad, dijo el conde, pero se ha dado demasiada prisa. ¿Ha quedado aquí alguno de sus criados?

— En ninguna parte han podido encontrar á Miguel Lambourne, milord, dijo el criado, cuando iba á salir sir Ricardo Varney, y su amo se ha enfadado mucho por eso. Acabo de verle ensillar el caballo, con la mira de ir en seguimiento de su amo.

— Dile que venga aquí al momento, dijo Leicester, tengo un mensaje para su amo.

El criado salió, y Leicester se paseó largo tiempo en su cuarto entregado á sus meditaciones.

— Varney es muy celoso, decia, pienso que me es adicto; pero tiene tambien sus miras particulares, y es inexorable cuando se trata de llevarlas á cabo. Si yo me elevo, él se eleva: se ha mostrado ya muy solícito en allanarme el obstáculo que me cierra el camino al trono. Sin embargo no quiero abatirme sufriendo semejantes afrentas. La castigaré, despues de haber reflexionado con bastante madurez. Conozco ya de antemano

que las medidas precipitadas encenderian en mi pecho todo el fuego del infierno. No, por ahora bastará la primera víctima, y esta víctima me está esperando.

Cogió en esto pluma, tintero y papel, y escribió de prisa lo siguiente:

« Sir Ricardo Varney :

» Hemos resuelto diferir la empresa confiada á vuestro cuidado, y os encargamos muy de veras no ir mas léjos, por lo que toca á nuestra condesa, sin recibir nuestras órdenes ulteriores. Os ordenamos asimismo volvais á Kenilworth luego que hayais dejado en un sitio seguro el depósito que se os ha entregado; pero en el caso que esos cuidados os detuviesen mas largo tiempo que el que pensamos, os mandamos enviarnos, por medio de un mensajero fiel, nuestro anillo que necesitamos en este momento. Aguardamos de vuestra parte la obediencia mas exacta, y recomendandoos al cuidado de Dios, quedamos vuestro amigo y buen amo,

K. LEICESTER.

» Dado en nuestro castillo de Kenilworth,
» el día 10 de julio del año de gracia 1575. »

Al acabar y cerrar Leicester esta carta,

Miguel Lambourne, con sus grandes botas, su gran capa de camino atada por la cintura, y su sombrero igual al de los correos, entró en el cuarto guiado por el criado.

— ¿En que calidad sirves tú? dijo el conde.

— Soy caballero del caballero mayor de vuestra señoría, respondió Lambourne con su ordinaria desfachatez.

— Dejate de impertinencias, dijo Leicester; las chocarrerías que puedes hacer pasar delante de sir Ricardo Varney no son de mi gusto. ¿Cuanto tiempo necesitas para alcanzar á tu amo?

— Una hora, milord, si el caballero y el caballo no flaquean, dijo Lambourne pasando de repente de un ademan casi familiar al del mas profundo respeto.

El conde le miraba de arriba abajo.

— He oido hablar de tí. Dicen que eres activo en el servicio, pero demasiado camorrista y amigo del vino para poderte confiar ningun asunto de importancia.

— Milord, dijo Lambourne, he sido soldado, marino, viajero, y aventurero, oficios todos en los que se goza del tiempo presente, porque no se puede contar con el venidero. Pero, aunque haya empleado mal mis ratos ociosos, jamas he dejado de cumplir con mi obligacion.

— Pruebame lo en la ocasion presente, y no perderás nada en ello. Entrega esta carta con prontitud y cuidado á sir Ricardo Varney en propia mano.

— ¿Mi comision está limitada á eso? dijo Lambourne.

— Sí, respondió el conde, pero es de la mayor importancia que la desempeñes con celo y prontitud.

— Haré para ello cuanto esté de mi parte, respondió Lambourne; y se retiró inmediatamente diciendo para su capote: He aquí en que ha venido á parar esta audiencia secreta que me habia hecho concebir tan grandes esperanzas. ¡Cuerpo de Cristo! pensaba yo cuando menos, que el conde necesitaba echar mano de mí para alguna intriga secreta, y está todo reducido á enviarme con una carta. Sin embargo se hará como lo desea, y segun dice su señoría muy bien, esto podrá serme útil para otras ocasiones. Un niño tiene que andar á gatas ántes de poder caminar, y lo mismo debe hacer un aprendiz de cortesano; pero veamos que dice la carta, ya que la ha dejado medio abierta.... Habiendo cumplido su deseo, empezó á dar palmadas, y á esclamar muy contento: ¡La condesa! ¡la condesa! he descubierto un secreto que va á hacer mi fortuna ó á perderme. Pero adelante, Bayardo,

añadió, conduciendo su caballo al patio; adelante, es preciso ver ahora para que hemos nacido los dos.

Montó pues Lambourne á caballo, y salió del castillo por la puerta secreta, habiendole dejado pasar en consecuencia de las órdenes que sir Ricardo Varney habia dado al efecto.

Luego que Lambourne y el criado hubieron salido del cuarto, cambió Leicester de vestido, se embozó en su capa, y cogiendo una lámpara, bajó por el tránsito secreto á una puertecita que daba al patio cerca de la entrada del *lugar del Placer*. Sus reflexiones eran ya diferentes de lo que habian sido hacia algun tiempo, y aun procuraba persuadirse á sí mismo que debia mirarse como ofendido mas bien que como culpable.

— He sufrido el mayor ultraje: á esto se reducian sus meditaciones, y sin embargo no he querido vengarme inmediatamente, por atender primero á mi honor. ¿Mas será posible que la union, profanada por esta muger pérfida, me encadene para siempre, y me detenga en la noble carrera á que me llama mi destino? No, hay otros modos de romper semejantes lazos, siu atender á la vida de aquella traidora. Delante de Dios estoy ya libre de la union que ella misma ha destruido. Nos separarán reinos enteros; habrá mares

de por medio, y las ondas que han tragado en sus abismos flotas enteras serán las únicas depositarias de tan funesto secreto.

Leicester procuraba calmar, con razonamientos de esta especie, los remordimientos de su conciencia acerca de un plan de venganza adoptado tan precipitadamente, y sobre sus miras de ambicion que se habian hecho tan inseparables de todos sus designios y acciones, que ya no podia resolverse á abandonarlas. La venganza le parecia ya justicia y tal vez generosidad y moderacion.

Con estas disposiciones entró el ambicioso y vengativo conde de Leicester en el magnifico recinto del *lugar del Placer*, alumbrado por la luna llena. Sus brillantes rayos reflejaban por todas partes sobre la piedra blanquecina de que las balaustradas y los demas adornos de arquitectura estaban contruidos. No se descubria en el cielo azulado la mas pequeña nubecilla, de modo que el cuadro que tenia á la vista era casi tan visible como si hubiera acabado de ponerse el sol. Las diferentes estatuas de mármol blanco parecian, en medio de esta luz pálida, otras tantas fantasmas que salian amortajadas de las sepulturas. Las fuentes subian al aire, esparciendo el agua que volvia á caer como una lluvia plañteada por los rayos de la luna. El calor del

día habia sido escesivo, y el vientecillo dulce de la noche suspiraba con un soplo tan ligero como el del abanico de uua señorita. Los ruiseñores habian hecho sus nidos en el jardin próximo, y todos aquellos cantores se consolaban, en las noches del estío, de su silencio durante el dia, con inimitables conciertos, cuya armonía, ya viva y alegre, ya patética, exprimia al parecer el embeleso que les causaba el espectáculo tranquilo y delicioso á que añadian ellos el encanto de su voz melodiosa.

Pensando en todo menos en el susurro de las aguas, la claridad de la luna, ó los gorgoros del ruiseñor, el noble conde de Leicester se paseaba de un lado á otro, embozado en su capa y con la espada debajo del brazo, sin descubrir cosa alguna que tuviese forma humana.

— Me ha engañado mi generosidad, decia; he dejado escapar á ese pícaro, y tal vez para que pudiese ir á librar á su adúltera amiga que no va muy bien escoltada.

Tales eran sus sospechas; pero se desvanecieron pronto cuando descubrió á un hombre que se acercaba poco á poco, despues de haber pasado el pórtico, y cuya sombra oscurecia los objetos al pasar segun iba andando.

— ¿No seria bueno herir ántes de escuchar esa voz odiosa? dijo entre sí mismo

Leicester empuñando su espada. Pero no, quiero saber cuales son sus viles proyectos; quiero observar, por mas horrible que sea este examen, los pliegues y repliegues de este réptil impuro, ántes de emplear la fuerza para estrujarle.

Abandonó el puño de su espada, y se adelantó poco á poco ácia Tresilian, echando mano de toda la serenidad de que era capaz; un instante despues se hallaron al frente uno de otro.

Tresilian hizo una profunda reverencia, á que correspondió el conde con una inclinacion desdeñosa de cabeza diciendole:

— Quería vm. hablarme en secreto, señor; aquí estoy, ya escucho.

— Milord, dijo Tresilian, lo que tengo que comunicar á vm. me interesa de tal modo, y deseo con tal ansia hallar en vm. una atencion paciente y favorable, que procuraré desde luego disculparme de todo lo que ha podido preocupar á vuestra señoría contra mí. ¿Me cree vm. su enemigo?

— ¿Me faltan motivos aparentes para creeros tal? replicó el conde viendo que Tresilian aguardaba una respuesta.

— Es vm. injusto, milord; soy amigo del conde de Sussex á quien los cortesanos llaman vuestro rival, pero no soy ni su prote-

gido, ni su partidario, y he notado hace mucho tiempo que las cortes y sus intrigas no convienen ni á mi carácter ni á mis ideas.

— Sin duda, dijo Leicester, hay otras ocupaciones mas dignas de un sabio de la reputacion del señor Tresilian; el amor tiene sus intrigas como la ambicion.

— Veo, milord, replicó Tresilian, que da vm. demasiada importancia á la antigua inclinacion que tuve por la desgraciada persona de que debo hablar á vm., y quizá piensa tambien que vengo á defender su causa por espíritu de rivalidad, mas bien que por el interes de la justicia.

— Sean cuales fueren mis ideas en esa parte, señor, dijo el conde, prosiga vm.: hasta ahora no me ha hablado vm. sino de sí mismo; es un asunto ciertamente muy grave y muy importante, pero no me interesa personalmente de un modo bastante fuerte para abandonar por él mi reposo. Dejese vm. de preámbulos, señor mio, diciendome lo que tiene que decirme, si tiene vm. que hablarme efectivamente de alguna cosa que me pueda interesar. Luego que haya acabado vm., le comunicaré en cambio otro asunto.

— Siendo eso así, voy á hablar sin rodeos, milord, dijo Tresilian; y como lo que tengo

que decir toca de cerca al honor de vuestra señoría, estoy seguro de que no mirará vm. como perdido el tiempo que emplee en escucharle. Tengo que pedir cuenta á vuestra señoría de la desdichada Amy Robsart, cuya historia conoce vm. muy bien. Siento el no haber adoptado desde un principio este medio, y no haber hecho á vm. juez entre el perverso que la ha ultrajado y mi persona. Milord, ella ha logrado librarse de un cautiverio ilegal: su vida estaba en peligro; ella esperaba que sus representaciones producirían algun efecto en su esposo indigno: me habia obligado á prometerla suspender toda defensa por mi parte, hasta que hubiese empleado los medios de forzarle á reconocer sus derechos.

— Señor, dijo Leicester, ¿sabe vm. de quien está hablando?

— Hablo de un esposo indigno, milord, dijo Tresilian, y mi respeto no puede encontrar un language menos severo. Esa desdichada persona se halla sustraída á mis miradas, y secuestrada en algun sitio secreto de este castillo, si acaso no está ya encerrada en algun retiro mas propio para la ejecucion de un proyecto criminal. Semejante conducta debe ser reprimida: hablo en virtud de la autoridad que he recibido de su padre; ese fa-

tal casamiento debe ser publicado y probado delante de la reina: Amy debe verse libre de toda opresion, y disponer de sí misma: permitame vm. añadir que el honor de vuestra señoría está principalmente interesado en que se haga entera justicia á semejantes demandas.

El conde quedó hecho una estatua al oír á un hombre, de quien creía haber recibido la mas sangrienta afrenta, defender con tal serenidad la causa de su culpable amiga, como si fuese la mas inocente de todas las mugeres, y él un abogado imparcial. Y no se disminuyó su admiracion al ver con que calor reclamaba para ella el rango y los honores que habia envilecido, y que sin duda debia gozar de mancomun con el amante que emprendia su defensa con tal descaro. Mas de un minuto habia pasado desde que cesó de hablar Tresilian, sin que volviese el conde en sí del estupor; y si se consideran las preocupaciones que le dominaban, nadie estrañará que se dejase arrastrar de su cólera, prescindiendo de toda consideracion.

— He oido á vm. sin interrupcion, señor Tresilian, dijo el conde, y bendigo á Dios por no haber oido jamas hasta hoy la voz de un pícaro tan desvergonzado. La penca del verdugo es la que debiera castigar á vm., y

no la espada de un señor. Sin embargo defendete, malvado, defendete.

Al decir esto, dejó caer la capa, dió á Tresilian un fuerte golpe con la vaina de su espada, y sacandola al punto, se dispuso á acometerle. Su violencia habia desde luego causado en Tresilian igual sorpresa que en el conde el haberle escuchado. Pero se siguió á esta sorpresa el enojo, cuando á las injurias tan poco merecidas añadió un golpe que anunciaba un próximo combate. Sacó al punto su espada Tresilian, y aunque se servia de esta arma con menos destreza que el conde, era sin embargo bastante capaz de sostener el combate con valor, y con mayor razon por estar mas sereno que Leicester, pues no podia menos de atribuir su conducta á un verdadero frenesí, ó al influjo de alguna ilusion inesplicable.

Continuaba el combate durante muchos minutos sin que ninguno de los dos rivales fuese herido, cuando de repente se oyeron voces y pasos precipitados ácia el pórtico.

— Vienen á interrumpirnos, dijo Leicester á su antagonista, sigame vm.

Al mismo tiempo se oyó una voz que decía: — Tiene razon, tiene razon, estan riñendo.

Entónces Leicester llevó á Tresilian á un sitio oculto detras de una fuente, en donde

estuviéron, miéntras que seis soldados de la guardia de la reina pasaban muy cerca, y oyéron á uno de los soldados que decia á los demas:

— No podremos encontrarlos, pues sin duda se habrán escondido al vernos venir; pero si no damos con ellos ántes de llegar al otro extremo, volverémos por aquí, pondrémos una centinela á la entrada del jardín, y quedarán encerrados esos espadachines hasta la mañana.

— Buen fregado por cierto, dijo otro, desenvainar su espada tan cerca de la habitacion de la reina, y en su mismo palacio, por decirlo así. Serán algunos baladrones borrachos, y seria lástima dar con ellos, porque la ley los condena á perder una mano: ¿no es así?

— Tambien eres tú un quimerista, Jorge, dijo otro; pero cuidado con ella, porque la ley es esa.

— Sí, dijo el primero, si quieren seguirla á la letra, porque este palacio no es de la reina, es el palacio de milord de Leicester.

— Si no hay otra razon mas fuerte en su favor, el castigo seria igualmente severo, dijo otro; pues si nuestra graciosa ama es reina, como lo es en efecto, gracias á Dios, milord de Leicester no está léjos de ser rey.

— Calla, bribon, dijo un tercero, ¿sabes si hay alguno que te escuche?

Continuaron su camino buscando por todas partes, pero mas ocupados al parecer en su conversacion que en descubrir los perturbadores nocturnos.

Luego que hubieron pasado, Leicester hizo señas á Tresilian para que le siguiese, y se escapó por el lado opuesto, atravesando el pórtico sin ser notado. Condujo á Tresilian á la torre de Mervyn, en donde habia recordado su alojamiento, y le dijo ántes de separarse:

— Si tienes bastante valor para dar fin al combate comenzado, quedate á mi lado cuando salga mañana la corte: escogerémos un momento favorable, y te avisaré cuando sea tiempo.

— Milord, dijo Tresilian, en cualquiera otra circunstancia hubiera podido preguntar á vm. la causa del extraño furor que le anima contra mí; pero el insulto que he recibido no puede lavarse sino con sangre, y aunque hubiese vm. llegado al rango mas elevado á que aspira su ambicion, vengaria del mismo modo mi honor ofendido.

De este modo se separaron, pero las aventuras de la noche aun no se habian acabado para Leicester. Tuvo que pasar por la torre de San Lowe, para llegar al tránsito que conducia á su habitacion, y encontró al lord

Hunsdon con una espada desnuda debajo del brazo.

— ¿Y vm. tambien, milord de Leicester, dijo el veterano, se ha despertado con esta alerta?... Está bueno; por vida del diablo, en el castillo de vm. no hay un momento de tranquilidad ni de dia ni de noche. Aun no hace dos horas que me han despertado los gritos de esa pobre loca lady Varney, que su esposo se llevaba á la fuerza. Yo le aseguro á vm. que solo las órdenes de la reina y las de vm. eran capaces de impedirme tomar cartas en este asunto, y romper los cascós á vuestro favorito. Ahora vea vm. otras querellas y combates en el lugar del Placer.... ¿Como llama vm. este sitio en donde estan todas aquellas chucherías?

La primera parte del discurso del viejo fué para el conde una puñalada. Respondió que habia oido el ruido de las espadas, y que habia bajado para poner modo á los insolentes que tenian la audacia de batirse tan cerca de la reina.

— Siendo eso asi, dijo Hunsdon, espero que vuestra señoría me acompañará.

Leicester se vió obligado á volver al lugar del Placer con el buen viejo: allí Hunsdon supo de los hombres de la guardia, que estaban á sus órdenes, los pasos inútiles que

habian dado para encontrar á los alborotadores, y les dejó en pago de su trabajo una docena de maldiciones, llamandolos ademas perezosos, descuidados y holgazanes.

Leicester tuvo tambien por conveniente mostrarse muy enfadado por igual motivo; pero al fin dió á entender al lord Hunsdon, que en resumidas cuentas no podia ser sino algunos calaveras borrachos, que quedaban bien castigados con el susto que les habria causado el verse perseguidos de aquel modo.

Hunsdon, que era tambien cofrade del trago, convino en que el vino debia servir de excusa á muchos de los desórdenes que causa, y añadió:

— Pero si vuestra señoría no modera algun tanto su liberalidad en el gasto de la casa, y no pone modo en la distribucion del vino, del ale y de los licores, me veré al fin obligado á poner presos á muchos guapos, y á zurrarles bien la badana; y con esto tenga vm. muy buena noche.

Muy contento de verse libre de él, se despidió Leicester á la entrada de su alojamiento, en donde se habian encontrado al principio; volvió luego al tránsito secreto, y tomó la lámpara que habia dejado allí, cuya escasa luz le guió hasta su habitacion.

CAPITULO XLI.

A un lado, á un lado, señores,
Vamos, dejadme pasar,
Que mi caballo es un viento
Cuando empieza á galopar.
Os diré, y lo diré en verso,
Que está ufano el animal
De descender de una raza
Mas noble que los demas.
Su padre se hizo famoso
Cuando á su real magestad,
La hija de Enrique, Leicester
Dió una fiesta sin igual.

Máscaras de los mochuelos, por Ben Johnson.

LA diversion que se preparaba á Isabel y á su corte para el dia siguiente, era un combate entre los Ingleses y los Dinamarqueses, que debian representar los fieles y animosos habitantes de Coventry, en conformidad de una costumbre conservada en su antiguo pueblo, y cuyas crónicas daban fé de su autenticidad.

Los ciudadanos, divididos en dos bandos, Sajones y Dinamarqueses, recordaban en versos bastante duros, acompañados de golpes más duros todavía, las querellas de aque-

habian dado para encontrar á los alborotadores, y les dejó en pago de su trabajo una docena de maldiciones, llamandolos ademas perezosos, descuidados y holgazanes.

Leicester tuvo tambien por conveniente mostrarse muy enfadado por igual motivo; pero al fin dió á entender al lord Hunsdon, que en resumidas cuentas no podia ser sino algunos calaveras borrachos, que quedaban bien castigados con el susto que les habria causado el verse perseguidos de aquel modo.

Hunsdon, que era tambien cofrade del trago, convino en que el vino debia servir de excusa á muchos de los desórdenes que causa, y añadió:

— Pero si vuestra señoría no modera algun tanto su liberalidad en el gasto de la casa, y no pone modo en la distribucion del vino, del ale y de los licores, me veré al fin obligado á poner presos á muchos guapos, y á zurrarles bien la badana; y con esto tenga vm. muy buena noche.

Muy contento de verse libre de él, se despidió Leicester á la entrada de su alojamiento, en donde se habian encontrado al principio; volvió luego al tránsito secreto, y tomó la lámpara que habia dejado allí, cuya escasa luz le guió hasta su habitacion.

CAPITULO XLI.

A un lado, á un lado, señores,
Vamos, dejadme pasar,
Que mi caballo es un viento
Cuando empieza á galopar.
Os diré, y lo diré en verso,
Que está ufano el animal
De descender de una raza
Mas noble que los demas.
Su padre se hizo famoso
Cuando á su real magestad,
La hija de Enrique, Leicester
Dió una fiesta sin igual.

Máscaras de los mochuelos, por Ben Johnson.

LA diversion que se preparaba á Isabel y á su corte para el dia siguiente, era un combate entre los Ingleses y los Dinamarqueses, que debian representar los fieles y animosos habitantes de Coventry, en conformidad de una costumbre conservada en su antiguo pueblo, y cuyas crónicas daban fé de su autenticidad.

Los ciudadanos, divididos en dos bandos, Sajones y Dinamarqueses, recordaban en versos bastante duros, acompañados de golpes más duros todavía, las querellas de aque-

llas dos valientes naciones, y la magnánima impavidez de las amazonas inglesas que tuvieron la mas grande parte en la matanza general de los Dinamarqueses, el martes segundo despues de Pascuas del año de gracia 1012. Esta diversion, que fué en otros tiempos el pasatiempo favorito de los habitantes de Coventry, habia sido interdicha, segun parece, por el rigorismo de algunos ministros de una secta rigida, que debieron tener mucho influjo sobre los magistrados. Pero casi todos los habitantes del pueblo habian dirigido memoriales á la reina, para que se les permitiese su diversion nacional, y para obtener el permiso de representarla delante de su magestad. Cuando se trató de esta cuestion en el consejo privado á que asistia ordinariamente la reina, la demanda de los habitantes de Coventry, desaprobada por algunos de los miembros los mas severos, fué apoyada por Isabel. Dijo que los placeres de esa especie entretenian, de un modo inocente, á muchas personas que sin ellos podrian emplear sus ratos ociosos en juegos perjudiciales, y que sus predicadores, por mas recomendables que fuesen por su ciencia y santidad, declamaban con demasiada amargura contra los pasatiempos de sus ovejas.

De este modo los habitantes de Coventry

lograron su intento. Por consiguiente, despues de un almuerzo que el señor Laneham llama un *almuerzo de Ambrosia*, los principales personajes de la corte, acompañando á su magestad, acudieron juntos á la torre de la galería, para ver acercarse los dos ejércitos enemigos, ingleses y dinamarqueses.

Dada la señal, la barrera del parque se abrió para recibirlos. Entraron juntos todos, los de á pié y los de á caballo, porque los mas ambiciosos entre los artesanos y labradores se habian puesto trages estraños, imitando los de los caballeros, para representar la nobleza de las dos naciones. Sin embargo, para evitar desgracias, no se les permitió presentarse sobre caballos verdaderos: tuvieron que echar mano de aquellos caballos de madera, que daban antiguamente á las danzas moriscas su principal atractivo, y que solemos ver aun en nuestros dias en el teatro, en la grande batalla que da fin á la tragedia del señor Bayes. La infantería seguia con trages muy estraños. Toda esta parada podia considerarse como un remedo de aquellos espectáculos mas espléndidos, en los cuales la nobleza hacia su papel, é imitaba con la fidelidad posible los personajes que representaba. La fiesta de que hablamos tenia un aspecto muy diferente, porque eran los actores de una clase inferior, y

se picaban todos de tener los trages mas ridiculos y estrafalarios. Asi es que sus disfraces, que el temor de detener demasiado el curso de nuestra historia nos impide describir, eran bastante estraños, y sus armas, aunque capaces de dar terribles golpes, eran solo unas varas largas en lugar de lanzas, y palos en vez de sables. En quanto á las armas defensivas, la caballería y la infantería estaban provistas de cascos sólidos y de escudos de un cuero recio.

El capitán Coxe (autor jocoso de Coventry, cuya biblioteca de balatas, de almanques é historietas, encuadrada en pergamino, buscan aun con ansia los anticuarios) era en persona el ingenioso director de la fiesta. Se adelantaba bravamente á caballo, al frente de las partidas inglesas: tenia un aspecto fiero, dice Laneham, y blandia su gran sable como convenia á un guerrero experimentado que habia servido al padre de la reina, el rey Enrique, en el sitio de Boloña. Este general fué por consiguiente el primero que entró en la carrera; pasó cerca de la galería, al frente de sus compañeros, y bajando respetuosamente delante de la reina la punta de su espada, hizo al mismo tiempo una corveta, cual no habia hecho hasta entónces jamas ningun caballo de madera con dos piés.

Continuando despues su camino con toda la comitiva de caballeros é infantes, los formó diestramente en órden de batalla al estremo del puente, aguardando á que sus antagonistas se preparasen al ataque.

No tuvo que aguardar mucho tiempo, pues los Dinamarqueses, infantería y caballería, en nada inferiores á los Ingleses, llegaron casi al mismo tiempo: iba á su frente la chirimia, instrumento nacional, y obedecian las órdenes de un gefe que cedia solamente al capitán Coxe en el arte de la guerra, si no era acaso su igual. Los Dinamarqueses, en calidad de agresores, se apostaron bajo la torre de la galería, al frente de la de Mortimer, y cuando hubieron tomado bien todas sus medidas, se dió la señal del combate.

En la primera carga los combatientes se mostraron bastante moderados, porque los dos partidos temian verse rechazados hasta el lago; pero, segun iban llegando los refuerzos, la escaramuza llegó á hacerse una batalla furiosa. Cerraron unos con otros, segun lo afirma Laneham, como berracos *inflamados por los zelos*; chocaban con tal furor, que algunas veces caian por tierra entrámbos adversarios, y los sables de madera y sus escudos se estrellaban con terrible ruido. Sucedió en muchos lances lo que temian los mas es-

perimentados guerreros que habian empeñado el combate: las balastradas que protegian los lados del puente, y que tal vez expreso estaban mal aseguradas, cediéron á los esfuerzos de los combatientes que se impelian unos á otros, de modo que el valor del mayor número de ellos se resfrió bastante. Estos accidentes hubieran podido llegar á ser mas serios de lo que convenia en lances de esta clase, pues muchos de los campeones, que se viéron en aquel caso, no sabian nadar, y los que sabian se hallaban embarazados con sus armaduras de cuero y de carton: pero se habia previsto el caso, y habia muchas lanchas prontas á recoger á los guerreros desgraciados, y desembarcarlos en tierra firme. Allí, desanimados y hechos una sopa, se consolaban y reanimaban con cerveza caliente y licores fuertes que les daban liberalmente, sin mostrar el menor deseo de volver á tan peligrosa pelaza.

Solamente el capitan Coxe, despues de haber sido precipitado dos veces, con su caballo y todo, desde el puente hasta el lago, pero capaz de desafiar todos los peligros en que se halláron los héroes famosos de la caballería andante, como Amadis, Belianis, Bevis, ó su propio Guy de Warwick: el capitan Coxe solo, repetimos, despues de sus

dos zambullidas, se precipitó en lo mas recio del combate; sus vestidos y su caballo de madera estaban chorreando agua; sin embargo reanimó dos veces, con su voz y ejemplo, el valor de los Ingleses que flaqueaban, de suerte que al fin su victoria sobre los Dinamarqueses fué, como era justo y conveniente, completa y decisiva. Era muy digno de ser inmortalizado por la pluma de Ben Johnson, que, cincuenta años despues, dijo que una fiesta de máscaras, celebrada en Kenilworth, no podia ser principiada por ninguno tan bien como por la sombra del capitan Coxe sobre su terrible caballo de madera.

Estas diversiones campestres y algo groseras no estarán tal vez de acuerdo con la idea que ha formado el curioso lector de una fiesta representada delante de aquella Isabel, que hizo florecer las letras durante su reinado de un modo tan brillante, y delante de una corte que, gobernada entónces por una muger distinguida por su grande cortesía igualmente que por su ingenio y sabiduría, se hacia notar por su finura y delicadeza.

Pero sea que quisiese Isabel, por mera política, tomar parte en las diversiones populares, sea que su padre Enrique VIII le hubiese transmitido algunos de sus gustos,

lo cierto es que se reía de buena gana al ver de que modo las gentes de Coventry imitaban ó mas bien remedaban las costumbres caballerescas. Llamó á su lado al conde de Sussex y al lord Hunsdon, sin duda con el designio de indemnizar al primero de las largas audiencias particulares que habia dado al conde de Leicester, y trabó conversacion con él sobre un pasatiempo mas conforme á sus gustos que aquellos espectáculos burlescos. El gusto con que al parecer se reía y chanceaba la reina con sus generales, dió á Leicester la ocasion que buscaba de alejarse de la real presencia. Escogió tan bien el momento, que pareció este paso á los cortesanos un efecto de generosidad, por dejar con él á su rival un libre acceso cerca de la persona de la reina, en lugar de aprovecharse de sus derechos como señor absoluto del castillo, para ponerse constantemente entre sus miradas y sus propios rivales.

Pero en nada pensaba entónces Leicester menos que en manifestar semejante generosidad y cortesía, pues desde el momento en que vió que la reina conversaba con Sussex y Hunsdon, detras de los cuales estaba sir Nicolas Blount, escuchando con un palmo de boca abierta cada palabra que decian, hizo una señal el conde á Tresilian que observaba todos sus movimientos.

Salió del lado del parque, abriéndose paso por entre los espectadores que admiraban con la boca abierta la batalla de los Ingleses y los Dinamarqueses. Cuando se hubo separado de la multitud, con no poco trabajo, volvió la cabeza á ver si Tresilian habia podido hacer lo mismo; y viendo que le seguia de cerca, se dirigió ácia un bosquecito en que habia un criado con dos caballos. Saltó sobre el uno, diciendo á Tresilian que montase el otro, y Tresilian obedeció sin decir una palabra.

Leicester echó á correr á galope sin detenerse hasta un sitio retirado y rodeado de encinos, á una milla del castillo, del lado opuesto al que atraía la curiosidad á todos los espectadores.

Echó entónces pié á tierra, ató su caballo á un árbol, y dijo solo estas palabras:

— Aquí nadie podrá interrumpirnos.

Puso la capa sobre la silla del caballo, y sacó su espada.

Tresilian siguió su ejemplo, pero no pudo menos de decir:

— Milord, todos los que me conocen saben muy bien que no temo morir cuando mi honor se halla comprometido, y creo poder preguntar sin bajeza por que vuestra señoría se ha atrevido á hacerme una afrenta como la que nos ha puesto en este lance.

— Si no quiere vm. recibir iguales pruebas de mi desprecio, respondió el conde, eche vm. mano á su espada al momento, ántes que no vuelva á tratarle de la misma manera.

— No será necesario, dijo Tresilian. Que Dios nos juzgue, y que la sangre de vm. caiga sobre su cabeza, si llega á sucumbir.

Apénas habia acabado la frase, cuando se acercáron y empezó el combate.

Pero Leicester, que poseia á fondo el arte de la esgrima, habia aprendido á conocer bastante, en la noche anterior, la fuerza y destreza de Tresilian, para combatir con mas prudencia, y tratar que vengarse sin riesgo de su parte. Duraba el combate muchos minutos con una destreza y fortuna igual por ámbas partes, cuando Tresilian, dirigiendo un tajo furioso que Leicester evitó felizmente, se puso en una posicion desventajosa. El conde le desarmó y le arrojó por tierra, y con una sonrisa feroz puso la punta de su espada casi tocando á la garganta de su adversario. Poniendole el pié sobre el pecho, le mandó confesase los delitos infames con que le habia ofendido, y se preparase á morir.

— No tengo que arrepentirme de ningun delito ni infamia; en nada te he ofendido, respondió Tresilian, y estoy mas preparado

que tú á morir. Usa como quieras de tu ventaja, y Dios te perdone. Ningun motivo te he dado para que me aborrezcas.

— ¡Ningun motivo! exclamó el conde: ¡ningun motivo! Pero ¿á que fin gastar saliva con un ente tan vil? Muere como has vivido.

Habia levantado ya el brazo con intencion de matarle, cuando le cogiéron por detras.

El conde se inclinó enfurecido para librarse de este obstáculo inesperado, y vió con la mayor sorpresa, que un muchacho de un aspecto raro se habia apoderado de su brazo derecho, agarrandole con tal tenacidad, que no pudo librarse de él sin emplear un tiempo de que se aprovechó Tresilian para ponerse en pié y empuñar su espada. Leicester volvióse á él con el mismo furor, y el combate hubiera vuelto á empezar con mayor encarnicimiento todavía, si el muchacho no se hubiese arrojado á los piés del conde, pidiendole á gritos que le escuchase un instante.

— Levantate y dejame, dijo Leicester, ó por vida de Dios, que te atravieso con mi espada. ¿Por que impides asi mi justa venganza?

— Por razones muy poderosas, señor, dijo el muchacho sin acobardarse. Mi locura es la causa de esta querella sangrienta, y quizá de otras mayores desgracias tambien. ¡Ah! si quiere vm. gozar de una conciencia pura, si

espera vm. dormir en paz y al abrigo de todo remordimiento, lea vm. al punto esta carta, y haga despues lo que más le acomode.

Hablando con un ahinco á que su fisonomía y su voz extraordinaria añádan no sé que de fantástico, dió á Leicester una carta cerrada con una larga trenza de cabellos. Y aunque estaba tan ciego con la rabia de ver que se le escapaba su venganza de un modo tan extraño, no pudo resistir el conde á este demandante extraordinario. Le arrancó la carta de entre las manos, perdió el color al ver el sobrescrito, soltó temblando el nudo que la ataba, y al mirar lo que estaba escrito en ella, titubeó, y se hubiera caido de espaldas, á no apoyarse en el tronco de un árbol. Permaneció así instante, mirando la carta, tocando al suelo con la punta de su espada, y sin pensar al parecer en la presencia de un enemigo á quien habia manifestado un enojo tan implacable, y que hubiera podido tambien atacarle con ventaja. Pero Tresilian tenia una alma demasiado noble para una venganza semejante. Estaba, como el conde, absorto y sorprendido, aguardando el fin de este acceso extraño, pero dispuesto á defenderse en caso necesario contra todo ataque inesperado de Leicester, á quien creia poseido de nuevo de un verdadero frenesí. Creia en verdad reco-

nocer en el muchacho á su conocido antiguo Dickon, cuya figura no era fácil olvidar habiendole visto una vez: pero no podia imaginarse de que modo habia podido llegar tan á tiempo. Tampoco podia comprender por que se habia interpuesto con tanta energía, y sobre todo como podia tener tanto influjo sobre Leicester.

Pero la carta era muy suficiente por sí sola para causar efectos mas admirables todavia. Era la que la pobre Amy habia escrito á su esposo, esponiendole los motivos que la habian forzado á huir de Cumnor, y de que manera habia puesto en ejecucion su proyecto. Deciale que se habia refugiado á Kenilworth por implorar su proteccion, y le explicaba las circunstancias que la habian conducido al cuarto de Tresilian, suplicandole le asignase al punto un asilo mas conveniente. Concluía la carta con las mas solemnes protestas de un afecto inviolable y de una sumision absoluta á su voluntad en todo, y con particularidad en cuanto podia tener relacion con su actual estado, y el retiro que de ella exigia, pidiendo, como único favor, la sacase de entre las manos de Varney.

Al acabar de recorrer la carta, Leicester la dejó caer al suelo.

— Tome vm. mi espada, Tresilian, dijo

entónces, y atraveseseme vm. el corazon, comò queria yo atravesarle el suyo hace un instante.

— Milord, dijo Tresilian, me ha hecho vm. una grande injusticia, pero una voz interior me ha repetido siempre que era efecto sin duda de algun error inconcebible.

— ¡Error fatal! dijo Leicester, y entregó la carta á Tresilian: me han hecho creer que un hombre de honor era un malvado, y un servidor infiel y disoluto me parecia el mejor de los hombres. ¡Muchacho miserable! ¿como llega hoy á mis manos esta carta? ¿donde se ha detenido el que debia entregarmela?

— No me atrevo á decirselo á vm., milord, dijo el muchacho, queriendo alejarse; pero ahí está el mensagero.

Al mismo tiempo llegó Wayland, y contestó á las preguntas que le hizo Leicester, explicando todas las circunstancias de su huida con Amy, las medidas criminales que la habian forzado á escaparse, y su deseo de ponerse bajo la proteccion de su esposo. Puso por testigos á los criados de Kenilworth, que no podian haber echado en olvido las preguntas reiteradas que ella les habia hecho sobre el conde de Leicester, luego que llegó.

— ¡Bribones! exclamó el conde: ¡indigno

Varney, el mas infame de todos! ¡y Amy se halla en este instante en su poder!

— Pero ¿ha recibido, dijo Tresilian, alguna órden funesta?...

— No, no, respondió el conde muy aprisa. Habia dicho alguna cosa en un acceso de cólera, pero esa órden ha sido revocada enteramente por medio de un correo que salió poco despues. Ella está ya, no hay duda, *debe* estar libre de todo riesgo.

— Sí, dijo Tresilian, ella *debe* estar libre de todo riesgo, y yo *debo* creerlo asi. Mi querella particular con vm., milord, se acabó; pero tengo otra todavía con el seductor de Amy Robsart, que se ha servido del infame Varney como de una cubertera para ocultar sus maldades.

— ¡El *seductor* de Amy! replicó Leicester con voz terrible, ¿diga vm. su esposo, su esposo engañado, obcecado, su indigno esposo! tan cierto es que ella es condesa de Leicester, como que yo soy caballero. Estoy pronto á hacerle todo género de justicia de muy buena gana, y no necesito añadir que no temo los medios que vm. pudiera adoptar para obligarme á ello.

La generosidad de Tresilian no le permitió hacer alto en ninguna consideracion personal, y todos sus pensamientos recayeron de

repente sobre la suerte de Amy Robsart. No tenia la mayor confianza en las mudables resoluciones de Leicester, que se hallaba demasiado agitado para dejarse guiar por la recta razon, y á pesar de las promesas del conde, no podia creer que se hallase Amy fuera de peligro mientras estuviese en manos de tales gentes.

— Milord, dijo con calma, no tengo intencion de ofender á vm., y estoy muy léjos de buscar nuevas querellas; pero los deberes que tengo que cumplir para con sir Hugo Robsart me obligan á ir al punto á decir á la reina lo que pasa, para que el rango de la condesa sea reconocido como debe serlo.

— No, señor, replicó el conde con orgullo, no sea vm. tan atrevido, ni pretenda intervenir en mis asuntos personales; solo la voz de Dudley proclamará la infamia de Dudley. Voy á declararlo todo á Isabel, y en seguida volaré á Cumnor como un relámpago.

Al decir esto, desató el caballo, puso el pié en el estribo, y corrió ácia el castillo á carrera tendida.

— Lleveme vm. consigo, señor Tresilian, dijo Flibbertigibbet al verle montar á caballo con la misma precipitacion: mi historia aun no está concluida, necesito de la proteccion de vm.

Tresilian accedió á su demanda, y siguió al conde. En el camino el muchacho le confesó, con el mayor respeto, que creyendo tener derechos á la confianza de Wayland, y picado del modo con que eludia todas las preguntas acerca de la dama que habia acompañado, se habia vengado ocultando la carta que Amy le habia dado para el conde de Leicester. Tenia la intencion de entregarsela por la tarde á él mismo, por estar seguro de encontrarle, teniendo que representar Wayland el papel de Arion en el espectáculo. Se habia asustado algun tanto al leer el sobrescrito; pero habia pensado tambien que Leicester no debia volver al castillo hasta la noche, y que por consiguiente Wayland no podia entregarsela ántes.

Peró Wayland no se dejó ver (porque segun hemos dicho, le habia echado del castillo Lambourne); Flibbertigibbet no pudo encontrarle, y no habiendo podido hallar ocasion de hablar á Tresilian, empezó á temer las consecuencias de su travesura, viendose comprometido por retardar asi una carta dirigida á un personage tan considerable como el conde de Leicester. La reserva ó mas bien el temor que Wayland habia manifestado con respeto á Lambourne y Varney, le hizo creer que la carta debia ser entregada al conde en

propia mano, y que podía causar perjuicio á la dama dandosela á cualquier criado. Habia procurado inútilmente obtener una audiencia de Leicester, porque los criados insolentes á quienes se habia dirigido con ese objeto le habian repelido al verle tan mal vestido y tan feo.

Habia estado muy cerca de lograr sus deseos, cuando, en virtud de sus pesquisas, halló en la gruta la cajita que no podía dudar pertenecía á la condesa, por haberla visto durante el viage; pues nada se escapaba á su perspicacia. Despues de haber procurado entregarla á Tresilian ó á la condesa, la habia puesto (como hemos visto) en manos de Leicester; pero no le habia conocido por desgracia, por hallarse disfrazado.

Al fin Dickon estuvo cerca de lograr su deseo la noche de las máscaras; pero al querer hablar al conde, se le adelantó Tresilian. Y como tenia un oido tan fino, los habia escuchado cuando se desafiaron, y se propuso acudir al mismo tiempo al *lugar del Placer*. Resolvió seguirles los pasos, porque empezaban á darle cuidado los rumores que corrian acerca de la dama entre los criados.

Una casualidad impidió á Dickon seguir los pasos del conde, y cuando llegó al pórtico, encontró á los dos adversarios riñendo. Acudió á dar aviso á la guardia, conociendo que

su travesura debia ser la causa de aquel lance que pudiera tener funestas resultas. Habiendose escondido en el pórtico, oyó tambien el segundo desafio entre Leicester y Tresilian. Por consiguiente habia seguido á los dos los pasos durante el combate de los habitantes de Coventry, cuando conoció, no sin grande sorpresa, á Wayland que estaba disfrazado, aunque no de un modo capaz de hacerse desconocido á la vista perspicaz de un compañero antiguo. Se separaron del gentío para comunicarse mutuamente sus desiguos. Dickon confesó á Wayland todo lo que acabamos de contar, y el artista le informó igualmente de que su grande inquietud sobre la suerte de la dama le habia hecho volver al castillo, luego que le hubieron dicho en un pueblo, separado como unas diez millas, en donde se hallaba muy de mañana, que Varney y Lambourne, á quienes temia, habian salido de Kenilworth la noche anterior.

En medio de su conversacion vieron á Leicester y Tresilian separarse de la multitud, y los siguiéron hasta el sitio en que montaron á caballo. Entónces fué cuando Dickon que, como sabe muy bien el curioso lector, tenia muy buenas piernas, llegó tan á tiempo para salvar la vida de Tresilian. Al acabar su historia el muchacho, bajaron á la torre de la galería.

CAPITULO XLII.

Apénas se asoma el sol
 Por las puertas del Oriente,
 La noche huye de repente
 En vista de su arrebol.
 Asimismo la verdad,
 Mostrando su luz un día,
 Hará huir la hipocresía,
 El error y falsedad.

Versos antiguos:

CUANDO Tresilian atravesó el puente que habia sido el teatro de una diversion tan tumultuosa, no pudo menos de notar que durante su corta ausencia todos los semblantes se habian cambiado de un modo muy singular. Se habia acabado ya el combate burlesco; pero los combatientes, conservando aun sus disfraces, formaban corrillos, como los habitantes de una ciudad cuando estan alborotados con alguna grande noticia.

El patio exterior le ofreció el mismo espectáculo. Los criados, las gentes de la comitiva del conde, y los oficiales subalternos de la casa, estaban reunidos y se hablaban en voz

baja, mirando continuamente ácia las ventanas de la sala grande con misterio é inquietud.

El primer conocido con que topó Tresilian fué sir Nicolas Blount, que, sin darle lugar á hacerle preguntas, le dijo lo siguiente:

— Dios te perdone, Tresilian, tú eres mas á propósito para vegetar en el campo, que para desempeñar el papel de cortesano. ¿ En donde está aquel fervor que conviene á un hombre de la comitiva de su magestad? Te llaman en el castillo, te desean, te aguardan para un asunto que ninguno puede desempeñar por ti, ¿ y te vienes con un mico entre los brazos, como si fueses su nodriza?

— ¿ Como! ¿ que hay pues? dijo Tresilian mientras saltaba á tierra el muchacho, y se apeaba él del caballo.

— Ninguno lo sabe, á fé mia, replicó Blount: no sabemos de que se trata, ni yo mismo lo sé tampoco, aunque tengo tan buenas narices como los demas cortesanos. Lo cierto es que milord de Leicester acaba de atravesar el puente á carrera, como si hubiera querido atropellar á todo el mundo: ha pedido una audiencia á la reina, y está en este momento mismo encerrado con ella, en compañía de Burleigh y Walsingham: te han llamado, y nadie sabe si se trata de alguna traicion, ó de alguna cosa peor todavia.

— Es muy cierto, por vida de sanes, dijo Raleigh que llegaba entónces. Es preciso que se presente vm. al punto á la reina.

— No hay que apresurarse, Raleigh, dijo Blount, no volvamos al cuento de las botas. Vete por Dios á mi cuarto, y ponte mis medias de seda de color de rosa: no las he usado sino dos veces.

— Vamos, respondió Tresilian, querido Blount, cuida de este muchacho, tratale bien, pero que no te se escape, pues importará mucho tal vez tenerle á la mano.

Al decir esto, siguió á Raleigh á toda prisa, dejando á su buen amigo Blount, que los vió alejarse, teniendo al muchacho con una mano, y la brida del caballo con la otra.

— Ninguno me llama para darme parte en estos misterios, y Tresilian me deja plantado aquí con un niño y un caballo. No tengo inconveniente en pasar al otro lado, porque me gustan los buenos caballos; pero ¿tener que cuidar de semejante jímio! ¿De donde vienes, gracioso muchacho?

— De las lagunas.

— ¿Y que has aprendido allí?

— A coger gansos con sus patas anchas y sus medias amarillas.

— ¡Cáspita! dijo Blount mirando las enormes rosetas de sus zapatos. Segun eso, no

será el hijo de mi madre el que te volverá á hacer otras preguntas.

Al mismo tiempo Tresilian atravesó la sala grande de un lado al otro. Estaba llena de corrillos de cortesanos, que hablaban entre ellos admirados y con mucho misterio. Todos tenían la vista inclinada ácia la entrada de la habitacion de la reina. Raleigh se acercó á la puerta, llamó Tresilian, y al punto le diéron entrada. Todos los asistentes alargaban el cuello para poder registrar lo que pasaba dentro del cuarto; pero la alfombra, que cubria la puerta, cayó al momento, dejandolos á todos con un palmo de narices.

Al entrar, Tresilian se halló, no sin alguna turbacion, delante de Isabel. Paseabase ella aprisa, dominada por una violenta agitacion que no procuraba ocultar al parecer, miéntras dos ó tres de sus mas íntimos consejeros se miraban inquietos, y aguardaban, ántes de hablar, que se le hubiese apaciguado la cólera. Delante de la silla poltrona en que habia estado sentada, y que se hallaba en desórden por la violencia con que se habia dejado caer sobre ella, estaba Leicester de rodillas, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando al suelo, inmóvil y mudo como estatua de mausoleo. A su lado se hallaba el lord Shrewsbury, entónces conde

mariscal de Inglaterra, con el baston de su dignidad en la mano. La espada de Leicester estaba delante de él en el suelo.

— ¡Holá, señor! dijo la reina acercandose á Tresilian, y dando una patada con el gesto y ademan del mismo Enrique VIII, vm. conoce á fondo todo este lindo negocio, vm. es cómplice de la decepcion de que somos el juguete; vm., vm. ha sido una de las causas principales de la injusticia que habemos cometido.

Tresilian cayó de rodillas delante de la reina: su buen juicio y discernimiento le hicieron ver el riesgo que habia en querer defenderse en tal momento de irritacion y enojo.

— ¿Eres mudo, Tresilian? continuó la reina. Tú conoces esta intriga, tú la conoces, ¿no es verdad?

— Ignoraba, debo confesarlo á vuestra magestad, respondió Tresilian, ignoraba que aquella pobre dama fuese condesa de Leicester.

— Y nadie la reconocerá como tal, dijo Isabel. ¡Muerte de mi vida (1)! ¡condesa de Leicester!... la señora Amy Dudley, quiero

(1) Tenemos dicho que era habitual en Isabel esta exclamacion, y por eso la traduzco literalmente, segun aquello: *Distingue tempora et concordabis jura.*

(El Traductor español.)

decir.... No será poca su dicha, si no tiene que firmar: la viuda del traidor Roberto Dudley.

— Señora, dijo Leicester, tratadme como gustéis, pero no culpeis en nada á este gentilhombre que se halla enteramente inocente.

— ¿De que le servirá tu intercesion? dijo la reina dejando á Tresilian que se levantó con lentitud, y dirigiendose á Leicester que conservaba aun la misma postura: ¿de que le podrá servir? ó tú dos veces infiel, dos veces perjuro, tú, cuya maldad me ha hecho ridícula á los ojos de mis súbditos, y odiosa á mí misma. Quisiera arrancarme los ojos, para castigar su ceguedad.

Burleigh se atrevió á hablar así:

— Señora, acuerdese vm. de que es reina, reina de Inglaterra, madre de sus súbditos. No se abandone vm. al torrente de esa cólera impetuosa.

Isabel se volvió ácia él, y se asomaban las lágrimas á sus ojos inflamados de orgullo y rabia.

— Burleigh, le dijo, eres un hombre de estado; tú no comprendes, no, no, tú no puedes comprender cuanta amargura y desprecio ha derramado este hombre sobre mi corazon.

Con la mas grande circunspeccion, con la

veneracion mas profunda, cogió Burleigh la mano de la reina al ver que iba á despedazarse su corazon, y la sacó aparte junto á una ventana separada de los espectadores.

— Señora, dijo, soy ministro, pero no dejo de ser hombre. He envejecido en los consejos de vuestra magestad: no deseo ni puedo desear mas en este mundo que la gloria y la felicidad de Isabel. Calmese vuestra magestad por Dios.

— ¡Ah! Burleigh, dijo Isabel, ¡tú no sabes!... y se bañaron entónces sus mejillas de lágrimas á pesar de sus esfuerzos.

— Ya lo sé, todo lo sé, mi gloriosa soberana, ¡y cuidado con que otras personas lleguen á sospechar lo que ignoran!

— ¡Ah! dijo Isabel deteniendose como si se hubiesen presentado nuevas ideas á su imaginacion: Burleigh, tienes razon, tienes muchísima razon; todo menos la deshonra, todo menos confesar mi flaqueza, todo menos pasar plaza de chasqueada, despreciada... ¡Muerte de mi vida! esta idea sola me causa la mayor desesperacion.

— Muestre vm., señora, su valor ordinario, dijo Burleigh, hagase vm. superior á una flaqueza que jamas sospechará ningun Inglés en su Isabel, á no ser que la violencia de sus

pesares lleve hasta el fondo de su pecho un triste convencimiento.

— ¡Que flaqueza, milord! dijo Isabel con orgullo; ¿pretende vm. tambien dar á entender que el favor con que honraba yo á ese traidor orgulloso traia su origen de algun tierno interes? Pero no pudiendo sostener mas largo tiempo el tono altivo que habia tomado, añadió despues: ¿A que fin engañarte, á tí, mi servidor sabio y fiel?

Burleigh se inclinó para besar afectuosamente la mano de Isabel, y ¡cosa rarísima en los anales de las cortes! lágrimas sinceras cayéron de los ojos del ministro sobre la mano de su soberano.

Es probable que la certeza íntima que tenia Isabel de inspirar este interes á Burleigh la ayudó á soportar su mortificacion y á reprimir su escésivo resentimiento; pero la obligó mas á ello todavía el miedo que tenia de descubrir al público, con el esceso de su cólera, la afrenta y la confusion que en su cualidad de muger y de reina deseaba con tal ansia ocultar. Dejó á Burleigh, y se paseó en la sala con gesto severo, hasta que sus facciones hubieron recobrado su dignidad habitual, y su ademán aquella grandeza que le daba su porte noble y magestuoso.

— Nuestra soberana vuelve á ser la sabia Isabel, dijo Burleigh aparte á Walsingham; observe vm. lo que va á hacer, guardandose bien de replicarla.

Isabel se acercó entónces á Leicester, y dijo con mucha calma:

— Milord Shrewsbury, dejad en libertad á vuestro preso. Milord de Leicester, levantese vm., y ciña su espada. Un cuarto de hora de arresto á disposicion de nuestro mariscal, no creemos, milord, que sea un castigo muy severo de la falsedad de que os habeis hecho culpable para con nuestra persona durante tan largo tiempo. Queremos oír ahora la serie de este asunto.

Sentóse entónces, y dijo:

— Acerquese vm., Tresilian, y díganos lo que sabe.

Tresilian contó su historia con su generosidad natural, suprimiendo en lo posible todo lo que podia perjudicar á Leicester, y pasando en silencio los dos desafíos. Es probable que obrando de este modo hizo al conde un servicio muy señalado: pues si hubiese encontrado la reina en aquel momento alguna ofensa que le hubiera permitido exhalar su cólera contra Leicester, sin manifestar los sentimientos que la humillaban, no lo habría seguramente pasado bien el conde.

Reflexionó algun tiempo cuando Tresilian concluyó su relacion, y dijo despues:

— Ese Wayland quedará á nuestro servicio, y pondrémos al muchacho en una de las plazas de la secretaría, para que aprenda á respetar las cartas en lo sucesivo. En cuanto á vm., Tresilian, ha hecho vm. mal en no comunicarnos toda la verdad, tal como era, y la promesa que habia vm. hecho era imprudente y culpable. Sin embargo, habiendo dado su palabra de honor á esa infeliz señora, era un deber en un hombre, en un caballero, cumplirla fielmente: en suma, merece toda nuestra aprobacion la conducta que ha tenido vm. en este asunto. Milord de Leicester, á vm. toca ahora el decirnos la verdad, aunque hace ya mucho tiempo que no lo acostumbra.

En consecuencia le sonsacó, á fuerza de preguntas, toda la relacion de sus primeras conversaciones con Amy Robsart, su casamiento, sus zelos, los motivos en que los fundaba, y otras muchas particularidades. La confesion de Leicester, pues era una verdadera confesion, le fué arrancada á pedazos; sin embargo era bastante exacta, pues solo omitió enteramente el referir que habia consentido en los proyectos criminales de Varney sobre la vida de la condesa. Esta idea era no obstante la que mas le daba que hacer; y

aunque confiaba en gran parte en la contra-orden positiva que habia enviado con Lambourne, era su intencion ir en persona á Cumnor, despues de haberse despedido de la reina, que, segun él se imaginaba, iba á partir al punto de Kenilworth.

Pero no contaba con la huéspedea. Es verdad que su presencia y sus declaraciones eran hiel y vinagre para la que le habia querido tanto. Pero no pudiendo echar mano de otra venganza mas directa, notó la reina que sus preguntas daban tormento á su infiel amante, y las continuaba con esa mira, sin hacer mas caso de sus propios sufrimientos, que el salvage de sus manos, que queman las tenazas encendidas con que arranca las carnes de su enemigo.

Al fin no obstante el altivo conde, semejante á un ciervo que se vé acosado por los cazadores y los perros, dió á entender que se habia agotado su paciencia.

— Señora, he sido muy culpable, la dijo, mas tal vez de lo que vm. lo ha dicho en medio de su justo enojo; sin embargo, señora, permitame vm. decir que mi delito, si es imperdonable, no ha sido cometido sin provocacion; y que si la hermosura y una dignidad afable son capaces de seducir el débil corazon de un hombre, puedo alegar entrámbos mo-

tivos, que son los que me han determinado á ocultar ese secreto á vuestra magestad.

La reina, al oir semejante respuesta que Leicester tuvo buen cuidado de darle en voz baja, no supo que decir por el pronto, y el conde tuvo la temeridad de proseguir su ventaja.

— Vuestra magestad, que se ha manifestado ya tan indulgente, me permitirá invocar su clemencia real en favor de las espresiones que aun ayer mañana no fuéron miradas sino como una ofensa muy ligera.

La reina enfadada, y mirandole de hito en hito mientras hablaba, le replicó en estos términos:

— Por vida de Dios, milord, tu desfachatez pasa todos los límites, y apura toda mi paciencia; pero de nada servirá. ¡Holá! milores, vengan vms. todos á escuchar una noticia: el casamiento clandestino de milord Leicester me ha privado de un esposo y á la Inglaterra de un rey. Su señoría es enteramente patriarcal en sus gustos; una muger sola no basta para él, y *nos* reservaba el honor de ser su segunda. Ahora pues, ¿no es la mayor insolencia que no haya podido honrarle con algunas pruebas de mi favor, sin que tuviese al punto la presuncion de creer á su disposicion mi mano y mi corona? Vms.,

milores, tienen sin embargo mejor opinion de mí, y me causa este hombre ambicioso la misma compasion que me causaria un niño que viese deshacerse una bola de jabon entre sus manos. Vamos á la sala de recibimiento. Milord de Leicester, os ordenamos seguirnos y hallaros á nuestro lado.

Toda la sala estaba impaciente por querer satisfacer todos su curiosidad; pero ¡cual fué su admiracion, cuando dijo la reina á los que estaban allí cerca!

— Las diversiones de Kenilworth aun no se han agotado, milores y señoras, nos falta celebrar las bodas del noble propietario de este castillo.

Aquí hubo un murmullo general causado por la sorpresa.

— Asi como suena, empeñamos nuestra real palabra, dijo la reina; le ha parecido mejor tener oculto su casamiento, para procurarnos el placer de esta sorpresa. Ya veo que tienen vms. terribles ganas de saber quien es la muger de Leicester: es Amy Robsart, aquella que, para acabar de divertirnos ayer, hizo en la farsa el papel de muger de Varney, su criado.

— Por amor de Dios, señora, dijo el conde acercandose á ella con la humildad y confusion que se leian en su semblante, y en voz

baja para que ningun otro le oyese, disponed de mi cabeza, ejecutando las amenazas que os ha dictado el enojo, pero suspended esos insultos, no piseis asi un gusano que está ya medio muerto.

— ¿Un gusano, milord? dijo la reina, ¿un gusano? decid mas bien una culebra; es un réptil mas noble, y la comparacion será mas exacta. La culebra helada que vm. conoce, y que fué abrigada en el seno de alguna persona....

— Por vuestro amor, señora, por mí mismo, dijo el conde, miétras me resta alguna razon....

— Hable vm. mas alto, milord, dijo Isabel, y sin acercarse tanto, si es posible, que me destroza vm. el peinado. ¿Y que tiene vm. que pedir?

— El permiso, dijo el pobre conde con sumision, de partir al momento para Cumnor.

— Para traer aquí la novia, ¿no es eso? Está muy puesto en razon; pues, segun parece, ha caído la pobrecilla en muy malas manos; pero, milord, no puede vm. ir en persona. Hemos determinado pasar algunos dias en este castillo de Kenilworth, y seria cosa harto incivil privarnos de la presencia de nuestro buen huésped en el poco tiempo que vamos á permanecer en él. Si vm. no lo ha

por enojo, no podemos someternos á semejante afrenta á la vista de nuestros súbditos. Tresilian irá á Cumnor en lugar de vm., y un gentilhomme de nuestra cámara le acompañará, para que milord de Leicester no tenga zelos de su antiguo rival. ¿Quién quieres que te acompañe, Tresilian?

Tresilian pronunció con sumision el nombre de Walter Raleigh.

— Sí, por cierto, dijo la reina, has hecho buena eleccion. Raleigh es un caballero joven, y no será malo que empiece la historia de sus aventuras sacando de un encierro á una hermosa dama. Es preciso que sepan vms., señores y señoras, que Cumnor es propriamente un encierro. Hay allí tambien ciertos malandrines, que quisiéramos ver en nuestro poder muy bien guardados. Señor secretario, enviad una orden de asegurarse de las personas de Ricardo Varney y de Alasco; que los traigan aquí muertos ó vivos; lleven vms. una buena escolta. Señores, conduzcan vms. la dama á Kenilworth con toda decencia sin perder tiempo, y Dios vaya con vms.

Se inclinaron respetuosamente y salieron. ¿Quién podrá describir el modo con que fué empleado el fin de este día en Kenilworth? La reina que parecia no haberse quedado allí sino con el único objeto de insultar y mortifi-

ficar al conde de Leicester, se mostró tan hábil en emplear todos los medios de usar de la venganza mugeril, como lo era en el arte de gobernar sabiamente sus pueblos. La corte obedeció las intenciones de la soberana, y el señor de Kenilworth sufria, en medio de sus fiestas y en su mismo castillo, la suerte de un cortesano desgraciado, por la tibieza y despego de los amigos que se disponian á abandonarle, y el triunfo de que se gloriaban ya sus enemigos declarados. Sussex, con la franqueza militar que le era característica, Burleigh y Walsingham por su sagacidad y penetracion, y algunas damas guiadas por la compasion que honra y distingue á su sexo, fuéron las únicas personas de aquella corte numerosa que conservaron con Leicester la misma conducta y semblante que habian tenido por la mañana.

Habia estado Leicester tan acostumbrado á considerar el favor de las cortes como el objeto principal de toda su vida, que todos los demas sentimientos se viéron como anegados durante algun tiempo entre los tormentos y aflicciones que causaban á su ánimo orgulloso las repetidas humillaciones y los desprecios estudiados que le acosaban por todas partes. Pero cuando se retiró por la noche á su cuarto, la grande y soberbia trenza de

cabellos, que habia atado la carta de Amy, se ofreció á su vista, y, como la virtud mágica de un talisman, despertó en su corazon sentimientos mas nobles y dulces. La besó mil veces, y acordandose de que estaba aun en su arbitrio evitar los sufrimientos que acababa de tolerar, retirandose á esta morada magnífica y digna de un príncipe, con la hermosa y tierna compañera que debia hacerle feliz, conocia que podria hacerse superior á la venganza que habia empleado con él Isabel.

De esta manera mostró Leicester el dia siguiente tan noble serenidad de alma, se ocupó de tal modo en obsequiar á sus huéspedes, desentendiendose de su conducta personal para con él, estuvo tan respetuoso con la reina, sufrió con tanta paciencia todos los disgustos que procuraba darle, que Isabel cambió de conducta, y aunque continuó mostrandose tibia y altiva, no volvió á hacerle directamente ninguna afrenta. Dió tambien á entender con aspereza á los que, queriendo adularla, se portaban algo descomedidos con el conde, que mientras permaneciesen en Kenilworth, debian tener con él las consideraciones propias de unos huéspedes con el señor del castillo. En fin, todo cambió de semblante en veinte y cuatro horas, de suerte que los cortesanos mas experimentados y los mas finos,

previendo que era posible que Leicester volviese á verse en favor, arreglaron su conducta de manera que pudiesen alegar un dia como mérito el no haberle abandonado en los momentos de su desgracia. Tiempo es sin embargo de dejar estas intrigas, y seguir en su viage á Tresilian y Raleigh.

Ademas de Wayland tenian con ellos á un gentilhombre de la cámara de la reina, y dos criados robustos. Estaban todos tan bien armados, y viajaban tan aprisa como lo permitia la necesidad de conservar en buen estado los caballos, porque el viage era largo. Procuraron indagar los pasos que habia dado Varney; pero no les fué posible, porque habia caminado de noche.

En una pequeña aldea, á doce leguas de Kenilworth, donde se detuviéron á dar un pienso á los caballos, un pobre eclesiástico, cura del pueblo, salió de una cabaña, y les suplicó que, si acaso alguno de ellos entendia algo de cirugía, acudiese á ver á un hombre gravemente herido.

Wayland, el empirico, se ofreció de buena gana. Mientras le conducia el cura al sitio designado, supo que el herido habia sido encontrado en el camino real, á una milla del pueblo, por los labradores que iban al campo, y que el cura le habia dado asilo en su casa.

Su herida, que procedia de un balazo, era conocidamente mortal. Pero ¿habia sido herido en combate singular, ó por los ladrones? eso es lo que no se pudo averiguar, porque tenia una calentura violenta, y no estaba en estado de poder conversar ni poco ni mucho. Wayland entró en un cuarto oscuro, y apenas corrió el cura las cortinas de la cama, cuando vió en las facciones del moribundo la figura de Miguel Lambourne. Con el pretexto de ir á buscar alguna cosa de que necesitaba, Wayland voló á advertir á sus compañeros de viage esta circunstancia extraordinaria; y Tresilian y Raleigh corrieron, con la mayor inquietud, á la habitacion del cura para asistir á los últimos momentos de Lambourne.

El miserable se hallaba entónces con las ansias de la muerte, de la que un cirujano mejor que Wayland no hubiera podido librarle, pues la bala le habia atravesado el cuerpo de parte á parte. No habia perdido todavía el uso de los sentidos, pues conoció á Tresilian, y le hizo señas de acercarse; lo que en efecto hizo. Despues de algunas voces mal articuladas, en que solo se podian distinguir los nombres de Varney y lady Leicester, Lambourne le dijo que se diese prisa, si no queria llegar tarde. En vano procuró Tresilian obtener del herido otras noticias:

empezó luego á delirar, y habiendo vuelto á hacer señas á Tresilian para que se acercase, solo fué para pedirle que dijese á su tio Gil Gosling, posadero del *Oso negro*, que habia muerto en su cama al cabo y al fin. Una convulsion verificó su profecía un momento despues, y este encuentro solo sirvió para hacer concebir á nuestros viageros, acerca de la suerte de la condesa, los temores vagos que las palabras últimas de Lambourne debian producir naturalmente. Continuaron su camino con la mayor rapidez, requiriendo caballos en nombre de la reina, luego que los suyos se hallaron fatigados y no pudieron caminar mas.



CAPITULO XLIII.

Miéntas tocaban tres veces á muerto,
Oíase una voz muy delorida,
Y con ala pesada el negro cuervo
A la torre de Cumnor acudia.

MICKLE.

PRECISO es volver ahora á aquella parte de nuestra historia, en la que anunciamos que Varney, con la autoridad del conde de Leicester y el permiso de la reina, se dió prisa en poner á cubierto su perfidia, alejando á la condesa del castillo de Kenilworth. Tenia intencion de partir la siguiente mañana muy temprano; pero reflexionando que el conde podria entretanto serenarse y volver á hablar á la condesa, resolvió salir inmediatamente, para imposibilitar un paso semejante, á que indispensablemente se seguirian el descubrimiento de sus proyectos y su ruina completa. Con esta mira llamó á Lambourne; pero se irritó sobremanera al saber que su fiel servidor habia salido del castillo para irse á picos pardos á las inmediaciones. Como debia volver pronto, sir Ricardo le dejó la orden de

prepararse para acompañarle en un viage, ó ir en su seguimiento, si hubiese salido ya cuando él volviese.

Entretanto Varney echó mano de otro criado, llamado Robin Tider, que sabia en parte los secretos de Cumnor, por haber acompañado mas de una vez al conde en ese viage. Este hombre, cuyo carácter se parecia mucho al de Lambourne, aunque no era ni tan despejado ni tan vicioso, recibió la orden de Varney de aparejar tres caballos, preparar una litera, y disponerse á partir al punto. La excusa bastante natural de la locura de su muger, que todo el mundo creia, disculpaba el modo secreto de salir del castillo, y pensaba servirse del mismo pretesto, si acaso los gritos y la resistencia de la pobre Amy le obligaban á arrancarla por fuerza. Era necesaria tambien la asistencia de Tony Foster, y fué á buscarle Varney.

Foster, áspero por naturaleza y muy poco sociable, y hallandose cansado del viage que habia hecho desde Cumnor á Kenilworth para anunciar la fuga de la condesa, se habia separado temprano del bullicio y las franquichelas. Se habia ido á su cuarto, y dormia profundamente, cuando Varney, que estaba ya pronto á partir, entró con una linterna en la mano con ánimo de despertarle. Detuvose

un instante para escuchar lo que su compañero murmuraba durmiendo, y distinguió muy bien estas palabras: *Ave María, ora pro nobis*. No, no es eso: *libranos de mal*; sí, así va mejor.

— Reza soñando, dijo Varney, y mezcla sus supersticiones antiguas con las modernas. Bien necesitará de otros rezos ántes que yo haya concluido con él. ¡Holá! ¡eh! santurron, hipócrita, dispiertate: vamos, dispiertate, que todavía no te ha despedido el diablo de su servicio.

Al mismo tiempo le sacudía Varney por un brazo, lo que cambió el curso de sus ideas, pues empezó á gritar: ¡ladrones! ¡ladrones! defenderé hasta morir mi dinero, mi dinero bien ganado, que me cuesta tantos sudores: ¿en donde está Juanita? ¿no le ha sucedido nada?

— ¡Nada, mentecato! ¿Que diablos de mugidos son esos? dijo Varney; ¿no tienes vergüenza de meter tanto ruido?

Foster estaba ya entónces enteramente despierto, y sentandose en su cama, preguntó á Varney que queria decir semejante visita, y á tal hora: nada anuncia de bueno, añadió despues.

— Tu profecía es falsa, santurron, dijo Varney; anuncia que ha llegado la hora de

cambiar el arriendo en una acta de propiedad. ¿Que dices ahora?

— Si me lo hubieses dicho en la mitad del dia, dijo Foster, me hubiera alegrado mucho; pero á estas horas de mal agüero, medio á oscuras, y miéntras la palidez de tu rostro pega tan mal con lo que estás diciendo, no puedo menos de pensar mas bien en lo que vas á ordenarme, que en la recompensa que me ofreces.

— ¡Como, mentecato! solo se trata de volver á Cumnor con tu antigua prisionera. A eso está reducido todo.

— ¿No hay mas que eso? dijo Foster. No estás tú tan pálido y desfigurado sin un gran motivo; ¿no hay mas que eso efectivamente?

— No, no hay mas que eso, y quizá alguna otra friolerilla ademas, dijo Varney.

— ¡Ah! replicó Foster, tu palidez va siempre en aumento.

— No hagas caso de eso, dijo Varney, es el reflejo de esta luz miserable. Levantate, y vamos. Acuérdate de Cumnor, y del acta de propiedad. ¿Que tal? podrás poner una tienda de conferencias semanales, y ainda mais, como dice el Gallego, dar á Juanita un dote como si fuera hija de un baron. Setenta libras esterlinas ó mas.

— Setenta y nueve libras, cinco chelines,

y cinco sueldos y medio, además del valor de la leña, dijo Foster; ¿y tendré todo eso en propiedad?

— Todo, amigo mio, todo hasta las arduillas. No podrá cortar un gitano una rama de un árbol, no podrá un niño coger un nido de tordos en tu hacienda, sin pagarte lo que valga. Vamos, que eso va muy bien; vistete al momento. Los caballos están prontos, todo está listo, escepto ese pícaro bribón de Lambourne que se ha ido por esos mundos de Dios.

— Vea vm. lo que es, sir Ricardo, dijo Foster, vm. no quiere hacer caso de lo que yo le digo: siempre le he dicho á vm. que ese pícaro borracho faltará á su deber en la mejor ocasion. En su lugar hubiera podido yo colocar á algun muchacho juicioso y de conducta.

— Sí, ¿algun hipócrita de tu congregacion? tambien pudiéramos emplearle. ¡Bendito sea Dios! necesitamos operarios de todas clases. Muy bien, no te olvides de las pistolas: vamos, ahora no hay mas que echar á andar.

— ¿Adonde vamos? dijo Antonio.

— Al cuarto de la señora, y cuidado que es preciso que vaya con nosotros. Tú no te asustarás si empieza á gritar.

— No por cierto, con tal que podamos fundarnos en algun pasage de la Escritura:

;*Mugeres, obedeced á vuestros maridos!* Pero ¿permiten las órdenes de milord poder usar de violencia?

— Toma, Antonio, aquí está su anillo, respondió Varney.

Habiendo refutado así las objeciones de su socio, fuéron juntos á la habitacion del lord Hunsdon, y despues de haber informado al centinela acerca del objeto de su visita, entráron en el cuarto de la pobre condesa.

No puede concebirse cual fué el horror de Amy, cuando al despertarse de repente vió á su lado á Varney á quien tanto tenia y detestaba. Algun consuelo fué para ella el notar que no se hallaba solo, aunque tampoco le agradaba nada su compañero.

— Señora, dijo Varney, no es tiempo de andarse en ceremonias; milord de Leicester, obligado por la urgencia de las circunstancias, envia á vm. la orden de ir con nosotros al punto á Cumnor; he aquí su anillo, que es una prueba de su espesa voluntad.

— Es una impostura, respondió la condesa, has robado esa prenda... Eres capaz de todas las maldades, desde la mas atroz hasta la mas baja.

— Lo que digo á vm. es verdad, señora, dijo Varney, y es tanta verdad, que si no se dispone vm. inmediatamente á venir con nos-

otros, nos veremos obligados á llevarla por fuerza.

— ¡ Por fuerza!.... ¡ No te atreverias á hacerlo.... porque eres un cobarde! exclamó la desdichada condesa.

— Eso es lo que me falta probar, señora, dijo Varney, que pensaba valerse del terror como único medio de domeñar aquella alma altiva: no me obligue vm. á usar de ese medio, porque seré en tal caso un camarero muy duro.

Esta amenaza hizo á la pobre Amy prorrumpir en unos gritos tan terribles, que si no la hubiesen tenido por loca, hubieran acudido á socorrerla lord Hunsdon y otras personas; pero echando de ver que sus gritos eran inútiles, se dirigió á Foster en los términos mas persuasivos, y le suplicó, por el honor y la inocencia de su hija Juanita, no sufriese que la tratasen con tal indignidad.

— ¡ Como así, señora! dijo Foster, las mugeres deben obedecer á sus maridos: es una ley espresa de la Escritura. Y si se viste vm. misma para venirse con nosotros sin hacer resistencia, nadie la tocará ni aun el pelo de la ropa, mientras pueda yo disparar una pistola.

Al ver que no llegaba ningun socorro, y asegurada tambien por la respuesta de Foster,

á pesar de su tono áspero, prometió la condesa levantarse y vestirse, con tal que se fuesen al cuarto inmediato. Varney la aseguró entónces que nada tenia que temer, ni por su honor ni por su seguridad, mientras estuviese en su poder; y prometió no acercarse á ella, ya que su presencia le era tan desagradable. Su esposo de vm., añadió, llegará á Cumnor un dia despues que nosotros.

Algo consolada con esta promesa, aunque no creia poder contar mucho con ella, la pobre Amy se vistió á la luz de la linterna que le dejó Varney cuando salió del cuarto.

Se levantó Amy derramando lágrimas, temblando, y haciendo súplicas al cielo, con sensaciones bien diferentes de las que solia tener cuando se adornaba en otro tiempo con toda la satisfacción y el amor propio de una niña bonita que conoce hasta donde llega el poder de sus gracias y atractivo.

Empleó todo el tiempo que pudo en vestirse, hasta que amedrentada con la impaciencia que mostraba Varney, se vió precisada á decir que estaba ya pronta.

Al momento de partir, se acercó la condesa á Foster, manifestando que tenia tanto miedo de Varney, que le protestó este, con un juramento solemne, que de ningun modo pensaba en acercarse á ella.

— Si consiente vm., añadió, en obedecer á la voluntad de su esposo, no me verá sino muy rara vez. Cuidará de vm. el guía que su buen gusto prefiere por ahora.

— ¡La voluntad de mi esposo! exclamó ella: es la voluntad de Dios, y este motivo es muy suficiente.... Seguiré al señor Foster con la docilidad de una víctima que llevan al sacrificio. Foster es padre por lo menos; será tratada con decencia, sino con humanidad. En cuanto á tí, Varney, te lo repito, y lo diría al espirar, no conoces esos dos sentimientos.

Varney se contentó con responder que estaba á su arbitrio el escoger, y se fué adelante mostrándoles el camino. La condesa, apoyándose en Foster y casi arrastrada por él, fué trasportada desde la torre de San Lowe á la puerta secreta, en donde Tider aguardaba con la litera y los caballos.

La condesa se dejó poner en la litera, y vió con gusto que al mismo tiempo que Foster iba junto á la portezuela, el odioso Varney se quedaba detras á alguna distancia; y pronto le perdió de vista enteramente.

Amy se aprovechó de los rodeos que había en el camino, para echar la última ojeada á aquellas torres magníficas de que era señor su esposo, y que brillaban aun por aquí y

por acullá con el resplandor de las luces de la fiesta. Pero cuando no le fué ya posible descubrirlas, dejó caer la cabeza sobre su seno, y se puso en manos de la Providencia.

Ademas del deseo que tenia Varney de que la condesa continuase tranquilamente el viage, entraba tambien en sus miras tener una conversacion á solas con Lambourne, por quien esperaba ser alcanzado muy pronto.

Conocía el carácter de este hombre resuelto, cruel y codicioso, y le miraba como al agente mas propio para ejecutar sus designios.

A las dos horas de su salida, ó poco mas, oyó por fin el galope de un caballo, y se reunió á él Miguel Lambourne.

Como estaba tan enfadado por su tardanza, hizo Varney al bribon de su criado un recibimiento de los mas duros.

— Borracho holgazan, le dijo, tu pereza y tu mala conducta te llevarán pronto á la horca, y ¡ojalá fuera mañana!

Esta severa repasata no fué del gusto de Lambourne, que echó en olvido su docilidad acostumbrada, porque tenia los cascos á la ginetá, no solamente por el vino que había bebido segun su loable costumbre, sino por la especie de conversacion confidencial que acababa de tener con el conde, y el conoci-

miento del secreto de que se había apoderado su curiosidad.

No sufriria insolencias, asi decia, del mejor caballero del mundo. Lord Leicester le habia detenido para un asunto importante, y esta razon debia bastar á Varney que, en resu-
midas cuentas, no era mas que un criado como él.

Varney quedó no poco sorprendido al oír semejantes impertinencias; pero atribuyendolas á la borrachera, no se dió por entendido, y empezó á sondear á Lambourne para saber si accederia á quitar de enmedio el único obstáculo que se oponia á que llegase el conde á elevarse á un rango en que pudiese recom-
pensar á sus fieles servidores aun mas allá de sus deseos.

Como Miguel Lambourne mostrase no comprender bien lo que le proponia, le indicó Varney claramente que la persona que iba en la litera era el obstáculo en cuestion.

— ¡Ya, ya! sir Ricardo, escuche vm. lo que le digo, respondió Miguel: hay gentes que saben sobre eso mas que otros; ¿está vm.? y los hay tambien que son mas malos que otros. Sé cuales son acerca de ese asunto las intenciones de milord, mejor que vm., pues me lo ha dicho todo. Aquí estan sus órdenes en esta carta, y sus últimas palabras

han sido estas: — Miguel Lambourne, me ha dicho, pues su señoría me habla como á un hombre que ciñe su espada, y no me trata de borracho y de pícaro, como tales y tales que se dejan hinchar con las nuevas dignidades; Varney, me ha dicho, debe tener todo el respeto posible á mí condesa.... Encargo á vm. cuidar de eso, Lambourne, y pedir espresamente mi anillo á Varney.

— Sí, dijo Varney, ¿ha dicho en efecto todo eso? ¿tú lo sabes todo?

— Todo, todo, y hará vm. muy bien en ser mi amigo mientras las cosas vayan de esa manera.

— ¿No habia allí ningun otro mientras hablaba el conde? preguntó Varney.

— No habia alma viviente, dijo Lambourne; ¿piensa vm. que milord irá á decir sus secretos á ninguno que no sea tan determinado como yo?

— ¡Cierto! dijo Varney, y deteniendose, miró ácia todos lados. La noche era clara y hermosa; la litera iba ya una milla mas adelante, de manera que no podian ser oidos de los que la escoltaban. Por todas partes se notaba un gran silencio, y no se descubria persona ninguna en el camino. Volviendo á conversar Varney con Lambourne, le dijo:

— ¿Te quieres, segun eso, rebelar contra

tu amo, contra el que te ha abierto la carrera de los favores de la corte, contra aquel de quien eres, por decirlo así, un aprendiz, Miguel, y que, en una palabra, te ha manifestado los misterios y escollos de la intriga?

— No me llame vm. Miguel así á secas, respondió Lambourne; tengo un apellido merecedor que mi nombre esté precedido de un *Don* como el de cualquiera otro; y por lo demás, si acaso he estado en aprendizaje, ya pasó el tiempo, y puedo ser un buen oficial.

— Recibe pues tu salario, mentecato, dijo Varney; y sacando su pistola, atravesó á Lambourne de un balazo.

El miserable cayó del caballo sin decir un ay. Varney se apeó, registró sus faltriqueras, y las dejó abiertas de modo que creyesen los que le encontrasen, que le habian muerto algunos ladrones. Se apoderó de la carta del conde, y de la bolsa de Lambourne en que habia algunas monedas de oro. Pero hizo escrúpulo de guardarlas, y arrojó la bolsa, tal como se encontraba, á un riachuelo que atravesaba el camino. ¡Tales inconsecuencias se notan en las conciencias de los hombres! Varney, hombre cruel y sin remordimientos, se hubiera creído degradado guardando algunas monedas del miserable á quien acababa de matar alevosamente.

El asesino volvió á cargar la pistola, despues de haberla limpiado muy bien, y siguió poco á poco la litera á cierta distancia, contento de haberse desembarazado del testigo incómodo de muchas de sus intrigas, y del portador de una órden que de ningun modo queria ejecutar, y que, por consiguiente, se alegraba mucho se creyese no la habia recibido.

Se acabó el viage con una rapidez que probaba el poco caso que hacian de la salud de la condesa. Solo se detenian en los lugares en que estaba todo á las órdenes de Varney, y en donde hubieran creído sin dificultad la supuesta locura de Amy, si hubiese procurado implorar la compasion de los que se acercaban á ella; pero Amy no pudo esperar que la escuchasen aquellas personas con quienes podia hablar un momento á solas, y por otra parte la presencia de Varney le causaba demasiado horror, para atreverse á faltar á la condicion con la que debia escoltarla de léjos durante el viage.

Los continuos viages que Varney habia hecho á Cumnor con el conde de Leicester le habian grangeado un gran crédito en todas las casas de postas, y por esa razon le franqueaban al punto cuantos caballos quisiese: de suerte que la litera se halló cerca de Cumnor

la noche siguiente despues de la salida de Kenilworth.

Entónces fué quando Varney se acercó á la litera, como lo habia hecho de cuando en cuando en el camino, y preguntó: — ¿Que hace?

— Duerme, dijo Foster; quisiera haber llegado ya, se agotan sus fuerzas.

— El descanso las restablecerá, dijo Varney; pronto dormirá mas profundamente... Es preciso alojarla en un lugar seguro.

— ¿Y por que no en la misma habitacion? dijo Foster: he enviado á Juanita á casa de su tia, despues de haberle echado una buena peluca. Podemos fiarnos de las viejas, porque detestan de todo corazon á la condesa.

— Sin embargo no nos fiaremos de ellas, mi amigo Tony. Es preciso encerrarla en el cuarto en donde tienes tu dinero.

— ¡Mi dinero! dijo Antonio asustado: ¿que dice vm.? ¿que dinero quiere vm. decir? ¡Dios me asista! no tengo dinero, y le quisiera tener.

— ¡Mala peste te ahogue, mentecato, animal! ¿Quién te pide tu dinero? Si quisiera yo alguna cantidad, ¿me faltarian mejores medios de encontrarla? En una palabra, el cuarto donde duermes, que has fortificado de un modo tan curioso, será el en-

cierra de la condesa; y tú, salvage, te podrás hundir en los colchones de pluma. Te puedo asegurar que el conde jamas reclamará los muebles ricos de sus cuatro cuartos.

Esta última consideracion acabó de persuadir á Foster, y únicamente pidió á Varney el permiso de adelantarse para prepararlo todo; y picando la espuela al caballo, dejó la litera con la escolta de Tider y de Varney, que la seguian á distancia de unos sesenta pasos.

Quando llegaron á Cumnor, la condesa llamó con instancias á Juanita, y se puso muy triste quando le dijéron que ya no tendria á su servicio aquella amable muchacha.

— Yo quiero mucho á mi hija, señora, dijo Tony con un tono adusto, y no me acomoda que Juanita aprenda demasiado á mentir y á fraguar escapatorias: harto instruida está ya, y perdone vuestra señoría.

La condesa, que se hallaba fatigada y amedrentada aun con las circunstancias que habian precedido su viage, nada respondió á esa insolencia, pero manifestó con dulzura su deseo de ir á su cuarto.

— Sí, sí, dijo entre dientes Foster, está muy puesto en razon; pero disimule vm. si no va por ahora á la habitacion llena de va-

nidades mundanas. Dormirá vm. esta noche en un sitio mas seguro.

— ¡Ojalá estuviera en mi tumba! dijo la condesa; pero nos estremece, sin poderlo remediar, la idea de la separacion del alma y del cuerpo.

— Señora, no tiene vm. motivo de estremecerse con esa idea, dijo Foster. Milord llegará aquí mañana, y sin duda harán vms. las paces.

— Pero ¿es cierto que vendrá, buen Foster? ¿es cierto que vendrá?

— ¡Ya, ya, buen Foster! Pero ¿que Foster seré mañana, cuando hable vm. de mí á milord? aunque todo cuanto he hecho ha sido solo por obedecer sus órdenes.

— Será vm. mi protector, un protector algo áspero á la verdad, pero al cabo protector. ¡Oh! ¡si estuviere aquí Juanita!

— Mejor está en donde está, respondió Foster; basta una dama como vm. para trastornar una cabeza. Pero ¿gusta vm. tomar alguna cosa?

— ¡Oh! no, no; mi cuarto, mi cuarto; pienso que podré cerrarle por dentro.

— De buena gana, respondió Foster, con tal que pueda yo asegurarle por fuera; y cogiendo una luz, condujo á la condesa á una parte del edificio en donde jamas habia es-

tado, y la hizo subir una escalera muy alta: una de las viejas iba por delante alumbrandoles.

Cuando llegaron al fin de la escalera, encontraron una galería de madera de encino muy estrecha, y al extremo de ella una gran puerta, que era la del cuarto del viejo avariento. No tenia el dichoso cuarto comodidad alguna, y podia darsele desde luego el nombre de encierro ó calabozo.

Detuvose Foster en el umbral de la puerta, y entregó la lámpara á la condesa, sin permitir que la siguiese la vieja tampoco. Cogiendo Amy la lámpara, entró al punto, cerró la puerta, y la aseguró por dentro con los cerrojos que habia puesto Foster en ella en abundancia.

Al mismo tiempo Varney habia permanecido oculto debajo de la escalera: al oír cerrar la puerta, subió sobre las puntas de los piés, y Foster le hizo ver por señas, con un aire de satisfaccion, una máquina oculta en la pared, que moviendose fácilmente y sin ruido hacia caer una parte de la galería como un puente levadizo, cortando toda comunicacion entre la puerta del cuarto y la escalera. La cuerda que servia para mover la máquina, la tenia Foster ordinariamente dentro del cuarto, para poder librarse de una *invasion*.

Pero como se trataba ahora de encerrar un preso, la habia dejado por la parte de afuera, despues de haber bajado el puente.

Varney observó la máquina con atencion, y estuvo mirando asimismo el abismo que abria aquel escotillon.

Era muy oscuro y muy profundo, pues bajaba hasta las bodegas, segun dijo Foster en voz baja á Varney. Despues de haber mirado este muchas veces aquel oscuro precipicio, se fué con Foster á la sala del castillo.

Cuando estuviéron allí, dijo á Tony que pidiese la cena y vino del mejor, añadiendo que iba á buscar á Alasco. Es necesario, dijo, achisparle, pues habrá tambien para él alguna ocupacion.

Comprendió Foster lo que queria decir, pero se contentó con suspirar, sin hacer ninguna réplica. La vieja aseguró á Varney que Alasco apénas habia comido ni bebido cosa alguna desde su salida, que habia permanecido continuamente en su laboratorio, hablando como si dependiese la permanencia del mundo de lo que hacia allí encerrado.

— Yo le haré ver que el mundo aguarda de él otra cosa, dijo Varney cogiendo una luz para ir á buscar al alquimista.

Volvió despues de una ausencia bastante

larga; estaba muy pálido, pero se asomaba aun á sus labios su sonrisa ordinaria.

— ¡Nuestro amigo, dijo, se ha exhalado!

— ¡Como! ¿que quiere vm. decir? preguntó Foster: ¿se ha escapado acaso.... con mis cuarenta libras esterlinas que debian dar mas de mil por uno?.... Acudiré á la justicia.

— Te indicaré un medio mas seguro de recobrarlas, dijo Varney.

— ¡Como! ¿que medio? exclamó Foster. Quiero cobrar mis cuarenta libras.... Las creia multiplicadas por cierto, pero quiero al menos el capital.

— Vete á ahorcarte y á pleitear contra Alasco en la gran chancillería del diablo: allí es adonde ha ido á parar.

— ¡Que pues! ¿qué me dice vm.? ¿ha muerto?

— Sí, ha muerto, dijo Varney, tiene la cabeza y el cuerpo hinchados.... Acababa de mezclar algunas de sus drogas infernales; la máscara de vidrio con que se solia cubrir la cara, se ha caido, el veneno sutil ha entrado en su cerebro, y se acabó.

— ¡*Sancta Maria!* exclamó Foster; quiero decir, añadió arrepintiendose, Dios nos libre por su grande misericordia de la codicia y de todo pecado mortal.... ¿Y cree vm. que se

habia efectuado la proyeccion? ¿no habia en los crisoles algun metal?

— No lo sé, respondió Varney, solo he visto el cadáver, es un espectáculo horroroso. Alasco está hinchado como si hubiera estado espuesto tres dias en la rueda. ¡Bah! dame un vaso de vino.

— Quiero ir á ver.... dijo Foster, quiero examinar yo mismo.... Cogió la lámpara, fué hasta la puerta, y vacilando allí, se detuvo: ¿no viene vm. conmigo? preguntó á Varney.

— ¿Y para que? respondió Varney; he visto y olido bastante para quitarme las ganas. He abierto sin embargo la ventana para renovar el aire, y han salido turbillones de vapores sulfúricos y otras materias hediondas, como si hubiese estado el diablo allí.

— ¿Y no podria ser esta muerte obra del mismo demonio? añadió Foster; yo no sé, pero dicen que tiene mucho poder en tales momentos y con tales gentes.

— Si es efectivamente ese Satanás en quien tú crees, el que te turba la imaginacion, dijo Varney, puedes tranquilizarte, si no es un demonio del todo falto de razon. Ha tenido hoy dos buenos bocados.

— ¡Como *dos* bocados! ¿que quiere vm. decir? preguntó Foster, ¿que quiere vm. decir?

— Ya lo sabrás con el tiempo, replicó Varney, y luego este otro banquete; pero te parecerá un manjar demasiado fino para el paladar del diablo. Para *ella* habrá salmos, conciertos celestiales, serafines, y.... ¿no es verdad?

Al oír estas palabras, se acercó Antonio Foster poco á poco á la mesa, y dijo:

— ¡Dios mio! sir Ricardo, ¿en eso es preciso venir á parar?

— Sí por cierto, Tony; y sino, no tienes que contar con la propiedad de todo esto.

— Ya me decia á mí el corazon que esto se acabaria así, dijo Foster; pero ¿como lo hemos de hacer, sir Ricardo? porque yo no quisiera por cuanto hay en el mundo ni aun tocarla siquiera.

— No lo estraño, dijo Varney; yo tendria la misma repugnancia en hacerlo por mí mismo. Mucha falta nos está haciendo el tal Alasco con su maná.... y tambien ese bribonazo de Lambourne.

— ¡Como! ¿en donde ha estado pues Lambourne? preguntó Antonio.

— No me preguntes nada, dijo Varney, ya le volverás á ver algun día, si es cierto lo que crees. Pero volvamos á nuestros asuntos mas serios. Quiero enseñarte una trampa para coger una avecilla, Tony; ese escotillon, esa

máquina que tú has inventado, ¿no puede parecer segura quitándole sus apoyos?

— Sí por cierto, respondió Foster: queda en el aire el tiempo que se quiera, mientras no la lleguen á pisar.

— Y si quisiese la señora pasar por encima para escaparse, dijo Varney, ¿el peso de su cuerpo bastaría para hacerla caer?

— Y el de un raton también, respondió Foster.

— Pues bien, entónces moriría queriendo ponerse en salvo. ¿Que podríamos hacer en eso, amigo Tony?... Vamos á la cama.... mañana hablaremos de eso.

Al día siguiente, al acercarse la noche, Varney llamó á Tony Foster para poner su plan en ejecución. Tider y el criado de Tony fuéron ocupados fuera de la casa con algun pretexto, y fué Foster á ver á la condesa con el de preguntarla si le hacia falta alguna cosa.

El ver su dulzura y su paciencia le causó tal impresion, que no pudo menos de prevenirla con instancias que no pusiese el pié en el umbral de la puerta hasta la llegada del lord Leicester; y espero, añadió, que no tardará en llegar.

Prometió Amy resignarse y llevar en paciencia su encierro y cautividad; y Foster fué á buscar á su cómplice, despues de haber ali-

viado asi en parte su conciencia del peso que la abrumaba.

— Ya la he advertido, dijo entre sí mismo, y es por cierto muy inútil el lazo que el pájaro ha llegado ya á descubrir.

Dejó la puerta del cuarto abierta por fuera, y quitó los apoyos del escotillon, que quedó por consiguiente en el aire, y pronto á caer con el menor peso que pusiesen encima.

Se retiráron á aguardar lo que debia suceder; pero aguardáron en vano. Al fin Varney, despues de haberse paseado de un lado á otro, embozado en su capa, se descubrió de repente diciendo:

— Es una loca esa muger, si pierde tan buena ocasion de escaparse.

— Quizá está resuelta, respondió Foster, á aguardar hasta que llegue su marido.

— Es verdad, es verdad, dijo Varney saliendo afuera, no me habia ocurrido tal cosa.

Dos minutos despues, oyó Foster el paso de un caballo en el patio, y un silbido como el que daba por señal ordinariamente el conde. Un instante despues, la puerta del cuarto de Amy se abrió, y cayó el escotillon. Hubo un ruido de una caída.... algun gemido, y todo se acabó.

Entónces se acercó Varney, y con una voz cuyo acento esprimia una mezcla terrible de

horror y de burla, dijo á Foster desde afuera:

— ¿Ha caído el pájaro? ¿Se acabó ya eso?

— Dios nos perdone, respondió Antonio Foster.

— ¡Como, mentecato! añadió Varney, tu tarea se acabó, y tu recompensa es segura: mira á la bodega, ¿que ves allí?

— Solo veo un lío de vestidos blancos, como un monton de nieve, dijo Foster. ¡Dios mio! levanta un brazo.

— Arroja sobre ella alguna cosa para acabar: tu cofre, Foster, que sabes que pesa mucho.

— Varney, eres peor que el mismo demonio, dijo Foster. Nada se necesita ya; dejó de existir.

— Salimos ya de apuros, dijo Varney entrando al cuarto en donde habia dejado á su cómplice: no creia imitar tan bien la señal del conde.

— ¡Oh! si hay en el cielo venganza, tú la mereces bien, añadió Foster, y la encontrarás. Te has servido, para matarla, de sus afectos mas tiernos. Es cocer el cordero en la leche de su madre.

— Eres un fanático tonto, replicó Varney; es preciso ahora ver lo que se ha de hacer: dejemos el cuerpo donde está.

— Pero su maldad no estuvo mucho tiempo

sin castigo, pues, miéntras estaban en consulta, llegaron Tresilian y Raleigh, acompañados de Tider y otros criados que encontraron al paso.

Antonio Foster se escondió al verlos entrar, y como conocia todos los pasadizos de la casa, no pudieron encontrarle; pero Varney fué sorprendido, y en lugar de manifestar algun remordimiento, designó con un placer infernal el sitio en que estaban los restos ensangrentados de la condesa, jactandose de que no se le podria probar haber tenido parte ninguna en aquella muerte.

Al ver exánime el cuerpo de la que un momento ántes era todavía tan bella y tan querida, fué tan terrible la desesperacion de Tresilian, que se vió obligado Raleigh á emplear la fuerza para arrancarle de la vista de aquella escena dolorosa, y á cuidar por sí solo de hacer lo que exigia aquel fatal acontecimiento.

Pronto dejó Varney de negar su delito y sus motivos, y alegaba, para esplicar su franqueza, que, aunque la mayor parte de lo que confesaba no hubiera podido imputarsele sino por conjeturas, bastarian estas conjeturas para privarle de la confianza de Leicester y echar por tierra todos sus proyectos ambiciosos.

— Yo no he nacido, añadió, para arras-

trar en el destierro el resto de una vida deshonrada, y servir con mi muerte de espectáculo y escarnio al populacho.

Pensando, en vista de estas palabras, que trataria de suicidarse, se tuvo cuidado de privarle de todos los medios de que podia servirse para hacerlo. Pero, como algunos héroes de la antigüedad, llevaba siempre consigo una pequeña dosis de veneno activo, preparado sin duda por el doctor Demetrio Alasco, que tragó por la noche.

Le encontraron muerto la mañana siguiente, y no parecia haber sufrido una larga agonía, pues su semblante presentaba aun, despues de su muerte, la espresion natural de una risa sardónica. El malvado, dice la Escritura, no tiene límites en su muerte.

La suerte de su cómplice fué un misterio durante algun tiempo. Cumnor quedó abandonado despues del asesinato, porque decian los criados que habian oido, cerca de lo que se llamaba *el cuarto de lady Dudley*, gritos, gemidos, y otros sonidos extraordinarios.

Algunos años despues, no recibiendo Juanita ninguna noticia del paradero de su padre, se hizo dueña de su fortuna, y se casó con Wayland que se hallaba empleado en la casa de Isabel.

Pero, solo despues de su muerte, su hijo mayor descubrió en Cumnor, por una casualidad, un pasadizo secreto, cerrado por una puerta de hierro que se abria detras de la cama, en *el cuarto de lady Dudley*. Daba á una especie de celda en donde se encontró un cofre lleno de dinero, y sobre él un esqueleto. Asi se hizo manifiesta la suerte de Tony Foster: habia huido á esconderse en aquel sitio secreto, y dejando olvidada la llave por fuera, habia sido víctima de los medios que habia empleado para esconder aquel tesoro por el que habia vendido la salvacion de su alma.

Sin duda los gemidos y los gritos de que hablaban los criados no eran del todo imaginarios, eran los del miserable que ántes de morir pedía socorro.

La noticia del destino cruel de la condesa de Leicester interrumpió de repente las diversiones de Kenilworth. Leicester se retiró de la corte, y se abandonó por largo tiempo á sus remordimientos. Pero como en su última declaracion habia disculpado Varney á su amo enteramente, léjos de castigarle, la reina le compadeció mucho. Volvió en fin á llamarle Isabel á su corte, y fué distinguido de nuevo como hombre de Estado y favorito. Lo restante de su carrera es muy conocido en la historia; pero hubo una especie de justicia

en su muerte, si es cierto, como se cree generalmente, que murió en virtud de un veneno que estaba destinado para otro.

Sir Hugo Robsart murió poco despues de su hija. Habia nombrado por su heredero á Tresilian; pero ni la esperanza de una vida independiente en el campo, ni las promesas del favor que le prodigó Isabel para fijarle en su corte, pudiéron arrancarle á su profunda melancolía. En fin habiendo asegurado la existencia de los antiguos amigos y criados de sir Hugo, se embarcó en la expedicion de Virginia con su amigo Raleigh, y murió, jóven de años y veterano en pesares, en un país extranjero.

En cuanto á los personajes subalternos de nuestra historia, solo es necesario decir que el talento de Blount se hizo mas brillante al paso que las rosetas amarillas de sus zapatos se iban poniendo descoloridas, y que se portó como oficial valiente en la guerra, que era su elemento mas bien que la corte.

A Flibbertigibbet su talento despejado le valió distinciones y el favor de Burleigh y de Cecilia.

El extracto de esta historia se encuentra en *las Antigüedades del condado de Berks,*

por *Ashmole*, y se trata de ella con frecuencia en las obras que hacen mencion de Leicester.

El ingenioso traductor de Camoens, William Julio Mickle, ha compuesto sobre el fin trágico de la condesa una elegía tierna, intitulada *el Castillo de Cumnor*, que concluye con estos versos:

Conmovida la tímida zagala,
De Cumnor-Hall contempla las ruinas;
Ya no la vé su parque solitario
Con pié ligero hollar las florecillas.

Si se acerca la noche, el peregrino
Temblando del castillo se desvía;
Y si escucha el rumor de aves ó plantas,
Piensa que ha oido voces doloridas.

FIN.

